

INTRODUCCIÓN A



MONTAIGNE

DE MESSIRE

MESSIRE

JUAN RIVANO



BRAVO Y ALLENDE EDITORES



Juan Rivano no debería requerir presentación alguna entre nosotros. Desde la segunda mitad de los 50 ha formado intelectualmente generación tras generación de chilenos. Nos ha enseñado lógica y filosofía; ha introducido la tradición positivista y la dialéctica, el pensamiento hegeliano, el marxismo, el determinismo tecnológico, la perspectiva cultural, la perspectiva biológica; nos ha familiarizado con la corriente del sinsentido; nos ha enseñado sobre el cinismo, el escepticismo, la retórica. Y todo lo anterior, en el marco de amplios comentarios, rigurosa crítica, y aplicaciones a nuestra realidad. Más allá, nos ha entregado ensayos, piezas teatrales, novelas y relatos autobiográficos. Rivano ocupa un lugar formidable en el pensamiento chileno de la segunda mitad del siglo XX y, este libro lo anuncia, así también será en la primera del siglo XXI.

INTRODUCCION A

MONTAIGNE

JUAN RIVANO



BRAVO Y ALLENDE EDITORES

© Juan Rivano
© Bravo y Allende Editores
Fax: 2770961

Se prohíbe cualquier tipo de reproducción total o parcial. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos o químicos, incluidas las fotocopias. El editor autoriza citas en revistas, diarios o libros, siempre que se mencione la fuente.

Primera Edición 2000
Inscripción N° 113.487
ISBN 956-7003-60-2

Transcripción desde el manuscrito original y Corrección de textos:
Marta Enríquez
Edición a cargo de:
Emilio Rivano
Diseño de portada y diagramación:
Juan Simón Valdebenito B.

Se terminó de imprimir en
en el mes de marzo de 2000.

Impreso en Chile / Printed in Chile

Prólogo

¿Qué sabía yo de Montaigne antes de dedicarme, muy tarde en mi vida, a su lectura? Que era un humanista del siglo XVI; que hasta sus seis años sólo habló latín; que su padre hacía que tocaran música por las mañanas para despertarlo; que recomendaba excluir del matrimonio las fantasías sexuales; que Pascal lo quería poco. También, por Pascal, conocía su escepticismo extremo; y del espíritu general de este escepticismo algo supe por mis lecturas adolescentes del excelente Anatole France. Recuerdo, asimismo, haber leído siendo muchacho un pensamiento suyo que me acompañó para siempre: que a medida que nos acercamos al término de la vida, ésta misma se encarga de avenirnos con la muerte.

Actualmente, después de leerlo, releerlo y volver a releerlo, en español, inglés y francés, respectivamente, separo textos de sus *Ensayos* con el propósito de tratar ideas de este escritor que encuentro al alcance de mi comentario y ciertamente interesantes para un amplio público. Con vistas a controlar el personal y enorme impacto que me produce su lectura, me he dedicado por un tiempo a los estudios más autorizados sobre Montaigne que encuentro a mano.

El Montaigne de F. Strowski que leo es la edición de 1906. Dice este autor que "la fisonomía de Montaigne es prodigiosamente compleja", que "según el ángulo bajo el cual se la mire, según la luz que la alumbre, cambia del todo".

Dice que si se ensaya clasificar los retratos de Montaigne "veremos que los puntos de vista que se han adoptado pueden reducirse a cuatro".

Sobre estos cuatro puntos de vista, va primero el de los contemporáneos de

Montaigne que "lo han considerado como un hombre de mucho sentido, mucha experiencia, que tenía sobre todo asuntos juicios personales, juicios seguros..."

Para todos sus contemporáneos, los *Ensayos* son la "plática (*causerie*) llena de ideas ingeniosas y fecundas de una persona de consideración".

Segundo, en esta enumeración, sería el punto de vista que Strowski asocia a Malebranche, para quien en Montaigne "no hay principios en que funde sus razonamientos, y no hay orden para deducirlos". Dice también Strowski que Malebranche, "creyendo disminuir a Montaigne" escribió que su fuerza reside en "su imaginación y su arte"; y que de este juicio tomaron otros para enaltecerlo como un *grand artiste*. Aquí, destaca una apreciación estética de Strowski sobre los *Ensayos*:

Il conviendrait, si c'est bien sous cet angle qu'il faut étudier Montaigne, de méditer sur lui comme on a médité sur Venise, ou de décrire les Essais comme on a décrit la 2^e Symphonie avec choeurs. (Convendría, si es desde este ángulo que debemos estudiar a Montaigne, meditar sobre él como meditamos sobre Venecia, o describir sus Ensayos como hemos descrito la 2^a Sinfonía con coros.)

El tercer punto de vista lo asocia Strowski a Saint-Beuve. Según éste, todo el laberinto y caleidoscopio de los *Ensayos* termina por revelar al lector paciente y analítico una estructura arborescente. "Todas esas fuentes que brotan del suelo al azar proceden de una nata subterránea común". Sobre qué decir de una estructura así, no hay que pensar en "sistema" ni en "doctrina" y tan sólo entender este fundamento, fuente, origen subyacente a la variedad e índole multifacética de los *Ensayos* de Montaigne como "el secreto de su genio, su pensamiento matriz (*pensée mère*)".

Estos tres puntos de vista nos ofrecen, respectivamente, un Montaigne charlista, poeta, pensador.

El cuarto punto de vista lo asocia Strowski a Pascal (es el que toda mi vida de estudiante y lector he aceptado, debido por una parte a mi alumnado de Pascal y por otra parte a mi entera ignorancia de Montaigne). Para éste, hay doctrina y sistema en Montaigne, por más que ello no se muestre explícito y en sentencia. La postura de Montaigne se resuelve en la duda radical, la duda que hasta de sí misma duda. Dice Pascal:

Montaigne pone todo bajo la duda universal; tal así, que la misma duda universal queda en duda; o dudando aún de esta última suposición, su incerteza

gira sobre sí misma en círculo perpetuo y sin reposo, oponiéndose igualmente a los que aseguran que todo es incierto como a los que aseguran que no todo lo es, porque él no quiere asegurar nada. Es en esta duda de sí y en esta ignorancia que se ignora, y que él llama su forma matriz, donde reside la esencia de su opinión que no ha podido expresar mediante ningún término positivo... De este principio se desprenden todos sus discursos y todos sus ensayos; y es la única cosa que quiere establecer, aunque no siempre haga ver su intención...

Traduzco este texto de Pascal del que trae Strowski, que lo transcribe como lo edita Bédier en 1903.

Así, tenemos finalmente un Montaigne filósofo gracias al bautizo de Pascal. Pero, nos dice Strowski, ¿por qué mejor no consultar al mismo Montaigne sobre todo esto? Y trata de hacerlo; y encuentra que todo lo anterior puede tener lugar, pero que el punto de vista más adecuado se toma cuando todas las cualidades de artista y pensador de Montaigne se perciben en el servicio de "un designio, una voluntad persistente", cuando se tiene ante todo en vista que "la tarea que domina toda la historia de Montaigne es la adquisición de la tranquilidad de alma: la conquista de la sabiduría".

Así, pues, tenemos a Montaigne como charlista, poeta, pensador, filósofo y sabio. Si distintas personas encuentran, leyéndolo, una u otra de estas profesiones, será que se hacen ver leyéndolo. Por lo demás, siendo todas compatibles no hay por qué preocuparse.

Dice D. Frame (una autoridad americana en nuestro hombre): "El mejor libro sobre Montaigne fue escrito hace mucho tiempo por el mismo Montaigne". Y también, como vimos, Strowski nos invita a saber de Montaigne por el simple método de leerlo.

Y leyéndolo, esto me ocurre: que no encuentro una interpretación de los *Ensayos* que no tenga un buen soporte en éstos y que no pueda a la vez refutarse con el mismo apoyo.

Esto además: que se trata de una lectura fácil; no hay quien pueda encontrarse limitado ni en cuanto al lenguaje, ni en cuanto al estilo, ni en cuanto a la forma de exposición, ni en cuanto a los asuntos que se tratan. Un poco de información sobre la época y el entorno de Montaigne y un mínimo de escuela primaria basta para leerlo sin tropiezos.

Leyéndolo, se muestra tan variado en asuntos y tan variado de ánimo y disposición, que no veo quién, de proponérselo, no encuentre textos y hasta

en abundancia que acomoden a su humor o a su opinión. Hasta imagino a Montaigne asintiendo impasible. ¿Cómo no, si los trata y airea él mismo?

Comenzó a escribir sus *Essays* a los 38 o 39 años; y siguió en ello hasta el término de sus días, a los 59 años. En un período de 20 años, uno puede ir y volver de la Ceca a la Meca varias veces. Montaigne se propuso escribir día a día sus "humores". Suenan ora como confidencias espirituales, como confesiones, como autobiografía, ora como fantasías que uno se quiere sacar de la cabeza. Después, él mismo llega a considerar lo que está escribiendo como autorretrato, como *peinture du moi*. Muchas veces, leyéndolo, me encuentro imaginando los autorretratos de Rembrandt. Como una referencia, un apoyo, una interpretación. ¿Quién, si no Rembrandt, nos legó para que la contempláramos con pavor, aturdimiento, humillación, conmiseración y lágrimas su *peinture du moi*?

Dice Montaigne en el prefacio a la primera edición de sus *Essays*, con la fecha 12 de junio de 1580:

Si fuera mi intención lograr el favor del mundo, me ataviaría de adornos prestados. Deseo aquí ser visto como aparezco en mi genuino, simple y ordinario modo, sin estudio ni artificio. Soy yo mismo el que pinto. Mis defectos se encuentran aquí para ser leídos a la letra; y mis imperfecciones y forma natural. Ello, hasta donde la consideración del público lo permite. Si hubiera vivido en esas naciones que según dicen viven todavía bajo la dulce libertad de las leyes primitivas de la naturaleza, os aseguro que sin vacilar me pintara entero y del todo desnudo.

Ya no marcamos límites a los autorretratos y pueden ir al desnudo. Pero, todavía lo hacemos con las autobiografías. No esperamos ni deseamos que el autor descienda de la cintura; nos basta el busto. Pero Montaigne lo hace y defeca de lo lindo ante nuestros ojos como el más descarado de los cínicos. ¿Quién se atrevería a elaborar en sus detalles más asquerosos la metáfora "excogitar es defecar"? Pues, Montaigne.

Strowski rechaza que se considere el retrato de Montaigne como "la imagen vulgar y falsa del cadete gascón epicúreo y escéptico, frívolo y vanidoso como se imagina a Montaigne desde Balzac." Pero no veo cómo. El mismo Strowski que nos pide leer a Montaigne nos está pidiendo que nos olvidemos de lo que leímos. Montaigne es también todo eso que Strowski nos dice que no es. Todo eso y peor que eso según lo mismo que cuenta y lo

mismo que afirma. Pero, ¿de dónde nos viene quitarle escándalos a los autorretratos? ¿Dónde vamos a encontrar autorretratos sin escándalo? Vean:

Alguien que él conoce, adversario hugonote y en la ocasión condotiero (o quizás señor que anda ajustando cuentas entre aborrecidos papistas, porque no hay manera de estar seguros) entra solo en el castillo de Montaigne simulando desamparo y pidiendo protección. La verdad es que sus hombres, unos treinta a caballo y armados, aguardan escondidos. Montaigne conoce todos los visos del sujeto. Sabe también de la celada. El nos cuenta. Nos dice cómo simula angelical descuido. Momentos después, toda la caballería está en el patio, lista para pasar a cuchillo, saquear y purgar la región de católicos indeseables. Pero nuestro condotiero maravillado de la serenidad y sonrisas de nuestro gascón, ordena la retirada. ¿Qué rasgo es éste en el retrato que se nos ofrece? La anécdota es referida por Montaigne. A nosotros nos corresponde la contemplación. Es algo que vale igual, parejo y siempre con los autorretratos. ¿Va a venir nadie, ni el mismo Montaigne, a instruirnos sobre lo que debemos ver? Como no sea que se trate de cualquier cosa, menos un autorretrato.

O -cosa grande en este asunto- cuando leemos lo que nos dice Montaigne sobre su profesión religiosa y comparamos tales discursos con el resto en expresión de ideas, elaboración de juicios, relatos de experiencias y acontecimientos, una cosa y las otras entran con paso igual en el autorretrato. Pero no hay (o con frecuencia no hay) manera de conciliar una cosa con las otras, la profesión de catolicismo con el resto. Todo lo contrario: por los elementos de reflexión, filosofía, por sus discursos y conclusiones, por sus autores y sus temas, uno tendría que asombrarse de esa declaración de fe católica. Pero está ahí; está en el autorretrato tal como están los otros elementos.

Dejarlo como está, eso es, esencialmente, leer; o, siguiendo la metáfora, eso es contemplar el retrato.

¿Que Montaigne no ha sido jamás católico? Pero, si él mismo dice que lo es. ¿Que no puede serlo por otras cosas que también dice? Eso puede ser así para quien lo lee y en tal caso no queda más que dejarlo así. No vamos a sacarle un ojo a un autorretrato porque tenga tres. Si tiene tres es cosa suya, por lo demás típica de autorretrato.

¿Que hay muchas maneras de mirar un autorretrato? Sí, las hay. Pero, no confundirlas como si fueran todo el autorretrato. En el autorretrato de Montaigne hay una figura muy compleja: profunda casi siempre, superficial

casi siempre. La figura de un hombre perezoso, desordenado, descuidado, paradójal; penetrante, comodón, débil, pedante; egoísta, miedoso, hipocondríaco, gruñón; despejado, curioso, brillante; simpático, mujeriego, vividor; avaro, inseguro, cobarde; improvisador, meticuloso, retórico, falacioso; valiente, mañoso, inhibido, astuto; directo, brutal, basto; cortesano, ingenuo, maquiavélico; sensible, compasivo, generoso; jugador, burlador; apático, ambicioso, sincero y yo no sé cuanto más que no cuesta nada ir anotando día a día, ensayo con ensayo, hasta terminar los 107 que escribió en los últimos veinte años de su vida. Así fue haciendo su retrato, brochada a pincelada según el azar de su riquísima experiencia y sus personales "humores". Uno puede arrebatarse de este abigarrado cuadro lo que mejor le parezca; adobarlo, interpretarlo, proyectarlo según le acomode. Claro está, lo que de ninguna manera puede pretender -y claro está también que así se pretende siempre- es que con su agarrón se apoderó de Montaigne entero, de todo el hombre que se nos presenta en los *Ensayos* -y que está allí, como nos dice él mismo, con sus defectos, imperfecciones y genuino y ordinario modo, para ser leído a la letra.

¿Cómo procede, por ejemplo, M. Frame? Tomo sus palabras:

El mejor libro sobre Montaigne fue escrito hace mucho por Montaigne mismo. En él advierte a los miles que todavía hablamos de él tener cuidado. Nos dice: "De buenas ganas volvería del otro mundo a desmentir a cualquiera que me represente distinto de mí, aunque me honre."

Y a reglón seguido, escribe este autor que para Montaigne

*... ser conocido fue la esencia de la vida;
ser malentendido una especie de muerte.*

He aquí a un autor haciendo justo lo que acaba de decir que no debe hacerse, haciéndonos creer que Montaigne ha dicho algo que sólo a Frame se le ocurre decir.

Dice también:

... aunque nos contó mucho, dejó de hecho más para que lo adivinemos.

O sea, para que nos expongamos a su enojo de ultratumba, más todavía cuando él mismo nos dice que no tiene más que decir que lo que dijo. Una cosa es que al lector comiencen a venirle pensamientos leyendo a Montaigne; cosa muy distinta pretender que estos pensamientos son de Montaigne, sólo que no los dijo.

Pierre Villey es otra de las más altas autoridades sobre Montaigne. Leo *Los Ensayos de Michel de Montaigne*. Pero, sobre el asunto que me importa aquí acerca del autorretrato y su contemplación, sigo sin suerte. Cuando en una carta a una dama expresa Montaigne un juicio sobre sus propios *Ensayos* diciendo que son "de un humor melancólico", comenta Villey: "No le creo en absoluto". Y cuando nuestro gascón hace su apología del suicidio, Villey nos dice que Montaigne sólo dice lo que dijo Séneca. No es Montaigne quien habla, es Séneca. Todavía más: considerando al Montaigne de los *Ensayos* estoicos, escribe Villey:

Si tal es verdaderamente la moral que Montaigne enseña hacia 1572, un problema psicológico se nos impone. ¿Cómo conciliar lo que sabemos de su naturaleza con semejante culto del esfuerzo moral?

¿De dónde viene este "problema psicológico", esta urgencia de conciliar? No de Montaigne. Insistamos: si mirando un autorretrato nos nace una urgencia de conciliar sus rasgos, ya no estamos en actitud contemplativa; estamos de intrusos y probablemente de impertinentes.

Y esto todavía: "la moral que Montaigne enseña hacia 1572". Guiándome por los *Ensayos*, en ninguna parte encuentro que Montaigne enseñe nada. Hay consejos suyos sobre la educación de los hijos de la aristocracia y también pasajes que se prestan a acuñar sentencias; pero resulta difícil indicar qué se enseña en los *Ensayos* que allí mismo no se desenseñe. "La moral que Montaigne enseña hacia 1572", sí, suena con cierto sentido, porque deja abierta la cuestión sobre la moral que enseña hacia... ¿cuándo?

Espíritu ciertamente genial, siempre charlando de cosas que interesan, siempre tratándolas como al pasar porque no es para tanto, va y viene con sus autores queridos sin soltarlos ni por nada. Haciendo maravillas de lo pequeño, ironías de lo grande. Tiene su manera de tratar las cosas, los hombres,

que nos deja pensando, sonriendo. Tiene su idiosincrasia imponderable. Su modo peculiar de resonar. Como un Stradivarius. Su lectura nos ennoblece resonando. No siempre, pero casi siempre.

*Introducción a
Montaigne*

JUAN RIVANO

ENSAYOS, I, 4.

... el filósofo Bión, graciosamente, dijo del rey que en su pena se arrancaba los cabellos: "¿Piensa este hombre que la calvicie cura el pesar?" ¿Quién no vio jugadores morder los dados y las cartas al perder su dinero? Jerjes hizo azotar al mar y escribió un desafío al Monte Athos; Ciro empleó un ejército por días vengándose del río Gyndas por el susto que le dio al cruzarlo; y Calígula hizo demoler un hermoso palacio por los placeres que en él disfrutó su madre.

El pequeño llora a gritos porque se golpeó la frente contra el canto de la silla. ¡Golpéese inmediatamente la silla...! ¡Golpéesela, insúltesela! El pequeño callará en el acto. Está vengado. No falla nunca. Por lo menos, nunca de las numerosas veces que lo he ensayado con numerosos pequeños y sin que me hubieran llegado todavía noticias de Piaget. Son animistas natos. Acaso, Jerjes y Ciro no natos. Por lo menos, no se ha visto nunca a un niño azotando un río o insultando una montaña.

Los ríos, las fuentes, bosques, océanos son dioses para los antiguos. La Virgen de Andacollo también para los mineros del norte. ¡Ay del que toque a la Virgen del San Cristóbal! Ciro, descargando su ira contra ese río que lo asustó no equivoca el objeto. Los objetos del animismo son tan objetos suyos como suyos los del positivismo.

¿Y ese rey que se arranca los cabellos? Busca herir la cabeza, sola culpable de su frustración. El que se golpea el pecho clamando ¡mea culpa! golpea bien, sólo que poco.

Mucha gente descarga su ira de un modo peculiar, pero que no es errado. Lutero le daba a la pared con el tintero, cierto; pero cierto también que él trataba de darle al demonio. En la cultura de Lutero, ¿qué otro objeto puede tener su ira que el demonio? ¿Hay otro objeto de la ira de Jerjes más apropiado que el Bósforo? Y en psicología popular, ¿dónde está el responsable de nuestra insensatez si no en la cabeza?

Hay ira que se descarga deliberadamente en el aire, como la de esos atletas y deportistas que vemos competir y que, sea que acierten o fallen, golpean el aire con los puños, hacen aspavientos e insultan literal y conscientemente a nadie. He leído que proceden así por prescripción de sus entrenadores.

¿Y esas trompadas y denuestos que soltamos cuando el acto nos falla, sea que no alcancemos el ascensor, resbalemos sobre la nieve o tropecemos

en la acera? Allí estamos también nosotros de animistas. Sólo que esta vez, sin respaldo cultural como Jerjes o Lutero, todos nos van a tomar por estúpidos.

Hay también en enormes cantidades ira que se descarga no en su objeto sino en otro. En el cine, vemos personajes airados que lanzan objetos a las paredes para evitar dar con ellos en la cabeza a la persona que corresponde. A lo que debemos agregar la ira que se descarga no en paredes sino en otras personas. Muy preferible lo primero a lo segundo.

El teniente airado con el capitán no desconoce el objeto de su ira; pero no puede alcanzarlo y no le queda más que descargarse con el brigadier.

¿No hay aquí como un principio dinámico con el que se pueden mover máquinas? El principio de la transmisión de la ira. Un pueblo está impedido de vengar su frustración en los grupos que lo explotan. Los demagogos efectúan la transmisión de su ira volcándola en la masacre de minorías o en la guerra abierta. Parece operación fácil, casi mecánica.

ENSAYOS, I, 9.

... Si, como la verdad, tuviera la falsedad sólo una cara, nos encontraríamos en mejores condiciones; porque no tendríamos más que tener por cierto lo contrario de lo que dice el mentiroso. Pero, el reverso de la verdad tiene cien mil formas y una extensión indefinida, sin límites. Hacían los pitagóricos del bien algo cierto y finito; y del mal, lo infinito e incierto. Hay mil modos de errar el blanco; sólo uno de acertar.

Considérese la inteligencia animal. Montaigne la analiza y exalta en excelentes discursos. La gacela desaparece en una encrucijada en que desembocan cinco rutas. El tigre que olfatea siguiéndola se encuentra ante cuatro mentiras y una verdad. Si tiene suerte, puede acertar con la ruta apropiada a la primera, a la segunda; pero a la tercera, la suerte cambió de manos. Si se obtuviera sin más lo verdadero a partir de lo falso, parece que se acabarían las gacelas; y a poco andar los tigres.

Considérese un ejército que sólo puede desembarcar en uno de cuatro puertos. Si se establece que no lo hará en el puerto A, parece claro que lo hará en B, C o D; algo que no tiene nada de indeterminado mientras haya presupuesto para afrontar las tres alternativas.

vejez del mundo: el año desempeñó su parte y no conoce más arte que empezar otra vez. Siempre será lo mismo...

"No estoy dispuesta a crear para ti ninguna recreación nueva.

"Da lugar a otros como otros te dieron a ti. La igualdad es el alma de la equidad.

¿Quién puede quejarse de ser incluido en el destino en que todos lo están? Además, vive todo lo largo que puedas; con ello no vas a acortar el tiempo en que vas a estar muerto. No tiene propósito: vas a estar por tanto tiempo en la condición que tanto temes como si hubieras muerto en pañales...

"¿No danza todo el mundo en el mismo alboroto que tú? Si ir acompañado lo hace más pasable y fácil todo el mundo va por el mismo camino. Miles de hombres, miles de animales, miles de otras creaturas mueren al mismo tiempo que tú...

"¿Por qué temes el último día? No contribuye más que los restantes a tu disolución. El último paso del fatigoso camino no es la causa de tu extenuación; no hace más que sellarla.

Todos los días viajan hacia la muerte. El último es el que llega".

Estas son las buenas lecciones de nuestra madre naturaleza.

No hay razonamientos más claros, simples y aplastantes que los que se construyen con la cantidad; ni discurso más inestable, angustioso y claudicante que el que busca resolver la vida en las obviedades de la cantidad.

En el texto que citamos se muestra. Por ejemplo, las generaciones de los seres vivientes y el principio de conservación de la materia y constancia del espacio. No pueden entrar en el mundo las generaciones nuevas sin que salgan las viejas. Pero nadie hay que quiera irse. ¿Dónde, pues, está el sentido común? ¿Quién dijo que es la cosa mejor distribuida del mundo? Hágase la prueba: Se cruza uno en la calle con personas que no quieren ni por nada atender a "las buenas lecciones de nuestra madre naturaleza". Está a la vista que debieran llevar muertas ya años de años. Basta que lo consulten con el espejo. Pero no, no quieren salir. Atochan el mundo de decrepitud y fealdad; pero no hay modo de sacarlos.

Otra aplicación: la proporción de las cantidades. Nuestra vida, la de cada individuo, llena un trazo en la línea del tiempo que se prolonga por delante sin que haya término a la vista. ¿Qué duda cabe? Comparado con el tiempo por venir, el de nuestra vida es como un cero. Pero no hay quién cambie su cero por todo el infinito.

¿Y de la proporción en que mi muerte se encuentra con el número de muertes de cada minuto? También es como un cero. Etcétera, etcétera...

Con ese otro agregado, entre de ingeniería, lógica y economía que no hay biólogo que no acepte en nuestro tiempo y que nos muestra con frías evidencias que la muerte entra en la estructura de la vida, que no se puede estar viviendo sin a la vez estar muriendo, que vida y muerte van juntas como luz y sombra, que la vida sin la muerte -la vida eterna- sería como una curva que un geómetra se ingenió para que quedara cóncava por dentro sin ser convexa por fuera. ¡Por llamarlo geómetra!

ENSAYOS, I, 21.

... El mercader enriquece con la vanidad de los jóvenes; el agricultor, con la carestía del trigo; el arquitecto, con la ruina de los edificios; los abogados y juristas, con los juicios y disputas de los hombres; incluso, el honor y el oficio de los predicadores deriva de nuestros vicios y nuestra muerte.

Otra vez de tratos con doña Cantidad. Lo que se pone en un lugar se saca de otro. Lo que ocurre ahora con nosotros tiene también que ver con angustias, pero no tales que no podamos tolerarlas. ¿Que lo que ha venido a mis manos ha salido de otras? ¡Evidente! Estas cosas no es necesario verificarlas. Además, también algo ha salido de mis manos. Alguien deseaba algo que yo tenía y lo tomó para sí dándome el precio. ¿Que era alcohol lo que le dí, que era trigo escaso, que era un ataúd, una extrema unción? Cuando las naciones se hacen guerra, los fabricantes de armas están de plácemes. Que no queden dudas, se enriquecen con la muerte de miles de hombres, la ruina de sus haciendas y ciudades. Si los hombres son tan idiotas como para correr a matarse entre sí, ¿qué hay de absurdo en suplirlos de armas por buena plata?

¿Van a decirme que si el trigo escasea no debo subirle el precio? Mi madre naturaleza se reiría. "Ah, hombre, hombre, ¿cuándo te plegas por fin a los principios de la cantidad?, ¿Vas a permitir que te broten hongos en la conciencia?"

Durante la Guerra del Golfo se destruyó casi enteramente la infraestructura militar de Irak. Era una potencia que amenazaba la estabilidad del Medio Oriente. Al día siguiente, las mismas potencias militares que la

destruyeron hacia cola para ganar los contratos para reconstruirla y restablecer la amenaza.

ENSAYOS, I, 22.

... Hay padres que consideran buena marca de hombría oír a sus hijos decir obscenidades o verlos dominar a un pobre campesino o un servidor que no se atreve a responder; y es para ellos un signo de agudeza verlos engañar y hacer trampas a sus compañeros, con malicia y perfidia. Estas son las verdaderas raíces de la crueldad, la tiranía y la traición, injertas de temprano, que brotan vigorosamente y alcanzan gran altura cultivadas por la costumbre.

Montaigne considera que es por su educación que pudo sobrevivir los desórdenes, vicios y corrupción de su vida joven. Pero, también, da a ver repetidamente que la conmiseración y la piedad no se la inculcaron, sino que vino al mundo vestido en esas gracias. Sabemos mucho a estas alturas sobre depravación y crueldad. Generaciones y generaciones de líderes en este siglo nuestro fueron personas criadas en la disciplina y la moderación. Así y todo, muchos a la hora de la acción mostraron gran crueldad, asesinaron, hambreadon, masacraron, torturaron y encarcelaron a los seres humanos por millones. No tenemos noticias de que hayan sido inducidos de niños en la crueldad; pero la cometieron con afán tan insaciable y en tal escala que por comparación toda la crueldad restante es poca cosa.

ENSAYOS, I, 22.

... Hay pueblos donde sólo se permite hablar al rey por un tubo... Donde las vírgenes exhiben sus partes pudendas y las casadas las cubren... Donde hay hurdeles de hombres para mujeres... Donde después de comer se restriegan los dedos en los muslos, la entepierna o la planta de los pies... Donde lamentan la muerte de los niños y festejan la de los viejos... Donde hombres y mujeres duermen de diez a doce en una misma cama... Donde se desprecia tanto a las mujeres que se las mata al nacer y se compran esposas en lugares vecinos... Donde hierven a los muertos y forman con la carne una pulpa que beben mezclada con

vino... Donde la más codiciada sepultura es el estómago de los perros o los pájaros... Donde los sacerdotes se arrancan los ojos para familiarizarse con los demonios... Donde cuando el rey escupe las damas extienden las manos como escupideras... Donde al soldado que presenta siete cabezas de enemigos al rey se le hace noble... Donde creen que el alma es mortal... Donde las mujeres orinan de pie y los hombres en cucullas... Donde circuncidan a las mujeres... Donde matan los piojos con los dientes y sienten asco de ver hacerlo con las uñas... Donde sólo se cortan las uñas de la derecha, dejando de adorno las de la izquierda... Donde un hombre puede fecundar a su madre y un padre usar a sus hijas e hijos sin escándalo... Donde se come carne humana... Donde se considera piadoso al hijo que a cierta edad mata a su padre... Donde los esposos viejos prestan sus mujeres a los hombres jóvenes...

Para concluir, en mi opinión no existe qué no pueda hacer la costumbre; de modo que tiene muy buena razón Pindaro cuando la llama emperatriz del mundo.

Hume llegó a decir que la costumbre impera incluso allí donde nosotros consideraríamos que impera la lógica, que si abrimos la puerta, el paraguas o el abanico y estamos seguros de tales operaciones no es más que por el acostumbramiento que lo estamos y que no hay nada de imposible en que ni la puerta ni el paraguas ni el abanico se abran. Más argüible parece el punto todavía cuando se trata no ya de abrir la puerta sino de adobar la carne, cubrirnos el cuerpo o enterrar a nuestros muertos. Como no hay relación formal o lógica en estas cosas, se pueden ejecutar de muchas maneras. Claro está, hay comunidades que incineran a sus muertos. Y las hubo que se los comían.

La llamada "literatura disolvente" desune lo que estando unido sólo por la costumbre tiene pretensiones de un vínculo más profundo. Y mucha violencia y crimen que refiere la historia se originó en la náusea y el repudio que produce en las sociedades ver separado, atomizado o disuelto lo que sus costumbres suponen junto (o, al revés, unido lo que se estima por siempre separado). La guerra entre esos países de enanos que Gulliver visita se debía a que unos pretendían que los huevos pasados se parten por la punta aguda mientras que los adversarios, de acuerdo a principios inconmutables, los partían por el extremo romo. Y como se entiende que Swift satirizaba con sus guerras entre Lilibut y Blefuscu las de su tiempo entre Inglaterra y Francia, algo tendría que ver el huevo de las disputas con las diferencias entre católicos y protestantes sobre si un cáliz o si dos, sobre si la presencia de Cristo en las

dos sustancias era real o simbólica y otras diferencias igual de espantables. No recuerdo que lo diga Swift, pero no cuesta imaginar que si alguien en Lilibut parte el huevo por el extremo que no es el acostumbrado no se va a encontrar en el país quien lo tolere en el estómago.

Por proezas así se persigue a muerte a los críticos disolventes, destructivos y esencialmente perversos. En tiempo de la dictadura militar no se admitía enseñar en las escuelas una pizca de Hume.

ENSAYOS, I, 24.

... en cuanto a los filósofos, gente apartada de los asuntos públicos, han sido algunas veces despreciados por los cómicos de su tiempo. Sus opiniones y actitudes parecen ridículas a los demás. ¿Queréis hacerlos jueces en los tribunales? Están prestos e inmediatamente comienzan por examinar si hay vida, si hay movimiento, si el hombre es distinto del buey; qué es la acción y qué el padecimiento; qué son la ley, la justicia, los animales...

... Se dice que Arquímedes, siendo molestado en sus trabajos de contemplación y requerido de que pusiera algo de su habilidad en la defensa de Siracusa, inmediatamente levantó temibles y prodigiosas máquinas con efectos sorprendentes. El mismo, sin embargo, desdeñaba todo esto como mera mecánica que violaba la dignidad de su ciencia...

El Diccionario -como suele ocurrir con los diccionarios- trae en segundo lugar (y gracias que la trae) la acepción para "pedante" que debiera ocupar el primero, porque es la originaria. "Pedante" deriva del griego "paidós", que significa niño, y se dice del maestro que enseñaba letras a los niños yendo a casa. No cuesta imaginar el contraste entre la dicción de este pedante llena de griego y latín y el habla de la demás gente; ni menos cuesta concebir la extensión del término a las personas que hablaban así en tertulias y sobremesa; ni, finalmente, a todos los que "por ridículo engreimiento se complacen en hacer vano alarde de erudición, ténganla o no en realidad", como dice en primera acepción el Diccionario.

No estoy seguro de si todo lo anterior no sea más que pedantería. Porque en medios como el nuestro no son pocos los que necesitan que les aclaren las palabras; y, por tanto, es apreciable el beneficio que lograría una dedicación así.

Y hablando de nuestro medio, pienso que también vale la distinción que

Montaigne hace aquí entre los filósofos de la pedantería y los otros. Nosotros casi únicamente tenemos de los primeros. Hablan del Ser, el Devenir y el Cuidado; del devenir del Ser, el ser del Devenir y el cuidado del Cuidado. De la Nada también, lo que les viene mejor; y de la nada de la Nada. Supongo que sus señoras esposas más de una vez se preguntarán: ¿Cómo obtiene este hombre un sueldo de la nada?

De la segunda especie de filósofos dice Montaigne (aunque andando el tiempo se va a expresar de otra manera) que si se dedican a la contemplación no es porque no sean capaces de actuar sino porque lo juzgan cosa inferior a sus meditaciones o porque no hay vacantes sino que todo está lleno de mediocres que hacen cosas de mediocres.

Sea como sea, aquí hay una separación y una evaluación entre lo especulativo y lo práctico, entre la actividad instrumental o técnica y la actividad teórica. A un teórico de esta profesión cabría preguntarle si cree que son posibles sus lucubraciones, digamos, sin un serrucho. Y no porque sin serrucho no tenga techo bajo que albergarse, sino porque sin obra como la del serrucho queda muy poco para pensar.

Uno piensa en el aserrín y en la reducción de la materia en términos de aserrín. Pero, ¿como podría hacerlo sin el serrucho? O piénsese en las ideas que amueblan la mente, en las impresiones sobre la tabula rasa de la mente, en las largas cadenas de razones, las reducciones a un principio común, el análisis de las cosas complejas, la confusión, la claridad, la distinción, la resolución, el fundamento... ¿Cómo podría pensarse todo esto sin una referencia y un apoyo en las técnicas que ha inventado el hombre práctico? ¿Fijar algo en la mente, grabarlo allí indeleble? Nada como la tinta china y el pergamino para estas cosas.

ENSAYOS, I, 25.

... El entendimiento crece en luces en la conversación; sin ésta, nos encontramos comprimidos y atestados; nuestra visión no va más allá de nuestras narices... Cuando las vides de mi aldea se congelan con la escarcha, el cura piensa que la ira de Dios se desató sobre la raza humana... Al que le cae el granizo le parece que todo el hemisferio es sacudido por la tormenta. Como ese ridículo saboyano, que decía que si el simple ése del rey de Francia hubiera manejado debidamente las cosas habría llegado en su tiempo a camarero de su señor, el duque.

Nunca lo olvido y estoy viéndolo mientras escribo estas líneas después de tantos, tantos años. Era un compañero de mis tiempos de liceo nocturno. Me encontré con él en un bus. Parecía no creer que yo estuviera vivo todavía. Se acercó, conversamos. El habló casi todo el tiempo. De sus éxitos comerciales. Era vendedor de camisas. Se instalaba los fines de semana en lugares concurridos. También, a la salida de los obreros en las fábricas. Le iba muy bien. Se había casado con una linda mujer. Criaba sus hijos. "¿Y tú?" me preguntó por fin condescendiente, "¿Qué haces? ¿Te va bien? ¿Vendes camisas?"

Otra historia vale aquí, que me contaron hace tiempo, de un grave académico experto en asuntos de nuestra historia patria. Cuando pudo viajar a Europa, alguien lo encontró caminando, no recuerdo si por un parque de Génova o Ginebra. Iba de mal talante y asombrado de no encontrar en los lugares públicos un busto siquiera de Bernardo O'Higgins.

La historia de mi amigo vendedor de camisas, ilustra a mi parecer lo que dice Montaigne sobre la iluminación del entendimiento con la conversación diaria. Supongamos que yo a mi vez me hubiera dedicado a vender calcetines. No cuesta nada imaginar mis reflexiones. "¡Vaya! Este amigo está tan implicado en su negocio de camisas que no ve otra cosa, como si el mundo fuera una enorme camisería. ¿Y qué me ocurre a mí? Hasta ahora, por lo menos, no me ha parecido que haya en el mundo otra cosa que calcetines. ¿Qué estrechez la suya, qué estrechez la mía! Y parece evidente: si no me hubiera encontrado con él y escuchado por un rato de sus camisas podría seguir Dios sabe hasta dónde con mis calcetines. Y estando en esto, ¿cómo estará conformado el mundo de toda esta gente que viaja conmigo en el bus? Si ése que va al frente es, como parece, agente de pompas fúnebres ¿qué más verá en el mundo que ataúdes?"

¿No habrá un proverbio para tanta obviedad?

Pero hay formas de alcanzar buenos resultados por uno mismo, sin tener que conversar. Por ejemplo, hay piedras en el camino al pasar; un poco más allá, subimos a un cerro y desde lo alto ya no se ve más que un camino liso; no se ve ni la sombra de una piedra. Una experiencia que se puede comparar con la de nuestro académico historiador: viaja a Europa y los gigantes del pasado entre los que consume su energía y su talento desaparecen. Así les ha ocurrido a los miles y miles de compatriotas que huyendo del dictador Pinochet y su régimen de terror llegaron a los grandes centros industriales, financieros, culturales del mundo. Iban a conversar con alguien que

preguntaba: "¿De dónde dice que viene? ¿De Chile? ¿Y dónde queda eso? ¿En Buenos Aires?" Con lo cual no demoraban en exclamar: "¡Puchitas! ¡La camisería en la que estaba metido!"

Claro está, la expresión "no ver más allá de las narices" es relativa. No es lo mismo no ver más allá de las narices en Santiago que en Washington, por mucho que sea lo mismo. Seguro que lo primero que hace un miembro del Departamento de Estado después de sudar la gota gorda por llegar al Cielo, es pedir a San Pedro que le traiga una Coca Cola.

Otrosí y a propósito de las inconsistencias tan propias y justas cuando de autorretrato se trata: Montaigne que busca el aislamiento en su famosa torre para dedicarse a escribir sus "humores" tendría que cuidarse de algo así, el encierro provinciano. ¿Quién dice que tal tormenta como la representada por el pirronismo en el siglo XVI no sea más que esa escarcha que le echó a perder las frutillas a mi vecino?

ENSAYOS, I, 25.

Anaxímenes en una carta a Pitágoras: "¿Con qué propósito", le dice, "preocuparme del secreto de las estrellas teniendo a mis puertas la muerte y la esclavitud?" Porque el rey de Persia en esos días preparaba la invasión de su país. Así, todos debieran decir: "Asaltado como soy por la avaricia, la ambición, la temeridad, la superstición, y teniendo dentro tantos otros enemigos de la vida, ¿voy a devanarme los sesos sobre las evoluciones del cielo?"

Hay unos versos de Horacio, que Montaigne cita también aquí, que se pueden comentar así: El idiota, para evitar todo riesgo, esperó que el río pasara, antes de cruzarlo. Se puede decir también que si se empieza por las estrellas no se termina nunca de llegar. O que tratando de poner un fundamento firme no queda más que subir a las estrellas. Subir, subir... con la esperanza de alguna vez bajar y poner todo en claro, hasta la avaricia, la ambición, la temeridad y la superstición que nos rodean sin tregua.

Algunos toman tanta distancia para dar un salto que antes de recorrerla caen exhaustos; otros retroceden más, hasta caer en el abismo que hay detrás.

Hay muchos en el país que merecen el tirón de orejas de Anaxímenes: ocupados en averiguar que sea en sí y por sí la leche mientras los persas los ordeñan que es un gusto.

ENSAYOS, I, 25.

Apartad las espinosas sutilezas de la dialéctica; son exageraciones, cosas que no sirven para enmendarnos. Tomad los discursos filosóficos llanos, aprended a elegir rectamente y entonces aplicadlos rectamente; son más fáciles de entender que un cuento de Bocaccio; un niño en su infancia es más capaz de aprenderlos que de leer y escribir. La filosofía tiene discursos para la infancia tanto como para la vejez...

... Aristóteles no se preocupó tanto de agobiar a su gran alumno con las tretas del silogismo o los elementos de la geometría como de infundir en él buenos preceptos sobre el valor, la magnanimidad, la temperancia, la bravura y el desprecio del temor; y con esta munición lo envió, niño todavía, con no más de treinta mil hombres, cuatro mil caballos y cuarenta y dos mil coronas a subyugar el mundo.

Son celebradas con justicia las páginas que Montaigne dedicó a la educación. No tiene más modelo que sí mismo ni más propósito que la formación del gentilhombre; pero hay mucha profundidad, amplitud y valor psicológico, moral y social en sus proyectos. Algunos son en nuestro tiempo olvidados: libre iniciativa, experimentación, juicio propio, antiescolasticismo, sentido común.

No vamos a exagerar trayendo de Montaigne las bases de la pedagogía del desarrollo; pero tampoco podemos desconocer que hay penetración en la idea de que "la filosofía tiene discursos propios para la infancia, tanto como para la ancianidad". El cerebro -nos enseñan- está enteramente formado a la edad de siete años. Ya entonces, el pequeño puede tener y tiene en efecto una honda percepción de sí y de los otros. ¡Cuánta filosofía no cabe dentro de un marco así! Más todavía, que importa no olvidar: a esa edad el niño se hace preguntas que no sabe responder. Las mismas que se hace el anciano y que tampoco sabe responder.

Montaigne es un hombre del siglo XVI; escribe de forma muy personal; escribe desde sí mismo y las numerosísimas veces en que escribe a partir de otros nunca deja de hacerlo tal como si fuera desde sí mismo. Así de dotado estaba. Comenzó a escribir sus ensayos a los 38 años, alrededor de 1572, y estuvo aplicado a ello hasta el fin de sus días. La versión última fue póstuma. Los concibió como autorretrato. Con tantos años como dedicó a esta empresa, me ocurre pensar en los autorretratos de Rembrandt. ¡Cómo difieren

sucedíéndose en el tiempo! ¡Y cómo son siempre el mismo Rembrandt! Pero uno ve a Rembrandt con los ojos; lo ve íntimamente. Montaigne se nos presenta también muy en lo íntimo; pero no lo vemos con los ojos como vemos a Rembrandt; no nos mira abiertamente como nos mira Rembrandt, que lo hace revelándose hasta el punto de asustarnos, aterrarnos, cubrirnos de pudor, autoconsciencia y vergüenza. Y de piedad y lágrimas.

Se me ocurre decir todo esto leyendo este pasaje de Montaigne sobre la educación de Alejandro. Me advierto, leyéndolo, aquí como en numerosos pasajes: El hombre es del siglo XVI. Un gascón de buen vivir, comedor, mujeriego, jugador; gentilhombre, también; racionalista, humanista, latinista, una primera figura del Renacimiento Francés. Descendiente de comerciantes, hijo de dama conversa, escapada de España (otros dicen de Portugal). Uno llevaba espada al cinto en esos tiempos, guardaba sus doblones en cofre, se batía por el honor, viajaba en carruaje o a caballo. A la vuelta del camino podían asesinarlo. De un minuto al siguiente, por ejemplo, sabemos que Quevedo sacó espada a la salida de una iglesia en defensa de una mujer y tuvo que huir al exilio buscado como asesino. Cuando este hombre, Quevedo, rudo y excepcional, nos dice: "Vencida de la edad sentí mi espada" puede que esté hablando en figura; pero puede también que no.

¿Qué sabe, uno, pues, del mundo visto desde los lomos de un caballo, qué del honor sustentado por la espada, qué de nada en la cabeza de un hombre cuando se vive en medio de condotieros, al azar de guerras intestinas, saqueo y carnicerías, horrores de herejías, cazas de brujas, tiquismiquis transubstanciales, pestes catastróficas, autos de fe, aquelarres, querellas de indulgencias, mercados de astrologías, alquimias, hechizos, filtros, sortilegios, infiernos espeluznantes, torturas, descuartizamientos, un mundo para que lo dibuje Bosch, cerrado por los cuatro costados, aguardando su Apocalipsis en medio de su Armagedón, tanteando en oscuro, oscuro, oscuro, barca de locos sin noción de que flotan ni de cómo y por qué flotan en espacios que la luz toma miles de millones de años en recorrer?

Digo todo esto, esbozo de mucho más, esforzándome por captar sin lograrlo ese valor, esa magnanimidad, temperancia, bravura y desprecio del temor que Montaigne prefiere a la geometría y a la dialéctica, y de los cuales son alto ejemplo las guerras de Alejandro por apropiarse el mundo. Los llamamos "valores" en este tiempo. No creo que tengamos clara noción de qué eran estos valores en tiempos de Montaigne; ni que Montaigne supiera mucho de lo que eran en tiempos de Alejandro. De un hombre cuya gloria

y cumplimiento se forman en parte sustancial con la masacre, la conflagración y el saqueo de ciudades y ciudades, ¿qué estamos significando al decir valor o temperancia? Si el honor es cosa que se sostiene a sablazos, ¿tiene nada que ver con una cultura como la nuestra? Si la magnanimidad se prueba con los logros del pillaje distribuidos entre los mismos saqueadores, ¿qué diremos?

Sin contar el que un examen menos relativizado de estos valores igual nos deja con muy poco en las manos. "Magnánimo" es por "grandeza de alma". El mismo Montaigne nos da un gran apoyo para salir de los oscuros barrancos por los cuales erramos cuando hablamos del alma. "Alma" es por "ánima", que es latín por "anemos", que es griego por "soplo". Sabemos muy bien qué es "soplo" cuando soplamos. Pero las cosas vuelan de la tierra al cielo cuando este soplo se transforma en un yo no sé qué, que reside yo no sé dónde, que circula yo no sé cómo y que en algunos es más grande que en otros.

Así nos asiste la etimología: un mero escarceo bajo su dirección basta para dejar a la vista el salto metafórico que nos transporta del sentido al insentido.

Opalá, así como no se nos olvida mirar atrás por si nos sigue un bandido, igual tuviéramos el hábito de mirar el diccionario cuando se nos suelta la lengua.

ENSAYOS, I, 26.

... Si damos el nombre de monstruos y milagros a todo lo que nuestra razón no puede comprender, ¿cuántos de ellos están continuamente ante nuestros ojos? Considérese a través de cuánta oscuridad nos guían nuestros maestros para damos a saber la mayoría de las cosas en torno nuestro; seguramente, pensaremos que es la costumbre y no el conocimiento lo que elimina su extrañeza:

Hastados de mirar, nadie se digna ahora contemplar las mansiones luminosas de los cielos. (Lucrecio)

Si tales cosas nos fueran presentadas como si por primera vez, las consideraríamos tan increíbles como las que más.

Este es un Montaigne para todos los tiempos. Tan al tanto de la lógica de los supuestos y su psicología, como Lucrecio venido del pasado, o el celebrado

Einstein de nuestro tiempo. En otro lugar se pregunta: ¿Y si nos faltan sentidos, si carecemos de otros que quizás qué nuevas cualidades del mundo nos permitirían percibir? Aquí, se trata de lo que no percibimos de puro acostumbrados que estamos a su presencia. Si quitáramos todos los efectos de la costumbre sobre nuestra percepción y miráramos de nuevo como si originariamente, ¿qué cualidades percibiríamos que aunque siguen todavía ante nosotros no percibimos ya? Esta es una experiencia muy fácil de definir y entender. Pero, ¿dónde está el Einstein capaz de realizarla? ¿Qué veríamos en la mirada de un amigo si quitáramos todo lo que le viene por la costumbre de verla? Por la costumbre de ver esa mirada, acaso nos ocurra lo que dice Lucrecio: que no nos dignamos mirar en su lumbre celestial.

Pero, puede ocurrir más y de otra especie. Tomemos la palabra de nuestro sabio:

Si nombramos monstruos y milagros todo lo que nuestra razón no puede comprender, ¿cuántos de ellos están continuamente ante nuestros ojos? Considérese a través de cuánta oscuridad nos guían nuestros maestros para darnos a conocer la mayoría de las cosas en torno nuestro; seguramente, pensaremos que es la costumbre y no el conocimiento lo que elimina su extrañeza...

Yo considero aquí un maestro que nos hace reparar en la forma cilíndrica del tronco de los árboles, en la disposición de sus ramas y sus hojas; o cómo van ordenadas las uvas en el racimo, el maíz en la mazorca, el trigo en la espiga; o cómo se conducen los animales, cómo crían sus hijos, cómo se orientan y cazan y construyen sus viviendas; o los ríos, las lluvias, los truenos y tempestades; y de cómo trabaja el alfarero, cómo el tejedor, cómo el albañil; de los utensilios de labranza, los vehículos, barcos, aeronaves, de los estanques, tuberías y válvulas; y así de miles y miles de cosas que pasamos por alto tomándolas como de suyo, obvias, naturales (y que no se nos ocurriría ni por un segundo considerar que dejados a nosotros sin asistencia no las comprenderíamos y que si llegáramos al mundo sin soporte y valiéndonos por nosotros mismos no alcanzaríamos a imaginar ni en esbozo, mucho menos a inventar, aunque viviéramos mil veces lo que es común vivir).

Hay todavía otra especie de monstruos y milagros. Considérese que un maestro nos lleva a percibir algo que está como arraigado en nosotros, que afirmamos y practicamos sin darnos cuenta pero con fuerza y determinación

imbatibles: quiero decir que como si nos enjuagáramos la boca y nos amarráramos los zapatos, separamos, dividimos, descomponemos nuestro ser en dos sustancias, el cuerpo y el alma. ¿No es esto supremamente milagroso y monstruoso?

Porque resulta claro que una separación así está por todas partes y ante mis ojos, aunque yo no la vea acostumbrado como estoy y como están todos. Se han formado pensamientos con esta distinción, se ha construido un lenguaje con ella; y leyes y códigos e instituciones; se nos educa con ella y se divide con ella nuestra educación y hasta los edificios en que nos educamos; se separan las disciplinas en que somos instruidos; se dividen las investigaciones y los oficios. Y porque resulta claro también que es cosa monstruosa y milagrosa que del cuerpo animado que llamamos ser viviente separemos el cuerpo y el ánimo, ni más ni menos que sería monstruoso y milagroso separar el cuerpo iluminado de la sombra que proyecta, el cristal de su transparencia o que dividiéramos el cielo azul en cielo y en azul.

ENSAYOS, I, 27.

... Hay países en que los hijos matan a los padres; y otros en que los padres matan a los hijos; así se evita que el uno o el otro sean un obstáculo en la vida; en términos naturales, las expectativas de uno dependen de la ruina del otro... Aristipo, respondiendo acerca del afecto que debía a sus hijos que venían de él, escupió y dijo: "Esto también viene de mí."

Algún tiempo atrás vi una película documentada sobre la costumbre en aldeas del antiguo Japón de eliminar a los padres cuando, viejos ya, son una carga neta para los hijos. Hay hijos que quieren hacerlo lo antes posible; hay otros que no. Hay padres que lloran porque no se los eliminan; hay otros que golpean con los dientes contra las rocas para impedirse comer y obligar a sus hijos. Son abandonados en lo alto de montañas salvajes donde las aves de presa se encargan de ultimarlos. Hay países en que ocurre lo contrario. Actualmente ocurre todavía en China, con las hijas, que son eliminadas al nacer por los campesinos. En un país de más de mil doscientos millones de habitantes, la mayoría campesinos, podemos imaginar la cantidad de niñas venidas al mundo que son expulsadas inmediatamente. La razón es económica o, como puede también nombrarse, demográfica. Actualmente,

los antropólogos consideran el infanticidio y el canibalismo como respuestas a la presión demográfica y la escasez de alimentos.

Las costumbres de matar a los padres y los hijos las señala Montaigne tratando de probar la superioridad de la sociedad de amigos sobre la sociedad de parientes y la sociedad de los sexos. Esto llama la atención si se considera la importancia central de la familia para un católico y trae a cuento la cuestión: ¿Hasta dónde es católico Montaigne? Tratando de mostrar el valor de la amistad no vacila en sacrificar la familia. No parece transacción de un católico. No hay dificultad en ir a misa, si por ello nos dan París. Pero en este caso es al revés: pagar con París, por una misa.

Otrosí: Montaigne olvidó al soldado romano que sujeta la espada para que el compañero se estreche contra ella o al samurai que corta la cabeza al compañero que se suicida.

ENSAYOS, I, 30.

... Y se afirma que (el rey de Méjico) mantenía una guerra continua con poderosas naciones vecinas no sólo para tener en ejercicio a los jóvenes sino principalmente para mantener sus sacrificios (de 50.000 hombres al año) con prisioneros de guerra.

Este es un pasaje del *Ensayo Sobre la Moderación*. Montaigne argumenta en él en pro del viejo apotegma "Todo con medida". ¿Qué hacemos ante la violación frecuente de la medida?

... recurrimos a la vigilia, al ayuno, las camisas de crin, el retiro, la prisión perpetua, los azotes y otras aflicciones; pero tales que impliquen un tormento real.

De camisas de crines, no sé si Pascal las empleó, pero leí que en su tiempo se ajustó un cinturón con agujones por dentro para darse con el codo contra las costillas cada vez que se sintiera en falta. Montaigne nos advierte: ¿De qué sirve condenar a comer pescado a una persona que lo prefiere a la carne? Esta sería la penitencia inocua y los psicólogos nos enseñan ahora que son tan enormes las cantidades existentes de masoquismo que ya no nos impresionan celdas, ni cilicios, ni látigos.

Y sobre las víctimas que sacrificamos a los dioses, ¿estamos en mejores condiciones? Los griegos enviaban a los dioses el aroma del asado, pero éste lo comían ellos. De donde sostienen algunos que les nació un sentimiento grande de culpa y vergüenza, por lo que inventaron el mito de que fue Prometeo quien les enseñó a sacrificar así. En cuanto a las víctimas humanas de los sacrificios aztecas, llama la atención que sean tantas. Los antropólogos contemporáneos piensan que eran parte importante de la dieta; y el mismo Montaigne tiene que haber pesado las cosas cuando refiere la anécdota de ese mensajero enviado a Cortez con tres especies de presentes, diciendo:

"He aquí, señor, cinco esclavos: si eres un dios furioso y te alimentas de carne y sangre, cómelos, y te traeré más. Si eres un dios afable, aquí tienes incienso y plumas. Si sólo eres un hombre, toma estas aves y frutas que traemos para ti."

ENSAYOS, I, 32.

Desde hace mucho he observado que la mayoría de los antiguos sabios coincide en que llegó el tiempo de morir cuando resulta más mal que bien en seguir viviendo, y que preservar la vida para nuestro tormento y molestia contraría a las leyes de la naturaleza.

Esta es una de esas proposiciones que nos parecen meridianas como una balanza. Tal como decir que todos los hombres quieren el bien, que todos los hombres son iguales ante la ley, que todos los hombres son dueños del fruto de su trabajo.

Uno camina hacia el cenit de la vida. A partir del cenit, se inicia la decadencia. Los bienes a partir de este punto son menos que los males. Pura obviedad, pura lógica.

Sólo que... ¿dónde queda el cenit?

En el mundo industrial, el cenit se acerca cada vez más al ocaso. El número de ancianos va superando el de las personas activas. Tienen dinero para pagar por sus médicos, su medicina, tratamiento, lugares de reposo y recreación. Además, las técnicas médicas para prolongarles la vida progresan prodigiosamente.

Pero, basta ver un anciano para saber que en su caso los males son más

que los bienes. Los filósofos votan unánimes: Sonó la hora de la muerte; preservar la vida vieja y esclerótica contraría las leyes de la naturaleza.

Los millones y millones de ancianos del mundo rico de hoy, mueven la cabeza (aunque sea boqueando semanas y semanas entre máquinas que les aclaran la sangre, les extraen la orina, les reactivan el corazón): "¡Estos filósofos!"

ENSAYOS, I, 40.

... Una antigua sentencia griega dice que los hombres sufren con el parecer que tienen de las cosas, no con las cosas mismas... Si el ser original de las cosas que tememos tuviera poder de alojarse él mismo en nosotros mismos, lo haría igual y de la misma manera en todos...

... La muerte que muchos reputan la más terrible, ¿quién no sabe que otros la consideran el único puerto seguro en las tempestades de la vida, el soberano bien de la naturaleza, el único soporte de la libertad y el pronto y común remedio de todos los males? Mientras unos la aguardan con temor y temblor otros la toleran mejor que la vida.

Claro está, esa sentencia griega se debe completar: si los hombres sufren con la opinión que tienen de las cosas y no con las cosas mismas, parece igual de argüible que gozan de la misma manera. Lo que se muestra a todas luces en esa tragedia de Shakespeare, *Rey Lear*, donde al comienzo Lear se alegra con la opinión que le nace de sus hijas Regan y Goneril, y se fastidia con la que adquiere de Cordelia. No sólo eso, al final no tendría que estar en mejores condiciones, porque sus dos opiniones se invirtieron. Montaigne mismo argumentaría así, puesto que lo dice de sí mismo: ¿Cómo puede nadie estar seguro de su opinión de hoy si estaba tan seguro ayer de la opinión contraria?

Si estamos tan seguros de opiniones contrarias sobre las mismas cosas, ¿qué ocurre, pues, con las cosas mismas? Sobre Pinochet, muchos están seguros de que es un tirano envilecedor; y muchos de que es un estadista benefactor. ¿Diremos que estas calificaciones no alcanzan al sujeto en su esencia o diremos que ambas por igual -contrarias como son- le corresponden, a él, en su misma médula? ¿Qué demonios ocurre con Pinochet? ¿No será eso justamente, que es odioso y amable a la vez y que en el respecto en que

es amable lo aman unos y en el que es odioso lo odian otros, o los mismos según soplen los vientos?

No cabe duda: si el ser original de Pinochet se ofreciera a nosotros y fuera amable, lo amaríamos todos; y si fuera odiable, todos lo odiaríamos. Como está a la vista que ni todos lo amamos ni todos lo odiamos, está también que no se aloja en nosotros -como no sea odioso y amable a la vez- sino en sí mismo y nada más que en sí mismo caso en el cual sólo valdría para él que sea en sí mismo odioso o en sí mismo amable.

Estos razonamientos igual tendrían que valer para la muerte. Unos temen la muerte; otros, la anhelan. Montaigne quiere mostrarnos que no es en sí misma terrible; pero entonces tampoco es en sí misma anhelable, por la forma misma del asunto. Y todas las cosas que dijimos de Pinochet las podemos decir de la muerte; o de lo que sea que unos amen y otros detesten.

Unos dicen que Montaigne es una introducción a Kant. Pero hay también los que dicen que, ¡Dios de los cielos!, si hay una cosa que Montaigne no es, ello es una introducción a Kant. Y si, por lo que leo, vamos a enumerar todas las cosas que Montaigne evidentemente es, aunque evidentemente no es, pienso que se nos irá el aliento y con el aliento Montaigne.

ENSAYOS, I, 40.

... Los Reyes de España expulsaron a los judíos. El rey Juan de Portugal en razón de ocho coronas por cabeza les vendió un permiso en sus dominios por tiempo limitado. El les suministraría el transporte a Africa. Pasado el tiempo de permiso, los que permanecieran en el país quedarían esclavos. Los barcos se hicieron escasos; y los que embarcaron fueron tratados brutalmente por los marineros que los mantenían navegando hasta que gastaran todo lo que llevaban... Con estas noticias, los que quedaban optaban por la esclavitud o fingían cambiar religión... El rey Manuel, sucesor de Juan, llegando al trono puso a los judíos en libertad; pero luego ordenó que salieran de su reino asignándoles tres puertos. Esperaba que... la dificultad de exponerse a la merced de los marineros, y de abandonar un país al que se habían habituado y donde les iba bien y exponerse en regiones desconocidas les persuadiría (de convertirse al cristianismo). Pero, no ocurriendo así, y viéndolos resueltos a emigrar, redujo los tres puertos a uno...

Así, concentrándolos en un puerto podría ejecutar su propósito: quitar los

niños bajo los catorce años de la tutela de sus padres y llevarlos a un lugar donde se pudiera convertirlos a nuestra religión. Dice (un tal obispo Osorio, historiador) que esto produjo el más horrible espectáculo: la afección natural entre padres e hijos y el celo de su antigua creencia (causó que) padres y madres se resistieran, lanzando por amor y compasión a sus hijos en norias y precipicios...

Antoinette des Louppes, madre de Montaigne, pertenecía a una familia de ricos judíos peninsulares convertida al catolicismo. En el tiempo de la persecución, los López comenzaron a aparecer en Francia, en las principales ciudades del mediodía.

En sus *Ensayos*, Montaigne sólo se refiere a su padre hablando de su formación. Pero en este pasaje, no sé por qué efecto de afección, sólo veo a su madre. El filósofo nos confiesa el enorme impacto que hizo siempre en él la crueldad; y la persecución secular de los judíos está en él tan presente como la exterminación de las poblaciones aborígenes en el Nuevo Mundo o la de los hugonotes durante la Masacre de San Bartolomé.

En el ensayo del que extraemos el texto (como también el anterior) se ocupa Montaigne de probar que "toda opinión tiene suficiente fuerza para defenderse a costo de la vida", como lo muestran esos padres dispuestos a sacrificar sus hijos antes que abandonar su religión. También se refiere aquí Montaigne a las arraigadas connotaciones del matrimonio en culturas donde las esposas de los sacerdotes son sepultadas vivas con el cuerpo de los maridos; y otras, quemadas vivas en sus funerales, algo que padecen no sólo con firmeza sino alegremente.

¿No parece increíble? Pero, no cuesta verificar de mil maneras la poderosa fuerza con que la costumbre junta unas cosas y separa otras. Yo he visto damas con la boca abierta ante una cazuela sin zapallo y señores a punto del colapso viendo que echan agua en el vino.

¿Cuántos murieron antes de permitir que se junten o se separen el pan y el vino de la comunión?

La Suecia en que vivo ingresa en estos meses a la Comunidad Europea y en esta unión se revelan a cada paso -en los alimentos, en la bebida, en el trabajo, en el ejercicio de las profesiones y oficios, en la educación, en las finanzas, en los impuestos y el servicio social- que existen por miles las cosas que los suecos quieren unidas o quieren separadas en tanto que la Comunidad Europea las quiere justo al contrario.

ENSAYOS, I, 49.

... Considerando que los cambios de la moda son tan rápidos y repentinos, que las invenciones de todos los sastres del mundo para satisfacer las extravagancias de nuestra vanidad no alcanzarían, es necesario que las formas que una vez se despreciaron vuelvan en boga y que caigan en desprecio las actuales; y que el mismo juicio deba, en el espacio de quince o veinte años, adoptar media docena de opiniones no sólo diferentes sino contrarias con inconstancia y ligereza increíbles. No hay uno de nosotros tan discreto que no caiga en esta contradicción y que tanto en visión interna como externa no sea sin darse cuenta un ciego.

Los que están en el negocio de la moda -lo que se calza, lo que se viste, lo que se muestra, lo que se oculta, lo que se estrecha, lo que se ensancha, lo que se acorta, lo que se alarga, lo que se enciende, lo que se apaga y yo no sé cuántas oposiciones más como éstas- deben disponer de tablas confeccionadas con estadísticas, dominar un termómetro de los gustos, un catálogo de las vanidades y reglas de la psicología de las edades, las culturas, las grandes masas. Puede concebirse hasta un cálculo de estas materias. Uno observa en el cine, la radio, la prensa y la televisión el despliegue de la inteligencia de estos gestores y agentes de la moda. Y observándolo tendría que llevar sus juicios a planos más elevados que los del mercado de las vanidades. Con toda la luz que inunda los entretelones de esta astucia tendríamos que estar todos al tanto; tan al tanto, que (como si ya estuviéramos repasando un álbum futuro de todos los usos actuales) yendo por la acera tendríamos que ver el ridículo y la fealdad de todos esos nuevos estilos. Pero no es así, sino tal como dice Montaigne: cada quien se emperifolla para ir a la fiesta; ante el espejo, sonríe satisfecho en lugar de llorar de rebajamiento y estupidez. Estas cosas, parece, tienen que quedar atrás, desalojadas, para que nos demos cuenta plena.

Cuando se elevaban las barbas del corsé hasta el alto del pecho, no había cosa más propia que esa posición; años después, el corsé bajó a la altura de los muslos y todos reían de la manera anterior como molesta e intolerable. El uso actual hace condenar los anteriores con tan gran resolución y tan universal acuerdo, que uno pensaría que sólo la locura pudo cegarnos a tal extremo.

En el presente, en nuestras sociedades de consumo, donde la producción y la distribución está en poder de empresas transnacionales cuyos mercados cubren la casi totalidad del mundo, tal es la cantidad de billones y billones de dólares, millones y millones de trabajadores, miles y miles de comerciantes y financistas implicados en estos asuntos, que no hay lugar donde ir con esta filosofía de las vanidades sin hacer el ridículo. Hay que atender a todas esas legiones que viven de la moda. ¿O vamos a dejarlos desempleados? Hay que atender el incremento de la producción. ¿O vamos a descuidar el incremento de los mercados y de la población? Quieras que no, unas cosas requieren las otras. También, cambiando las modas de año en año, mantenemos el ritmo de producción. Nada se puede detener sin que surjan la estancación, el desempleo y el hambre. ¿Qué puede haber de más importante que los vestidos vayan más amplios este año, más estrechos el que viene? Así, como en diástole y sístole, se aumenta este año la demanda de material, se disminuye el próximo el costo de producción. ¿Y las faldas? ¿Cómo fluye la economía, sea que bajen sea que suban! Y así con todo. Tenemos sabida y resabida la pugna por el *status*. ¿Cómo podríamos vivir sin toda esa gente en Norteamérica y Japón cambiando de vivienda, de coche, de yate? Para decirlo irritando a los estoicos, ¿dónde iría a parar el mundo si no hubiera por toneladas y en todas partes vanidad y presunción? Montaigne nos dice -y quién va a negarlo- que los curas viven, al fin de cuentas, de nuestros pecados tal como los jueces y abogados de nuestros delitos. La analogía es perfecta: la sociedad actual no podría subsistir sin las demandas de la vanidad y la presunción.

Desde luego, toda esta situación tiene abundantes detractores. El Diluvio también los tuvo.

De las opiniones, juicios y doctrinas que van y vuelven, que son expulsados por décrepitos y reaceptados como si fueran retoños, vale otro tanto. Están instaladas enormes empresas que publican millones y millones de libros y revistas. Se alimentan de investigaciones en todos los campos. Sobre todo, tendrán que interesarle aquellas en que no es posible descubrir algo sin a la vez cubrir algo. De modo que estamos enterrando y desenterrando con el efecto que estamos siempre publicando, mañana lo que enterramos hoy, hoy lo que enterramos ayer.

ENSAYOS, I, 50.

Voto sin dudar por el primer humor (el de Demócrito riendo opuesto al de Hericlito llorón); no porque place más reír que llorar, sino porque expresa más desprecio y condena que el otro; y pienso que nunca podemos ser despreciados suficientemente. La compasión y el lloro parecen implicar alguna estima y valor de su objeto; mientras que las cosas de las que nos reímos carecen por ello mismo de importancia. No creo que seamos tan infelices como vanos, o que seamos tan maliciosos como estúpidos. No estamos tan premunidos de maldad como de vacuidad. No somos tan miserables como somos viles y ruines.

Tenemos muchas explicaciones o teorías de la risa. Ninguna enteramente satisfactoria. Hasta haciendo un bouquet con todas, todavía es seguro que queda mucho sin explicar. Cuántas veces, a solas, reímos sin saber exactamente por qué.

Hablando generalidades, algo se desarma, pierde unidad, pierde coherencia, pierde armonía cuando reímos. El presidente americano desciende del avión ante una gran parada de armas, bandas y autoridades y... ¡tropieza! Con él viene por los suelos toda la solemnidad del mundo. ¡Qué cosa más ridícula y ominosa!

En su novela *El Nombre de la Rosa* nos refiere Umberto Eco una leyenda: la existencia secreta y peligrosa de un tratado de Aristóteles sobre la comedia. En una biblioteca de un claustro medieval se conserva un ejemplar. Algunos sacerdotes tratan de copiarlo y darlo a conocer. Otros se oponen ferozmente y llegan al asesinato por impedirlo. El sacerdote encargado de la biblioteca es quien instiga estos crímenes. Un teólogo anti-risa.

Como para pensar que la armonía del paraíso fue perturbada por un chistoso.

Como para pensar también que rota esa unidad e impedido para siempre el hombre que insiste en recobrarla, el mundo se transforma en el objeto propio de la risa; como la escena de uno que trata de recoger la leche volcada en la arena.

En *Eclesiastés* se emplea una y otra vez la frase "vanidad y aflicción de espíritu" para hacer ridículo de los esfuerzos más elevados del hombre. De acuerdo a una traducción del hebreo más literal y también más concreta, se puede decir: "humo y apaleo de humo", "viento y apaleo de viento", "soplo y apaleo de soplo". Otros traducen: "Absurdidad y caza de viento".

También, siguiendo en *Eclesiastés*, cabe imaginar el mundo poblado por enormes mayorías de imbéciles y unos pocos sabios, que no por sabios dejan de apalearse el viento. A la verdad, estos pocos sabios son los que propiamente lo apalean. El elemento común del mundo visto desde *Eclesiastés* es la nada.

¿Puede haber nada más apropiado a la risa que esta resolución de todo en viento y apaleo de viento?

Tratándose de textos sagrados, la risa viene excluida en la definición; y seguramente así se explica a este teólogo bibliotecario dispuesto a asesinar antes que publicar su texto aristotélico sobre la comedia. También hubo en su tiempo (¿cuándo no?) viejos así de fieros que hicieron cuanto estuvo en sus manos y sabe Dios qué más por evitar que *Eclesiastés* entrara en la Biblia. ¿Por autodefensa? Léase un texto como el siguiente:

Basta ver a un tonto dar un paso por el camino y se ve que la cabeza no le sigue. Con su sólo andar va diciendo: Soy un tonto. (Eclesiastés, C. X, V. 3)

Pongamos esta escena al alcance de nuestros ojos: Uno ve en la calle un sujeto que camina y no necesita más. No importa saber si viene del Ministerio del Exterior o del Banco Central. Si se trata de un tonto, se trata de un tonto que va caminando; y un tonto que va caminando sólo como un tonto puede caminar.

¿No es para reír y llorar?

El lloro y la risa pueden combinarse en una única experiencia. Suelen estar como en potencia, como encapsulados en cosas que se reputan elevadas, solemnes. La televisión suministra a manos llenas estas experiencias en que vienen juntos la risa y el llanto. Por ejemplo, en una misma toma de la cámara vienen a una en la persona del ministro la solemnidad de lo que ejecuta y el ridículo de su ejecución. Grandes hombres que depositan coronas en monumentos tienen que ser asistidos porque no son capaces siquiera de sostener su propia quijada. Cardenales y prelados que juntan sus manos ante el cáliz están preguntándose si van a ser capaces de alzarlo. En estos tiempos vemos todos los días a un borracho, presidente de una gran potencia, al que tienen que indicar ante las cámaras por dónde tiene que ir. Todo ello y mil cosas más de mil especies producen un sentimiento peculiar de desprecio, ridículo y lástima al alcance de todos en la televisión de su living, el bar, el hall de un mercado, la vitrina de una zapatería. No caben, pues, dudas sobre la urgencia y angustia de ese bibliotecario de la novela de

Umberto Eco y todos los de su especie tratando de levantar un muro en torno de la majestad de sus ídolos. Montaigne nos cuenta de países donde al rey se le habla por un tubo; y con el crecimiento actual de las burocracias los tubos se multiplican de manera que no es exagerado decir que a la postre para nosotros la autoridad se desvaneció en un laberinto de tubos al infinito.

Nos dice Montaigne que "la compasión y el llanto parecen implicar un valor y estima de su objeto, mientras que las cosas de que nos reímos carecen por ello mismo de importancia". También, parece que nos reímos con más fuerza y más sentido cuando, de pronto, nos damos cuenta de que no tiene importancia. Más todavía cuando pasamos así, de súbito, de la creencia en su importancia a la percepción de su banalidad. Como cuando los periodistas denuncian a un encumbrado personaje como encumbrado ladrón, o como cuando el líder político se agacha y se le descosen los pantalones o el cardenal muere encima de su querida. ¿Dónde se fue la importancia que atribuíamos a estos personajes? Seguramente reside en su cargo, no en ellos. ¿Y por qué nos reímos cuando les ocurren estas cosas? Probablemente, por algo que ocurre en nuestra mente, porque un juicio que ella hacía se esfumó como por arte de magia. Creíamos que la importancia era inherente en ellos tal como la redondez de las manzanas es cosa de las manzanas.

Item más: ¿Por qué, infaliblemente reímos cuando de pronto se hace evidente una verdad hasta aquí ignorada?

Pero, todo esto forma como un accidente del texto que presentamos. Lo que nos dice en sustancia -sea que lloremos, sea que riamos- es que "nunca podemos ser despreciados de acuerdo a nuestros merecimientos", los cuales resultan de que somos "viles y ruines". Aquí, me parece, estamos encontrándonos con Montaigne en su postura más radical:

No creo que seamos tan infelices como vanos, o que seamos tan maliciosos como estúpidos. No estamos tan premunidos de maldad como de vacuidad. No somos tan miserables como viles y ruines.

Sus *Ensayos* -nos dice Montaigne- son ensayos sobre él mismo, son su autorretrato, su vida personal computada, no de tiempo en tiempo, sino minuto a minuto. Cubren el último tercio de su vida. Pero los dos primeros también los vivió y tienen igual, si no más importancia en lo que escribe. También, imponiendo a sus escritos esta orientación que va siguiendo su

vida misma, no podemos menos que esperar que ésta se muestre en etapas, transiciones y crisis. Así, leyéndolo, cambia ante nuestros ojos una y otra vez. Cambia también en los grandes trazados del camino por que va. Así, vemos, primero, un epicúreo comodón; un estoico, un poco de escritorio humanístico, después; un escéptico apasionado, original y militante, a continuación; un católico entre retórico, político, maquiavélico y fideísta, al terminar. Toda esta diversidad y transiciones están a la vista del que lee.

Pero, también, y por encima de todo, está a la vista el hombre, con sus modos y atributos, su idiosincrasia, sus "humores", su estilo y dialéctica inconfundibles. Página tras página, siempre el mismo Montaigne. Un elemento de esta identidad y continuidad se tiene en el texto que aquí destacamos, mezcla de la piedad y el pesimismo tan propios de este autor: la vacuidad y la estupidez humanas triunfando incluso sobre la maldad y la miseria.

ENSAYOS, I, 50.

... Diógenes, que pasaba su tiempo arrellanado en su tonel, que reducía a cero la estima de Alejandro, que no nos estimaba más que a las moscas, como vejigas hinchadas de viento, fue en mi opinión más agudo y penetrante, y así un juez más justo que Timón, el misántropo; porque lo que un hombre odia lo lleva en el corazón... Diógenes, en cambio, en tan poca cosa nos tiene, que ni infectarlo ni turbarlo podíamos con nuestro ejemplo.

No es mala figura: Diógenes espanta las moscas; viene a verlo Alejandro; lo espanta igual. Tampoco está mal que Diógenes vea a Alejandro como un cero, siendo que todos lo ven como infinito. O mejor, que no vea nada, cuando todos no ven otra cosa. Ya sabemos: una inversión así, tan completa y aplastante, la produce "la óptica del tonel". Uno ve las cosas invertidas porque vive en el tonel. O uno vive en el tonel porque ve las cosas invertidas. De las dos maneras, se dice lo mismo.

El juez, nos dice Montaigne (¿y quién no?), es más justo según es más agudo y penetrante. Pareciera entonces que si nos reduce a nada es porque ha penetrado todo y no encontrado nada; vaciedad pura, vejiga hinchada.

Pero hay también esto con el cero y el infinito: Alejandro es un cero ante un sabio; Diógenes es un cero ante un emperador. Y muchos dirán que si hay un cero en esta relación, el cero es Diógenes, no Alejandro.

La noche pasada vi en la TV sueca un reportaje bajo el título *Socialism eller Döden* (Socialismo o Muerte).

Desde hace unos diez años a lo sumo y unos cuatro a lo más, alrededor de unos 200 jóvenes en Cuba se han inyectado voluntariamente sangre de personas enfermas de SIDA. Se trata de muchachos dados al Rock 'an Roll, el pelo largo y colgantes en las orejas. Amonestados en el colegio, el trabajo, en sus hogares; interrogados, multados y maltratados por la policía, han sido empujados fuera de una sociedad con exigencias muy rigurosas sobre el socialismo, la responsabilidad, el hombre nuevo y la marcha de la historia. ¿De dónde les va a venir fiebre como la del Rock 'an Roll? ¿A quién se le va a ocurrir colgarle aros a Marx, por más que el hombre sea barbón y de pelo largo? Arrinconados en un sistema que no les da salida, fastidiados de tanto maltrato y presión, algunos de estos jóvenes "rockeros" como se llaman ellos mismos, llegaron a una conclusión propia de los jóvenes: desesperada, simple y estúpida. Viendo que los enfermos de SIDA no vivían tan mal -aislados pero no molestados en lugares de retiro- se les ocurrió un remedio para aliviar su condición: inyectarse sangre de enfermos de SIDA. Pensaban que en los más o menos cinco años de que disponían antes de morir, los progresos de la medicina tendrían plazo más que suficiente para descubrir la vacuna anti-SIDA. Así pensaban. En la actualidad están muertos casi todos. Uno de los muchachos entrevistados en el reportaje que vi anoche murió hace un mes más o menos.

Yo no sé qué evaluación debemos hacer de la revolución cubana que se inició a fines de los años cincuenta y que desde entonces ha debido resistir el bloqueo inmisericorde de los americanos, sobre todo después de 1962, año en que los rusos trataron de instalar misiles en la isla. Parece que el régimen tiene apoyo de la mayoría y parece indiscutible que el socialismo de Castro trajo muchas mejoras para las clases campesinas y populares. Ello no quita que en Cuba existe una dictadura militar y que no hay en absoluto allí espacio para las minorías disidentes, como no sea en los presidios que por años de años rebasaron de presos políticos. Años ya desde que dejé de sentir la menor simpatía por Castro. Lo considero una especie de adefesio político. Así y todo, de vez en cuando le salen aletazos que no sé interpretar. Como ahora con estos pobres muchachos "suicidados" por el régimen. Escucho en el reportaje aludido a un sacerdote católico que habló al dictador y según parece las cosas han cambiado y a los jóvenes se les permiten sus guitarras, su pelo largo y su Rock 'an Roll.

Así y todo, una sociedad cerrada que llega a tanto como para inducir a un grupo de jóvenes a inyectarse gérmenes mortales en la ilusión de escapar a sus normas tiene una mancha que uno no sabe cómo borrar.

Los miembros de algún comité de propaganda echaron a correr el *slogan* "Socialismo o Muerte" que acaso pronunció en un discurso el mismo Fidel Castro desesperado con la caída del imperio soviético y el aislamiento de Cuba. El ejemplo de estos jóvenes es una muestra más, esta vez trágica y horrible, de cuán lejos está el retórico de las implicaciones de sus grandes frases. ¿Qué no cabe en el vacío?

Todo esto me viene a la mente considerando que Diógenes nos tiene por ceros y que Alejandro nos reduce a cero. Dociéntos muchachos muertos porque tomaron a la letra una consigna: Socialismo o Muerte. Eso tiene el poder. Cuando relacionamos una cantidad con el infinito, éste la pulveriza. ¿Vendrá de aquí el temor de Dios del que tantos hablan? Cuando consideramos el poder, sabemos que de confrontarlo nos aniquila a su antojo. Y Diógenes no sólo lo confronta, lo desprecia.

ENSAYOS, I, 52.

... no sé de los demás, pero cuando escucho el ruido de nuestros arquitectos con sus pilastras, arquivitrabes, cornisas, órdenes dorios y corintios y cosas así, en mi imaginación se presenta el palacio de Apolo, cuando después de todo no son más que las partes miserables de las puertas de mi cocina.

Oyendo hablar de metonimias, metáforas, alegorías y otras palabras, ¿no pensaría uno que significan alguna forma rara y exótica? Sin embargo, significan frases no mejores que las que emplea mi doméstica.

Si el jardinero saluda a la cocinera con una pasada de mano, diciendo: "¿Qué dice mi traserito esta mañana?" los profesores de retórica van a discutir si soltó un apóstrofe, una apelación, si lo hizo con una metáfora, una sinécdoque, o una personalización. A la respuesta de la cocinera: "¡Cerdo lascivo!" la van a llamar metáfora combinada o doble, porque el jardinero es aquí cerdo por metáfora, y el pobre cerdo, lascivo por metáfora otra vez.

La vecina dice por el hijo del lado que tiene las tejas corridas o los alambres pelados; pero la madre que lo llevó al hospital dejó todo el barrio con la boca abierta: *lo que el niño tiene es un autismo esquizoide*. Todas las

enfermedades tienen esa veleidad: cuando vuelven del médico vienen con nombre y apellido. Montaigne inicia este ensayo "Sobre la Vanidad de las Palabras" con la historia del zapatero que decía que su profesión consistía en hacer grandes las cosas chicas, porque así era el caso de sus zapatos grandes para pies pequeños. Algo que se puede aplicar mejor que nada a los que hacen discursos en los banquetes, por no decir nada de los que se hacen en los funerales. A una viuda le dijeron que su esposo apareció en el obituario de la mañana y la dama pensó que el canalla había resucitado. Un personaje de Moliere no puede creer y se siente encantado cuando le dicen que habla en prosa. Y una versión de la historia del zapatero la tuve en un mitin político donde escuché por el que hablaba: "A éste, la retórica le queda grande".

El pueblo responde con la burla y el remedo a las personas que hablan alargado y difícil. No se qué haría un cargador del Matadero si le dijeran: "¡Cuidado con el saco, va a chocar con el arquitrabe!" Creo que oí una tonadilla así:

*Por lo pisiútrico,
por lo flemático,
por lo honorífico
y aristocrático.*

Hay otra cosa con los arquitrabes y las metonimias. Montaigne se pregunta si escuchando estos nombres no pensará uno que significan algo raro y exótico. Así es, supongo, en una gran extensión. La cocinera oye la palabra metáfora y se asusta. ¿Qué cosa significará? No tiene idea de que monda metáforas a cada rato con más naturalidad que pela las papas.

Yo tengo a punto el caso de la palabra "entimema". ¿Qué significará? ¡Eso sí que tiene que ser raro y exótico! La empleaba mi profesor de lógica para nombrar el silogismo que se formula incompleto. Decía el nombre "entimema" refiriéndose al famoso dicho cartesiano "Pienso, luego, existo". Decía que era un entimema porque debía completarse con la premisa implícita "Todo lo que piensa existe", de manera que el razonamiento quedaba así:

*Todo lo que piensa existe;
Yo pienso;
Luego, yo existo.*

Tal como dice Montaigne, después de salir de clases a departir en el patio, a nadie le cabían dudas de que "entimema" era palabra de significado exótico y curioso. Hasta parecía inventada únicamente para nombrar este razonamiento de Descartes. De paso, y tratando de metáforas, al explicitar la premisa quedaba a la vista que Descartes era un... ¡No me atrevo a escribirlo!

Pero lo que importa es eso: que al oír la palabra "entimema" pensamos, como dice Montaigne, en un significado raro y exótico, siendo que la cocinera pelando sus papas o el jardinero aporcando las suyas lo mascullan a cada momento. Porque la "auxiliar" de la cocina (un eufemismo, ya que andamos en arquitrabes), diciendo: "¿Se te metió un loro en la cabeza?", hace entimemas con "decir tonteras", "vaciedades" y "hablar como loro", así los hace también el "auxiliar" del jardín cuando dice que las papas vienen chicas porque el verano fue seco o que no va a haber cilantro con tanto pájaro. De donde resulta que la palabra "entimema" abarca el mundo sin que muchos lo sepan.

Y más todavía: Porque, si no fuera por lo raro y exótico, uno daría a todas las proposiciones que son entimemas el nombre "entimema"; y de allí pasaría a considerar esa peculiaridad suya que es la premisa implícita. Como cuando se dice que la Historia nos hará justicia, como si andando el tiempo a cada muerto se le asignará el epitafio debido o que andando el tiempo quedarán las cosas de uno a la vista de todos en una especie de pantalla enorme de televisión o que andando el tiempo los descendientes de los enemigos declararán en favor de uno ante un tribunal internacional o que andando el tiempo aparecerán los hechos de uno en los libros de historia o que andando el tiempo la Historia se hará cargo de los hechos de uno derramando sobre ellos la Luz Histórica, etc. En fin, que considerando las mil cosas que son entimemas -como las que versan sobre la democracia, el humanismo, la verdad, la fe, los derechos del hombre, la ecología, el aborto, la liberación femenina, el derecho de los animales- uno no demorará en poner por explícito lo implícito e identificar enormes y grotescas tonterías como las que anunciamos arriba hablando de la Historia que nos hará justicia. Y logrando así descubrir también una cierta astucia en el uso de la palabra "entimema" que en lugar de significar como debiera, significa como mezquinando, como cerrando el paso con su rareza, su longitud y su fachada griega, a la enorme extensión de su significado.

¡Entimema, entimema!

La verdad, un zapato enorme en un pie chiquito. ¿O me equivoqué y es al revés?

ENSAYOS, I, 54.

Los simples campesinos son buena gente y también los filósofos -o como se los nombre ahora- hombres de razón firme y clara cuyas almas se enriquecen con amplia instrucción de ciencia útil. Los mestizos que desdeñan a los primeros por su ignorancia de las letras y que no han podido alcanzar a los segundos (sentados en dos sillas, como yo y tantos hacemos) son peligrosos, insensatos e importunos; éstos son los que perturban todo. Por ello es que me esfuerzo por volver a mi condición natural de la cual traté de ascender con tanta vanidad.

Esta tridivisión de los hombres que viene en el ensayo 54 del primer volumen, titulado *De las Vanas Sutilezas* parece que se le ocurre a Montaigne justamente jugando a las sutilezas con su familia. Abundan estas sutilezas, nos dice. Ejemplifica con los poetas que buscan reputación y aplausos escribiendo poemas en que todos los versos comienzan con la misma letra; y están los antiguos versificadores griegos que alargan y estiran los versos de modo que el poema es al mismo tiempo un dibujo, un huevo, un ala, un hacha. Vicente Huidobro escribió poemas así; y hay una cola de ratón en versos en esa famosa historia de Lewis Carroll, *Alice in Wonderland*. Montaigne cuenta que a su casa llegaba un señor que disparaba un grano de trigo haciéndolo pasar por el ojo de una aguja (una aguja de esas para coser sacos tendría que ser). Por la gracia, se le dieron unas cuantas fanegas de trigo "que no quería para practicar su arte".

Sobre esa tridivisión de los hombres, Montaigne nos cuenta (y nos podemos hacer un cuadro ayudados, por la pintura de la época: Montaigne, sus padres, su mujer y hermanos mirando al techo, mordiendo las uñas, rascándose la cabeza) que el mismo día en que escribe este ensayo, de los más breves, estuvo antes jugando con su familia a buscar cosas que se tocan en los extremos:

Señor, por ejemplo, se aplica al rey o al vulgo (como los mercaderes), pero a nada entre ellos. Las mujeres de gran calidad son damas; las inferiores, señoras o señoritas; y la más humilde especie de mujeres, damas otra vez, como las primeras.

Sigue Montaigne con ejemplos semejantes. Que los hombres, entre los dioses y los animales, no tienen el agudo sentido de éstos; que los romanos

llevaban la misma ropa en las fiestas y en los funerales; los desmayos que nos vienen de frigididad, nos vienen también del deseo vehemente (y si Montaigne lo dice así, así será); la estupidez y la sabiduría coinciden ante el sufrimiento.

Esta última observación nos encumbra muy por arriba de la diversión de sobremesa; y muestra que Montaigne no se crió en balde entre sus campesinos, que no se le escapó, que entre la gente sencilla se encuentran en estado natural cualidades que los filósofos se pasan la vida tratando de criar.

El rasgo peculiar de la tridivisión de Montaigne es la relación entre el primero y el tercero de sus miembros. Resulta de ello algo circular, algo de triada dialéctica:

Se puede decir con algún color de verdad que hay una ignorancia alfabética, que precede al conocimiento, y una ignorancia doctoral que viene después; una ignorancia que el conocimiento engendra al mismo tiempo que despacha y destruye la primera.

Montaigne encuentra que la primera clase de hombres (los más, debemos suponer) forman la buena cepa, la buena materia:

De los entendimientos débiles, poco inquisitivos, poco instruidos, se hacen los buenos cristianos, que simplemente creen y son constantes en lo que creen por reverencia y obediencia.

Sigue la segunda clase, los de entendimiento medio y capacidades igual de mediocres. Aquí es donde se originan todos los errores. Esta gente sigue la primera impresión y con algún matiz de razón se dan distancia para juzgar la simplicidad y estupidez de los primeros. Luego viene la tercera clase, los altos espíritus que forman "otra especie de verdaderos creyentes". Se puede decir, ascendiendo de clase en clase: inocencia analfabeta, confusión letrada, docta ignorancia.

Me viene a la mente mi estudio de *Eclesiastés*. Me esforcé sin lograrlo nunca, pero sin dejar tampoco de abandonar mi intento. Me refiero a una lectura simple, inocente, de *Eclesiastés*. Después vendría la lectura de los doctos, es decir, la lectura oscura, llena de contradicciones, intercalaciones, censuras, interpretaciones, falsificaciones.

Leyendo los *Ensayos* de Montaigne se dice uno al final: "Pero, ¿no es esto *Eclesiastés*? Después de tantos duelos y quebrantos, de tantos siglos de dar

vueltas y vueltas, ¿qué más es ésto que *Eclesiastés*?

El hombre no sabe nada: *Eclesiastés*. Debemos disfrutar, beber, comer, danzar: *Eclesiastés*. Del alma no sabemos nada: *Eclesiastés*. De Dios no sabemos nada: *Eclesiastés*. Debemos temer y honrar sólo a Dios: *Eclesiastés*. De la vida futura no sabemos nada: *Eclesiastés*. No hay diferencia entre el sabio y el mentecato, porque toda la diferencia es hinchazón de vanidad: *Eclesiastés*. ¿No diferimos en nada de las bestias?: *Eclesiastés*. Disfruta mientras joven; después no hay más que enfermedad y muerte: *Eclesiastés*. El hombre es pura vanidad y sus hechos puro sinsentido: *Eclesiastés*. Se puede seguir y seguir. Todo *Eclesiastés* está en Montaigne; y hasta se pregunta uno si hay algo en los *Ensayos* que no esté en *Eclesiastés*.

Montaigne hizo un docto camino para terminar en una escuela primaria instalada ya unos dos mil años antes que él viniera al mundo. Nada nuevo debajo del sol. Ejemplo a punto y grande: los *Ensayos*. Sin hablar de otros que llenan nuestras bibliotecas.

Curioso que nadie vea una obviedad así: Montaigne docto ignorante vuelto a *Eclesiastés* después de un amplio círculo que termina donde empezó. ¿Cómo no vio él en primer lugar que estaba dando vueltas, como *Eclesiastés* observa que todo da vueltas? Como para preguntarse si habrá leído Montaigne su *Eclesiastés* como buen católico. Si algo se repite y repite, nunca nuevo debajo del sol, es el mismo texto de *Eclesiastés*. Y si algo se repite en los aires del olvido, como si nunca se hubiera dicho es *Eclesiastés*. Se dice "descubrir el Mediterráneo"; igual o mejor podría decirse: Descubrir *Eclesiastés*. Se puede imaginar que un bufón (no cuesta mucho imaginarlo) separa las cortinas y se planta ante el público: "Señores, acaban de ser descubiertas dos cosas. Tres, para ser más exactos. O una, si se ponen exigentes: Que todo es puro viento; y que no hay nada nuevo bajo el sol".

¿Qué dijera Montaigne? Sus *Ensayos* son 107; *Eclesiastés* consta de 222 versículos que ya nos resultan demasiado después de leer los primeros.

ENSAYOS, II, 3.

... la muerte es la cura infalible de todo; es puerto muy seguro que nunca ha de ser temido y con frecuencia buscado. Todo viene a lo mismo, sea que el hombre se elimine por sí mismo o que espere terminar por otros medios; sea que pague antes de su hora, sea que pague cuando la hora llega; de donde venga su fin es

siempre suyo; donde quiera que el hilo se corte ahí termina. La muerte más distinguida es la más voluntaria. La vida depende del placer de otros; la muerte, del propio... La vida es esclavitud si carece de la libertad de morir...

Uno imagina a Shakespeare leyendo su Montaigne; porque no caben dudas de que lo hizo asiduamente. En ese famoso soliloquio de Hamlet, las cosas no se ven tan claras. ¿Dónde están los grandes problemas de la vida si todo se puede cancelar con un golpe bien dado en la parte debida? ¿Que dónde están? Pues, más allá de la vida, en otra vida. ¿O vamos a olvidar nuestra religión? Muchos han dudado del catolicismo de Montaigne. Algunos hasta han visto en él un zapador astuto, tan astuto zapador, que en la misma Roma eludió a los profesionales del Santo Oficio. Éstos se esmeraron con su libro y los que llevaba en su equipaje. Montaigne cuenta que a sus censores no les gustaba la palabra "fortuna", casi propiedad y piedra angular de los antiguos y cosa muy esencial en el pensamiento de Maquiavelo.

Por lo que se lee, habría tres Montaignes: Uno joven, mezcla de estoico y epicúreo; uno maduro, pirrioniano; y uno viejo, católico y fideísta. No hay que haber estudiado ningún cálculo para entender que los católicos van a dividirse entre los que quieren tener a Montaigne entre los suyos, los que no quieren oír de él y los que no tienen idea de quién es Montaigne (es decir, casi todos). Los no-católicos se dividirán igual.

Pienso que el criterio para estar de acuerdo sobre si un autor pertenece o no a una escuela, doctrina o religión consiste en considerar aquello de lo que trata y cómo lo trata. Desde luego, hay casos en que un autor no escribe de nada que tenga que ver con sus postulaciones doctrinarias o religiosas; en tal caso, vamos a buscar certificaciones a otra parte. También, puede ocurrir que mientras en sus escritos un autor nos dice que pertenece a tal corriente de doctrina, leyéndolo no encontramos allí nada que indique que lo que afirma sobre tal pertenencia sea en efecto así. Digo todo esto porque se aplica justo al caso de Montaigne. El dice y vuelve a decir que es persona de profesión católica; pero, por lo que uno averigua leyéndolo, igual podía afirmar lo contrario sin que ello afectara en nada lo que lee. Hasta tengo el sentimiento de que lo leo mejor, más tranquilo, en esta suposición que en la primera; de lo que es muestra (entre muchas parecidas) la cita que hago aquí. Y sobre todo en su cláusula final: que si carece de la libertad de morir, la vida es esclavitud.

Elaborando y defendiendo la doctrina escéptica de Pirrón hasta

establecerla imbatible, Montaigne logra dos cosas grandes para él: abatir por los suelos nuestro orgullo y nuestra pretensión; y restablecer la fe como el solo fundamento espiritual de la religión. Ello se ha considerado muy especialmente en favor de la religión y el catolicismo de Montaigne. Pero hay dos cosas: los protestantes, sobre todos, asientan su profesión en la fe; y la incapacidad de la ciencia y la razón (que la vivimos también ahora con el agregado de la explicación darwinista) puede ciertamente suscitar en el hombre una respuesta religiosa. Sin duda. Pero, también, sin nombre. Menos apellido.

En estos tiempos en que las ciencias médicas se han desarrollado al extremo de intervenir y reparar órganos vitales, de sustituirlos, de seguir al segundo el movimiento de la sangre, intervenir sus arterias, controlar la química de los procesos fisiológicos, etc., etc., parece que hay mucho que releer y reconsiderar en lo que escribe Montaigne (es acaso su más grande obsesión) sobre la enfermedad, el dolor, la vejez, el morir, la muerte y el miedo de morir.

Por ejemplo, las religiones cristianas rechazan el suicidio; de donde resulta que, pudiendo las técnicas médicas prolongar el morir, dejar que la enfermedad siga su curso sería o matar a la persona o dejar que la persona se suicide. No hay, pues, alternativa y debe seguirse prolongando el estado de personas que, si determinadas técnicas no existieran, morirían. Pero el empleo de estas maquinarias, el material, el personal implican un gasto enorme. Así, la cosa se complica con la economía y sólo podemos reverenciar lo sagrado de la vida mientras el paciente tiene dinero. No hay que decir que nada de esto ocurre con los enfermos que no tienen dinero, que pueden morir sin esta trepidación técnico-terminal.

También escuché más de una vez (porque este fenómeno lo vengo observando sobre todo en Chile desde hace unos años), cuando el dinero del paciente se termina, argumentar que había pocas máquinas y muchos pacientes en la cola de espera. Entonces no se decía "La vida es un don de Dios" sino "Debemos ser democráticos". Esta hipocresía cae sobre los deudos; pero muchos de éstos devuelven en la misma especie alegando: "¿Para qué prolongar un estado tan doloroso y sin remedio eficaz?" He visto muchas caras y escuchado muchos argumentos que sólo buscan esto: Que el dinero de los que están muriendo quede en manos de los deudos y no en las de médicos y clínicas que con sus máquinas y técnicas tienen el poder de apropiárselo.

Una cosa resulta clara en estos casos: Que el enorme aserto de Montaigne

-La vida es esclavitud si carece de la libertad de morir- se ve zarandeado aquí desde tres esquinas: la religión pone la muerte de uno en manos de Dios; la medicina, si hay dinero, en manos del doctor que la prolonga mientras hay dinero; la costumbre, en manos de los deudos, que la quieren pronta si no hay dinero y más pronta si lo hay.

A propósito, creo que es por tercera vez que encuentro en el semanario *Newsweek* información, advertencia y, acaso, política sobre este problema. La consideración económica que está a la vista en el caso chileno, parece no hacerse o quedar oculta en el norteamericano. El énfasis se pone sobre el paciente y sus padecimientos en contra de una burocracia y una cultura que no quiere ni por nada dejarlo morir. *Terminal Case: Too Long (Caso terminal: demasiado tiempo)* es el título en *Newsweek International*, Dec. 18, 1995.

Sobre lo dicho más arriba (si un escritor pertenece o no a una corriente de opinión porque así lo declare) podría decirse que el punto ni siquiera se decide mediante la práctica, el ritual, el servicio o ceremonia. Uno no es ya católico porque cumpla con estas formalidades. Creo que fue Bertrand Russell quien a la pregunta de si era positivista respondió: "Supongo que sí". Uno no es positivista así como así. O cristiano. Pedro, el apóstol, se encontró a la primera prueba con que pretendía ser algo sin mucha idea de ello. A muchos les ocurre lo mismo.

Con una referencia así, ¿qué pensar no ya del mismo Montaigne sino de esos comentaristas que no vacilan en pintarlo de epicúreo, estoico, pirrioniano, ateo, humanista, pesimista o católico?

ENSAYOS, II, 6.

... Algunos (entre los filósofos) dejaron sus riquezas para ejercitarse en voluntaria pobreza; otros buscaron el trabajo y la vida austera; otros se privaron de sus miembros, como los ojos, y de los órganos de la reproducción porque su delicioso y afeminado servicio no debilitara y corrompiera la estabilidad de sus almas.

Pero, en morir, que es el trabajo más grande que nos concierne, la práctica no tiene asistencia ninguna que darnos...

Acaso, la facultad de dormir pareciera contraria a la naturaleza -puesto que nos priva de toda acción y sentimiento- si no fuera que con ella la naturaleza

nos enseña que nos construyó igual para vivir que para morir; y en la vida nos presenta el estado eterno que nos reserva para cuando ésta termine, para acostumbrarnos a este estado y quitarnos su temor.

Lo que destaca en lo mucho que escribe Montaigne sobre el morir y la muerte es la preparación. Si lo matan a uno como ocurre a cientos en este mismo momento en Sarajevo, de un balazo mientras va caminando por la calle, o con toda su familia con un misil lanzado desde las montañas, o si muere del gas que mata en segundos lanzado sobre una aldea kurda, o entre miles de semejantes en una aldea de Rwanda o, en fin, de un solo golpe nuclear, sin hablar de asaltos en los suburbios metropolitanos, agonía bajo las ruedas de los coches, entre los destrozos de un jet, un bus, entre los escombros de un terremoto, en fin, si muere uno de las mil maneras que se dicen violentas, de nada valió toda esa preparación. Ni tampoco vale para el caso de morir en cámaras de muerte como las que se emplearon en la eliminación de millones de judíos, polacos y gitanos en la Segunda Guerra Mundial, ni en el caso de las ciudades bombardeadas e incendiadas. Los millones y millones de seres eliminados en Rusia, en Cambodia, en Uganda, en China durante los decenios de purgas políticas de este siglo no requerían de ninguna preparación para morir, muriendo en lapso tan breve. La preparación para la muerte de Montaigne es la preparación para un período relativamente largo en que una enfermedad, como los cálculos y la nefritis, lo está matando a uno sin mezquinar el dolor. Enfermedades así tenemos cada vez menos. Sabemos eliminar el dolor. Tenemos, sí, y cada vez más, enfermedades que implican un morir muy largo, pero comatoso.

También, tenemos una medicina capaz de mantener a medias en sus pies, en sillas de ruedas o en sus lechos una enorme población que sin esta asistencia hace tiempo ya que estaría fuera del mundo. Por personas que se encargan del cuidado de estos ancianos, oigo que muchos piden que los dejen morir, que no tiene asunto seguir viviendo como si en los umbrales de la muerte impidiéndoles la entrada, el reposo final. Hace un año o más, en Noruega, una enfermera fue aprehendida por ayudar a morir a un número de ancianos; y hace unos tres años, un joven estudiante que hacía un reemplazo de verano en un pueblo vecino al mío tomó en sus manos la responsabilidad y eliminó más de veinte ancianos. De lo poco que se informó, parece que el muchacho fue llevado de la conmiseración: no podía encontrar sentido al dolor de estas personas. Leí también hace un tiempo un artículo

en la revista *Newsweek* sobre *Death and Dying* (*La Muerte y el Morir*) según el cual la gente que está muriendo sin morir nunca, gracias a las nuevas técnicas, prefieren la muerte a este estado sin propósito y sin esperanza.

Sobre el dormir, a nadie que trabaje su día con esfuerzo, que se observe al acostarse y después al despertar va a escapársele el sentido que tiene dormir en la fisiología del cuerpo. ¿Cómo no iba a percibirlo Montaigne? En cuanto a la irresistible analogía entre dormir y morir la hacemos justamente por eso, porque al dormir descansamos. Sólo con la función natural y necesaria del sueño como descanso nos puede venir esta consoladora ocurrencia a la cabeza: que morir es como dormir; que como el dormir nos exime por un tiempo del cansancio y la preocupación, así nos exime la muerte del cansancio y la preocupación para siempre.

ENSAYOS, II, 10.

... su (de Cicerón) modo de escribir, y el de los demás autores de alto aliento, me resulta tedioso: sus prefacios, definiciones, divisiones y etimologías cubren la mayor parte de su obra; lo que haya allí de vida y médula perece y desaparece en la larga preparación. Cuando empleo una hora leyéndolo, cosa que es mucho en mi caso, y trato de recoger el jugo y la sustancia, ordinariamente no encuentro más que viento.

... La licencia de los tiempos que corren, ¿excusará mi sacrílega audacia de censurar el dialogismo de Platón de insulsa pesadez, que enmaraña el asunto; y de lamentar el tiempo perdido en tantas estiradas e inútiles interlocuciones preliminares en un hombre que tenía tantas cosas mejores que decir?

Montaigne no se perdona rasgo ante su lector. Nos dice que es flojo, que tiene pésima memoria. Nos atosiga con sus comidas y bebidas. En lujuria, parece superar a Agustín. Nos confiesa su cobardía y mediocridad. No quiere ser el héroe de empresa ninguna. Con su temor a la muerte llena páginas y páginas. El alto cargo para el que es elegido en Burdeos no le atrae y hay una carta de Enrique III en que prácticamente lo arrastran por las orejas para que acepte. Es al final de su viaje a Italia (1582).

Es hombre de un solo libro; y un solo libro le sienta bien, reacio como se muestra. Hasta se piensa que un libro como el suyo, formado en buena parte por breves tiradas, resulta cosa connatural en un temperamento

Inquieto, desordenado. No imagino a Montaigne siguiendo paso a paso los compartimientos de la *República*. No veo cómo haría para tolerar el *Parménides* o *El Sofista*. Menos se aviene con "las definiciones, etimologías y divisiones" a la manera de Cicerón.

Cuando empleo una hora leyéndolo, cosa que es mucho en mi caso, y trato de recoger el jugo y la sustancia, ordinariamente no encuentro más que viento.

¿Vanidad de Cicerón o impaciencia de Montaigne? ¿Y qué decir de ese "dialogismo" de Platón? Hay quienes no pueden tolerar el estilo de Montaigne y menos su forma de composición. Pero ésta abrió para las letras un género, el ensayo, que dio como nada antes libertad al ingenio y la expresión. Platón, ciertamente, no tuvo casi éxito con sus diálogos. Acaso, somos muy poca cosa para un género así. Leyendo, por ejemplo, el *Gorgias* ¿quién va a dudar de su excelencia?

ENSAYOS, II, 11.

... siento honda compasión por la aflicción de los otros y me asalta el llanto por ellos, si es que en cualquiera ocasión pueda llorar. Nada si no las lágrimas suscita mis lágrimas, y no sólo las reales y verdaderas, sino las que sean, fingidas o pintadas. No lamento mucho a los muertos (más bien los envidio); pero lamento mucho el morir. Los salvajes que asan y se comen los cuerpos no me ofenden tanto como los que persiguen y atormentan a los vivos. Más aún: no soy capaz de presenciar las ejecuciones ordinarias de la justicia, como quiera que sean razonables, sin desviar la mirada.

En un mundo con siglos y siglos de tradición cristiana, la compasión y el repudio de la crueldad tendrían que formar el fundamento de la moral y la justicia. En lugar de la imitación ascética de Jesús debió preponderar la atenuación del rigor en los tribunales. ¿Cómo dice Teresa de Jesús?

*Tú me mueves, señor, muéveme
el verte clavado en esa cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu rostro tan dolido,
muéveme las heridas de tu muerte.*

Me mueves, sí, pero ¿a qué? No va a consumarse todo el sentido del cristianismo en el sufrimiento y la compasión. Pero, así parece en este poema. ¿Y de las heridas y la muerte de los demás? Por miles de miles fueron crucificados los hombres por la justicia romana. Por la rutina, por la costumbre romana. Algo así teníamos que abolir; a su abolición tenía que movernos la crucifixión: a abolirla para siempre. Pero ocurre al revés: la cruz se hace símbolo y sentido de la vida humana. Jesús es imitado en su *via crucis*. Y está siendo sacrificado todos los días y a toda las horas. Todos llevamos una cruz. Así es la vida: injusticia y crucifixión.

Sin esta interpretación estática, perpleja, de la crucifixión no tendríamos nada de cuanto construyó el cristianismo. Leo de un erudito inglés que da a entender en una nueva traducción de Mateo que Jesús fue lapidado, no crucificado. La mera consideración de una interpretación como ésta de los textos nos da a ver hasta donde el cristianismo no es más que crucifixión.

Teresa de Jesús (aunque no he leído que el soneto famoso se le atribuya categóricamente) se queda en éxtasis ante un cuerpo sangrante que cuelga clavado de un madero. Desde luego, no se trata del cuerpo de Jesús. Algún crucifijo será, que cuelga en la pared de su celda. Le ocurre como a Montaigne que llora no sólo por las lágrimas reales sino por las falsas, sea que las finja un bribón, sea que las imite un pintor. Y del éxtasis asombrado y dolido de Teresa, ¿qué nace? No la conmoción y compasión de Montaigne que exclamaría: ¡Cómo podemos ejercer una justicia tan cruel! Sino algo de ético y estético y metafísico en el sufrimiento mismo, como si de allí naciera todo, como de una esencia o forma sustancial.

Montaigne es un hombre que escribe en el último tercio del siglo XVI. Es el primero en tomarse a sí mismo como asunto; y al desnudo. Pero al desnudo de verdad, tan de verdad, que todavía, con todo el mercado de exhibicionismo contemporáneo, nos resulta a veces chocante y nos avergüenza su lectura. Es escritor muy moderno; con mucho que sigue diciéndonos y que todavía seguimos nosotros sin oír. Lo que expresa aquí sobre la crueldad puede parecer muy obvio y trillado en una época como la nuestra en que los dictadores más sanguinarios son los primeros que nos leen la carta de los Derechos Humanos. Algo que no viene mal en una crítica sobre lo obvio y las obviedades. En una época de mediatización y coonestación universales, de masificación, globalización y control electrónico, no queda concepto que no haya sido mascado, asimilado y sintetizado por todas las ideologías. ¿Crueldad? ¿Qué queda por decir sobre

la crueldad? Tenemos sadismo y masoquismo por bibliotecas. ¿Quién no sabe que el sadista ama como el que más, el pobrecito incomprendido? ¿Quién que es no es masoquista y, por tanto, sadista? ¿Sadomasoquismo? ¡Obvio! ¿Por qué cree usted que irrumpe gloriosa la televisión? Pregúntele al mocoso que está arrendando un video en el boliche de la esquina. Es todo rojo, la sangre salta y chorrea en la pantalla. Vivimos una época sangrienta y fría y conscientemente cruel como ninguna. Cohonestando el pillaje, la apropiación y la masacre con mitos como la Historia, el progreso y la cultura hemos terminado con la vida de millones violentamente. Y seguimos haciéndolo, como se muestra en Irak, los Balcanes y Rwanda. Hace unos días, Suecia estaba vendiendo a Hungría 30 de sus *fighters*. ¡Eso sí es noticia! Hoy mismo un periodista denuncia pago en coimas a políticos de Tailandia por un contrato de submarinos. ¡Eso sí que es desastre! Francia argumenta con sus pruebas nucleares. En estos tiempos, no hay cima más encumbrada que la capacidad de aplastar y volar en pedazos los centros urbanos e industriales del mundo con misiles nucleares. ¿Crueldad? ¡A quién se le ocurre! Todo esto se obra para disuadir, para que no haya guerras, para defender la paz, para que nunca más haya crueldad, porque si alguien lo intenta, entonces va a saber lo que es crueldad. ¿No es para Swift?

ENSAYOS, II, 12.

... considérese el zorro que la gente de Tracia emplea para cruzar un río helado echándolo a caminar por delante. Si lo vemos aplicar sus orejas a la corriente bajo el hielo, escuchar si el ruido de la corriente es próximo o remoto, ¿no tenemos razón de creer que en su cabeza están los mismos pensamientos que habría en la nuestra en igual ocasión y que consisten en razonamientos y consecuencias obtenidas del sentido natural: "lo que hace ruido se escurre; lo que se escurre no está helado; lo que no está helado es líquido; y lo que está líquido cede a la presión»? Porque atribuir esto a una vivacidad del oído sin mediación y razonamiento es quimera que no entra en mi imaginación. Podemos suponer lo mismo de las sutilezas e invenciones con que los animales se protegen de nuestras trampas.

¿Razona el zorro, silogiza tal que no lo haría mejor si conociera sus *Analíticos* tan bien como Aristóteles? La idea -con todo nuestro saber

etológico y nuestro cuidado ecológico- pienso que no le pasa por la cabeza a la mayoría; y a la mayoría que la considera le parece casi un ataque personal. Sin embargo, esas gentes de Tracia se verían en apuros para explicar el auxilio que esperan del zorro para cruzar el río helado. ¿O van a decir que emplean el zorro como si fuera un bastón electrónico?

Montaigne plantea el asunto en términos de sólo dos explicaciones: o el zorro avanza razonando a partir de lo que oye o sólo se apoya en lo que oye para avanzar -o conducta mediada o inmediata. Esto último, dice, es quimera que no entra en su imaginación. ¿Y en la de quien?

Con nuestras técnicas de programación, alguien podría ahora sugerir que hay un programa que se dispara en el cerebro del zorro y que está montado para ordenar respuestas de acuerdo a las informaciones acústicas. Pero éste sería un caso de "probar demasiado", porque igual podría ocurrir con nosotros cuando nos encontramos en la situación del zorro.

Esta muestra de la capacidad de razonamiento en los animales está a la par con las que daban los antiguos estoicos cuando consideraban los razonamientos. Montaigne lo sabe y atribuye a Crisipo una observación que otros citan de Filón de Megara. Cuando un perro sigue un rastro y llega a una bifurcación de la ruta olerá en una dirección: si hay allí olor, seguirá por esa ruta; si no, seguirá por la otra sin detenerse a oler; porque, razonará, si hay olor en una ruta, no habrá en la otra y viceversa de modo que basta una observación para seguir adelante. Todo esto es un silogismo conocido con el nombre de dilema; y el perro lo hace tan bien como cualquier estudiante de lógica o, para el caso, cualquier abogado o hijo de vecino.

Montaigne elabora con abundante y gracioso detalle la comparación del hombre y las bestias. El hombre, ese presuntuoso señor de la creación, sale siempre perdiendo en la comparación. Esta defensa de las bestias, seres altamente razonables, va en el ensayo 12 del volumen II titulado *Apología de Raimond de Sabunde*. Se trata de un teólogo español del siglo XV que mostrando la manifestación de la razón en la creación toda buscaba establecer las verdades de la fe cristiana mediante la razón. Esto no lo piensa Montaigne. El hombre es un ser racional como los demás seres en la naturaleza y puede realizar grandes cosas en su medio natural. Pero ¿establecer una verdad? Eso en absoluto no. Las verdades que el hombre tiene, por ejemplo, sobre el alma y la inmortalidad, no son asunto de la razón. Vienen de la fe. Es el fideísmo de Montaigne; en el que muchos creen, pero también muchos no.

Se habla de una moda escéptica entre los humanistas del siglo XVI.

Circulaban traducciones de Sexto Empírico y los escritos de Sánchez y Agrippa. En la *Apología de Raimond de Sabunde* vemos combinarse de forma explosiva la teología natural de éste y el escepticismo extremo de Pirrón. No podemos alcanzar verdades últimas, no podemos alcanzar los principios. La ciencia no tiene más apoyo que los sentidos variantes, relativos, ilusorios. La razón por sí sola gira en círculos viciosos o retrocesos al infinito. Sólo en la fe puede entonces fundarse la religión.

Puede decirse: el límite de la razón natural y de la ciencia es la naturaleza. Vivimos una época en que un límite así se vislumbra. ¿Qué más podemos requerir en antropología después de Darwin? ¿Qué más en cosmología después de las certificaciones del *big bang*? Y aunque estos límites sean sobrepasados, pienso que ya en ellos asoma un dejo de lo que puede merecer el nombre de religión. Sólo un dejo. Creo que en Montaigne hay de modo eminente nada más que este dejo de religiosidad y que no sólo los católicos sino quien profese alguna forma positiva de religión condenará a nuestro escritor como un pagano. Por lo demás, es cosa evidente: el escepticismo suscita la fe; pero ésta perdería toda su fuerza si se colgara un apellido.

El siglo de las luces verá también así en la conclusión escéptico-fideísta de Montaigne: religión, sí; religiones positivas, no. Demasiado asunto para respuestas positivas.

ENSAYOS, II, 12.

... si tomamos por ventaja nuestra sobre los animales que está en nuestro poder apresarlos, emplearlos en nuestro servicio, usarlos en nuestros placeres, es otro tanto lo que ocurre de un hombre a otro. Tenemos bajo un régimen así a nuestros esclavos. Y las climácidas, ¿no eran mujeres sirias que en cuatro patas servían de peldaños para que las señoras subieran a sus coches?

... Los hombres que nos sirven lo hacen más barato y por empleo menos cuidadoso y favorable que el con que obsequiamos a nuestros halcones, caballos y perros. ¿En qué solicitud tropezamos por su conveniencia? No creo que los servidores de la más abyecta condición harían de buen grado por sus amos lo que los príncipes consideran un honor hacer por sus bestias.

En cuanto a servidumbre, el hombre siervo no está en ventaja sobre el animal siervo: los dos carecen de libertad. Ahora, en cuanto a la forma de servidumbre,

lo primero que viene a la mente es el buey. ¿Habría un esclavo comparable con él? El mismo Montaigne nos cuenta de los bueyes que sacaban agua girando una rueda. Después de cien vueltas no los movía nadie. O sea, un horario fijo. Se les da su comida puntual, se les deja descansar en el prado. Los esclavos humanos demoraron mucho en alcanzar un régimen semejante. Actualmente, tienen atención médica, medicamentos y hospitalización. Tal como los bueyes.

En cuanto a usar a los otros en nuestros placeres no es necesario ir a un prostíbulo o a un salón de masajes. Hombres y mujeres disfrutaban con los actores de cine de forma parecida a como los públicos antiguos disfrutaban con los gladiadores. Estos se mataban entre sí para satisfacción de las muchedumbres; los actores hacen lo mismo en ficción y fornican también en ficción para satisfacción de millones y millones de espectadores. Podría rechazarse que sean esclavos: Se les paga tan bien y gozan de tanta fama. Pero, que dejen de darnos satisfacción; entonces se verá.

A los animales los comemos, cierto, muchas veces más por placer que por necesidad. Habría que vivir en las Islas de Juan Fernández para comer langostas porque no hay otra cosa. De esta forma, por placer, no nos comemos a los hombres. Leí hace unos días que durante la Segunda Guerra Mundial los japoneses se comían a los nativos en algunas islas del Pacífico Sur. También (aunque después se calló sobre el asunto) dijo alguien llegado de Bosnia, que él había investigado casos de canibalismo. Y Kruschov en sus memorias cuenta que en la época de la reforma agraria en Ucrania los campesinos se comían a los hijos. También hace unos años tuvimos la noticia de los escapados de Vietnam que flotaban por centenares de miles en los mares de China sin lograr asilo de nadie. En un barco de éstos, al gareté, un capitán encontró que los tripulantes se comían a los viejos y más débiles.

No sé si el canibalismo se explique entero porque la alternativa es morir de hambre. Pero esta cuestión no toca el hecho: los hombres se comen a los hombres, no sólo a los animales.

En cuanto al empleo de los animales como instrumentos o accesorios, he visto a esos pescadores que emplean grullas para atrapar los peces en sus gargantas; y ya oímos de esos zorros de Tracia. Pero el empleo de los animales para servirse de ellos como si fueran peldaños no lo encuentro en ninguna película o lectura. Parece -aunque suene paradójico y desesperante- que hay que ser hombre para emplear así a otro de su especie o dejarse emplear así por otro. Montaigne nos cuenta también de reinos donde cuando el rey escupe, los de la corte alargan la mano para que tal derroche no caiga al suelo. O sea, estos

cortesanos se ofrecen no ya como peldaños sino como escupitines. Y si efectuamos una extensión metafórica de esta especie asquerosa de servidumbre, ¡cuánta instrucción y también cuánta aflicción y decepción resultará! Por todas partes se esparcirán los escupitines corriendo de aquí para allá, desenrollando alfombras, colgando lámparas, cerrando puertas, censurando micrófonos, cámaras de televisión, publicando desmentidos, dictando conferencias, escribiendo libros para recoger a punto y sin pérdida los gargajos de Su Majestad.

Queda todavía la inversión: la servidumbre de los hombres respecto de los animales. Aquí, en Suecia, es muy común que haya un animal -un perro, un gato, un conejo, un canario, un reptil, una tortuga- en las casas y en los departamentos. Supongo que en general la servidumbre es recíproca. Pero muchas veces parece simple y en favor del animal. Algunos perros parecen histéricos; pero otros no. En cambio, los amos tienen que andar atentos a la comida, al aseo y control médico de sus animales. No pueden viajar sin ellos; y si no, alguien tiene que quedar cuidándolos. Cuando salen al parque con sus perros llevan pequeñas palas y un bolso plástico para recoger los excrementos. Hay *containers* especiales para depositarlos.

Así, pues, cuando Montaigne escribe que no cree que "los servidores de la más abyecta condición harían de buen grado por sus amos lo que los príncipes consideran un honor hacer por sus bestias" no me viene más que murmurar: "Yo tampoco".

Y hay esto, además, de mucho tono, descaro y hasta bellaquería en las personas de las sociedades ricas que sirven a los animales poniéndoles criados, enfermeros, doctores, peluqueros, y levantándoles catafalcos y dejándoles en herencia sus riquezas: y es que mientras obran así al tiempo que observan en sus televisores cómo se explotan, hambread y matan por millones los hombres de las naciones pobres, llegan al extremo de adquirir una aguda, punzante y angustiosa conciencia de ello, teniendo que recurrir al psiquiatra por ello, entrar en cura de retiro por ello y ¿quién dice no? escribir un libro, dictar una conferencia o vaciar toda esta inmundicia de culpa en un encuentro de almas contritas ante las cámaras de TV.

ENSAYOS, II, 12.

... En cuanto a la fortaleza, no hay creatura en el mundo más expuesta al daño que el hombre. No se requiere una ballena, un elefante, un cocodrilo o

algún animal que se baste para derrotar un gran número de hombres para probar el punto: los piojos bastan para dejar vacante el puesto del dictador Sulla; y el corazón de un emperador grande y triunfante sirve de desayuno a un pequeño gusano.

El emperador y el gusano reaparecerán en el Hamlet de Shakespeare:

your worm is your only Emperor for diet. We fat all creatures else to fat us, and we fat ourselves for maggots. Your fat king and your lean beggar is but variable service, two dishes, but to one table; that's the end.

(... tu gusano es el único Emperador de la dieta. Engordamos animales para engordarnos a nosotros y nos engordamos para los gusanos. Tu regordete rey y tu mendigo delgadocho, no son más que variaciones del servicio: dos platos, pero una misma mesa: así es el fin).

Más adelante, Pascal hará parecido juicio sobre la grandiosa insignificancia del hombre con ese cálculo en un uréter de Cromwell que trajo toda una enorme empresa por los suelos.

No sé qué hubieran dicho estos escritores si hubieran tenido noticias de virus y bacterias; y cabe preguntarse si la genética de nuestros días no da al ridículo y al traste con la imaginación de los poetas. En una partícula celular despreciable vienen todas las instrucciones para formar el cerebro de Leibniz o la musculatura de Goliat.

ENSAYOS, II, 12.

... cuando vemos que los machos cabrios de Candia, heridos por una flecha, entre millones de plantas eligen el dictamo para curarse, que la tortuga, habiendo comido una víbora, corre en busca de orégano para purgarse, que el dragón se limpia los ojos con hinojo, que las cigüeñas se hacen lavativas con agua de mar, que los elefantes se quitan las flechas y dardos que reciben en batallas, no sólo de sus cuerpos sino de los de sus compañeros y hasta de sus amos, ¿cómo no reconocer que esto es conocimiento y prudencia? Porque rebajarlos alegando que esto es sólo dictado e instrucción de la naturaleza no es quitarles la dignidad del saber y la prudencia sino con más razón atribuírsela a ellos más que a nosotros por el honor de un maestro tan infalible.

Hume, pensador del siglo XVIII que ha elaborado el argumento escéptico de forma hasta aquí imbatible, rebaja la arrogancia de los racionalistas como Montaigne se hubiera enorgullecido de hacerlo. Para el filósofo escocés, la razón humana, con sus *Barbara*, *Sorites* y *ponendo ponens*, resulta facultad muy floja para las exigencias naturales; de modo que en el plan del mundo se ha preferido formar al hombre de modo que anticipe las cosas de acuerdo a la costumbre y no mediante silogismos. Cuando abrimos la puerta, anticipamos que se abrirá por costumbre; si fuera por razonamiento, demoraríamos mucho y acaso nunca la abríamos. Todavía más, cuando harruntando que algo cae damos un paso atrás, diríase que ni siquiera la costumbre pareció a la naturaleza un principio seguro, sino que incorporó como si dijéramos un silogismo práctico en nuestro sistema nervioso.

La teoría de Darwin nos enseña cómo se instalan estos silogismos, no sólo en nuestro sistema nervioso, sino en toda la naturaleza viviente. Lo notable de este pasaje de Montaigne es que suena tan bellamente como anticipación darwinista; como darwinismo poético, si se puede decir. Viendo todas estas manifestaciones de conocimiento y prudencia entre los animales se nos ocurre un mito: "que es sólo por instrucción y dictado de la naturaleza que saben todo esto". Pero, tratando de quitar los velos del mito -la madre naturaleza que nos instruye y nos dicta- ¿qué queda más de dictado e instrucción que no sea en términos de mutaciones genéticas, selección natural, transmisión hereditaria?

ENSAYOS, II, 12.

... ni son los animales incapaces de aprender por nuestros métodos... Los bueyes que servían en los jardines de Susa, regándolos haciendo girar ruedas con baldes fijos en ellas (tal como hay en Languedoc), daban cien giros; y tan acostumbrados estaban a este número que no había modo de forzarlos a un giro más. Nosotros somos ya casi hombres antes de contar hasta cien y hay naciones que no tienen noción de número.

Se requiere aun más entendimiento en enseñar que en aprender. Dejando de lado lo que sostiene y prueba Demócrito, que la mayoría de las artes nos fueron enseñadas por los animales -como la araña nos enseñó a tejer y coser, la golondrina a edificar, el cisne y el ruiseñor a cantar, y muchos animales a tomar medicina- Aristóteles opina que el ruiseñor enseña a sus pequeños a cantar y ocupa mucho tiempo en ello...

Recuerdo los patos que se criaban en casa. Había una laguna a unos doscientos metros donde se los llevaba por el día. Es un decir "se los llevaba", iban y volvían por sí solos y se podía poner el reloj por la hora a que apiñaban en el portón para que se les dejara salir y por la hora a que volvían en la tarde. También, y de mucha fama, son calculistas las aves que migran, definiendo la dirección por las corrientes magnéticas y acomodando la velocidad a la distancia y a las velocidades ora contrarias ora favorables del viento. Las abejas exploradoras informan a sus compañeras en la colmena la dirección que deben tomar y la distancia que deben cubrir para llegar al lugar en que hay flores. Los animales que se porean, anidan y crían en grandes espacios y apiñados en multitudes conocen el lugar donde están sus críos como si tuvieran la dirección escrita en el cerebro y reconocen a sus hijos como si poseyeran sus señas en un carnet de identidad. Es el caso de pingüinos, focas, gaviotas y muchas otras especies como nos muestran en los programas de T.V. De todas estas cosas se ocupan los etólogos que nos hablan de relojes biológicos y bioprogramas y nos dicen que las sucesiones y cambios en la naturaleza obran como estímulo que ponen en acción estos artefactos instalados a través de milenios y milenios de evolución en el sistema nervioso de los animales.

Cuando los animales llegan a medir, orientarse y enumerar por costumbre, sin embargo, tendríamos que concluir que aprenden. Aprenden que tal dirección determinada es la que deben seguir; que tal es el momento en que la actividad debe cesar. Todo esto implica cantidad, medida y computación. Y pedagogía: el ruisenior que enseña al pequeño a cantar no repite meramente; también corrige. Y el pequeño que aprende, no sólo atiende; también discrimina. Aquí, en Lund, abundan los mirlos (que nosotros llamamos tordos y los niños que bromean, curas-zorzales). A veces, escuchando los temas que trinan, trato de imitarlos con silbidos; y no demoran en devolverme mis silbidos, corregidos.

ENSAYOS, II, 12.

... Los deseos son naturales y necesarios, como comer y beber; naturales y no necesarios, como parearse con mujer; o ni naturales ni necesarios, como casi todos los deseos del hombre. Estos últimos son superfluos y artificiales. Con poco se satisface a la naturaleza; poco nos dejó que desear. Nuestras salsas y fruslerías

no son de su gusto, nuestros vinos delicados no entran en sus instrucciones; ni tampoco los excesos sexuales...

En abstracto, las combinaciones son cuatro:

- Deseos naturales necesarios;
- Deseos naturales no necesarios;
- Deseos no naturales necesarios;
- Deseos no naturales no necesarios.

La tercera de estas cuatro posibilidades, ni siquiera la menciona Montaigne. Y uno asiente en primera lectura. ¿Cómo se las arreglaría un deseo para ser necesario y no ser natural?

El tema inclina sin mucho al modo de la metafísica. Igual que es, el universo podría no ser. ¿Qué puede haber entonces en él de necesario? Menos que nada, los deseos, siendo contingentes los objetos de su satisfacción. Pero, se afirma también que la naturaleza es el reino de la necesidad, que nada ocurre en ella por azar. Entonces, todo deseo natural tendría que ser necesario. Pero, ¿podría haber deseos que no fueran naturales, deseos que habitando en el cuerpo no fueran suscitados por éste? ¿Dónde más podría tener asidero el deseo? ¿En el alma? Así serían no naturales los deseos, con asiento en el alma. Y así podrían, también, no siendo naturales, ser necesarios.

Dicen y repiten los filósofos que el hombre tiene el deseo de saber, de abarcar lo infinito, de explicarse el universo, de trascender la muerte. Pero estos deseos no podrían ser naturales puesto que vemos que muchos hombres viven tranquilos sin que se manifiesten inquietudes de esta especie. ¿Experimentarán como necesarios estos deseos los hombres que los sienten? Si fuera así, parece que serían una especie aparte.

Vemos a un pequeño jugando con un palo y una piedra. Pascuas más felices que estas parece que no hay. Lo vemos beber el agua en las manos y formar con la corteza del pan un plato para las lentejas. ¿Dónde se vio servicio más simple y más completo? "Con poco se satisface a la naturaleza". Diógenes nos enseña a eliminar lo superfluo y tomar lo necesario. Cuando con esta figura en mente de Diógenes en su tonel y el pequeño bebiendo en el estero- nos volvemos a los mercados del consumo moderno, el choque resulta tan colosal que no nos queda más que una salida: o no somos más que una sustancia voluptuosa, gorda y fofa y estúpida o Montaigne se equivoca y los deseos que según él no son ni naturales ni necesarios, son justamente lo uno y lo otro.

Por lo que salta a la vista, Dios, el alma y la inmortalidad no podrían ser el objeto natural de nuestras inclinaciones. Para Montaigne hay más: no podrían ser objeto de ninguna facultad nuestra. El hombre se ha sobrepasado en estimación propia. ¿Qué puede él sin asistencia de fuera decir sobre Dios, el alma, la inmortalidad? Estas pretensiones lo sacan de quicio.

... De la misma especie de atrevimiento es la promesa del libro de Demócrito "Voy a hablar de todas las cosas". Y el título necio que da Aristóteles a uno de los suyos: "De los dioses mortales". O el juicio de Crisipo: "que Dion fue tan virtuoso como Dios". Y mi amigo Séneca reconoce que Dios le ha dado la vida, pero que vivir bien es cosa que él hizo... No hay cosa más baja que encontrarse con ocurrencias de esta temeridad. (Ensayos, II, 12)

Aquí, la inclinación metafísica, teológica, escatológica, más que una inclinación natural provendría de una hinchazón (orgullo, vanidad) que se produce en algunas personas... No, no en algunas, en muchas. Lo que tendría que hacernos meditar.

Pero no a Montaigne. ¿El hombre que tanto se encumbra, que tanto aspira? El hombre no es más que una nonada, un piojo aferrado a una pelota que gira por los espacios oscuros. Y esta insignificancia pretende escribir tratados sobre Dios, igualarse a Dios, abarcar todas las cosas. ¿Vióse nunca estupidez igual?

A veces está tan al alcance de su lector Montaigne que estamos sin darnos cuenta alargando la mano para tocarlo. Acariciarlo, hacerle cosquillas, tomarnos un trago con él. Si le quitamos ese fideísmo del que tanto habla y que tanto complacia a sus contemporáneos católicos nos parece un Wittgenstein, un Alfred Ayer del siglo XVI, tan seguro y bien pertrechado como si viviera en el nuestro.

Decimos poder, verdad, justicia; palabras que significan algo grande. Pero, ni vemos ni concebimos estas cosas. Decimos que Dios teme, que está airado, que ama, dando a las cosas inmortales nombres mortales. (Lucrecio)

Pero estas cosas son agitaciones que no pueden estar en Dios de acuerdo a la forma que tienen en nosotros; y no las podemos imaginar de acuerdo a la suya. Sólo Dios se conoce e interpreta lo que hace. Emplea nuestro lenguaje y se rebaja a nosotros que reptamos en la tierra. ¿Cómo puede la prudencia, la elección

entre el bien y el mal atribuírsele a El siendo que ningún mal puede tocarlo? ¿Cómo la razón y la inteligencia, que nosotros empleamos para ir de lo oscuro a lo claro, siendo que no hay cosa oscura para El? Y la justicia que distribuye a cada uno lo que le pertenece, la justicia, cosa creada por la sociedad y comunidad de los hombres, ¿cómo está en Dios? ¿Cómo la temperancia, la moderación de los placeres corporales, puede tener lugar en su divinidad? La fortaleza, la virtud de soportar el dolor, el trabajo, los peligros, cosas que no alcanzan hasta El, ¿cómo estarían en El? (Ensayos, II, 12)

Casi no hay que avanzar de aquí para abarcar una esfera del sin sentido de amplitud, variedad y aplicación enormes. En estas cumbres nebulosas de los discursos sobre Dios, el alma y la inmortalidad se apiñan y multiplican las cosas más disparatadas dichas con los mayores disparates. Con el texto anterior a la vista, el mismo Montaigne tendría que releerse cuidadosamente más de una vez.

De Dios vale por antonomasia la advertencia de Wittgenstein: De lo que no se puede hablar, mejor callar.

ENSAYOS, II, 12.

... El alma del emperador y la del zapatero se hacen con el mismo molde. El peso y la importancia de las acciones de los príncipes nos persuade de que fueron causadas por algo de igual peso e importancia. Pero nos engañamos. Fueron llevados y traídos en su agitación por los mismos resortes que nos mueven en nuestros pequeños asuntos; las mismas razones que nos hacen reñir con un vecino son las que llevan a la guerra a los príncipes; las mismas razones que nos llevan a azotar un sirviente son las que en la cabeza de un rey lo lleva a arruinar una provincia entera. Este es movido tan fácil y prontamente como nosotros; sólo que puede hacer más daño. Sea en un elefante o en un mosquito, la pasión es la misma.

Montaigne nos sugiere una separación que un maestro zen llamaría de sentido común y que por esto mismo hay que examinar con mucho cuidado: de una parte tenemos las acciones del emperador, de la otra el alma del emperador. Esta y las almas todas son formadas con un mismo molde. Todo sugiere que si -como en las fábulas- hubiera un zapatero de la misma

aparición del emperador y estando los dos bañándose en el mismo río, un desorden, una tempestad o un terremoto les causara correr a vestirse confundiendo las ropas, todo podría seguir tal como antes, mientras el emperador se acomodara con sus zapatos y el zapatero con su trono. No habría modo de distinguir las acciones del nuevo zapatero de las del viejo, ni las del nuevo emperador de las del anterior. En cuanto a sus almas tampoco habría manera, siendo del mismo molde. Y ya se dijo que los cuerpos son iguales. Entiendo que el sueño americano se reduce a que cualquiera de los ciudadanos puede aspirar a ser presidente; y que según estipulan en su declaración de principios, todos los hombres son creados iguales. Tal como dice Montaigne.

Puede decirse también: la institución y el funcionario. Si no hacemos la distinción, éste la agita; "Yo cumplo como funcionario: sigo reglas". En el último piso está el emperador que clama: "¡Cómo me gustaría volver a mis zapatos!"

Una psiquiatra le decía a una dama, por su cocinera que estaba atendiendo: "*Si usted piensa que entre su cocinera y la reina de Inglaterra hay para mí una pizca así de diferencia, encuéntrela y se la pago en dólares*".

Acabo de leer una frase del líder bosnio-servio, acusado de crímenes de guerra: "*I didn't like politics at all... I was the happiest man in the world with my psychiatry, poetry, friends and family*" ("*No me gustaba la política en absoluto... Era el hombre más feliz del mundo con mi psiquiatría, mi poesía, mis amigos y mi familia*"). O sea, esta persona no es más que una del montón a quien le ocurrió tomar a cargo una gigantesca máquina de matar. No hay ninguna diferencia entre ella y otra cualquiera; entre su ira, por ejemplo, y la ira del vecino. Cuando no le salía bien un soneto hacía pedazos la hoja de la misma ira con que ahora, si no le parece un acuerdo, se pone a matar musulmanes.

El texto que citamos aquí vale para la separación que se hace entre un primer Montaigne, el del autorretrato y la concentración en sí y nada más que en sí, y un segundo Montaigne, el que descubre la naturaleza humana, el molde idéntico y único con que todos los hombres están hechos.

Aquella anécdota que se cuenta sobre Platón separando entre el vaso y la idea del vaso, y Diógenes respondiéndole que él no duda de la existencia del vaso, pero que no percibe ninguna idea, termina con Platón respondiendo: "Es que, así como tienes en la cara con qué ver vasos, no tienes en la mente con qué ver ideas."

Uno ve higos; y se ven tan iguales que se le puede ocurrir que hay un molde con que se hacen los higos. Si Dios crea los hombres, más fuerza tiene el mito del molde. Porque ¿no iba Dios a crear hombres desiguales! Pero, si los crea iguales, mucho mejor que emplee un molde y se evite el trabajo de estar creando siempre lo mismo.

Mi profesor Bogumil Jasinowski gustaba del griego para nombrar la tan célebre y, en la vida del pensamiento, tan esencial separación platónica entre las ideas y la existencia. Decía, pues, *yorismós*, palabra que pudiera enseñarse en las escuelas primarias para que la conociéramos todos y nos fuera familiar la fuente de tantas frustraciones y miserias.

Leo en un libro de Budismo Zen:

In ordinary thinking, "space" or "void" is understood as an abstract concept and is distinguished from "matter" or "things". It is through this distinction that the differentiation between "u" ("being") and "mu" ("nothing") originates. As against this common sense distinction, the Hannya-Shin Gyo argues: "matter is void, void is matter." (En el pensamiento cotidiano, "espacio" o "vacío" se entiende como concepto abstracto y se le distingue de "materia" o "cosas". Es a través de esta distinción que la diferenciación entre "u" ("ser") y "mu" ("nada") se origina. En oposición a esta distinción cotidiana, el Hannya-Shin Gyo dice: "la materia es vacío, el vacío es materia").

Así se entiende el koan en que el maestro pide que le amarren espacio y se lo traigan: El discípulo amarra el objeto que sea y se lo entrega.

Pero, ¿de dónde salió tal principio "matter is void, void is matter" ("la materia es vacío, el vacío es materia")? No faltan koan -esos ejercicios característicos de la escuela zen que consisten en paparruchas sin ton ni son- de los que puede resultar. Por ejemplo: el gato de Cheshire se va pero se queda la sonrisa; o la reina corre y mientras mayor es su velocidad más bien se encuentra en el mismo punto; o el mensajero es castigado antes de cometer la ofensa; o ese pato que pusieron de chico en una jarra, creció, y ahora hay que sacarlo sin quebrar la jarra. Por miles nacen los absurdos de suponer que lo inseparable se separa. O de suponer lo contrario, que se une lo que no es posible unir.

Muchas veces, y con enorme implicación, separamos cosas que no son separables, como la materia y el espacio, el alma y el cuerpo, el cerebro y el

pensamiento, el imperio y el emperador; y muchas también unimos cosas que no se pueden unir. Lo hacemos, se dice, por convención, por conveniencia, por abstracción. Pero muchas veces consideramos reales la separación o la unión. Creemos en su realidad, la postulamos, la imponemos.

El que averigua y denuncia la unión de cosas que no se unen y la separación de cosas que no se separan es el crítico.

El que impone la separación de las cosas que no se separan -como el alma y el cuerpo, como los crímenes del tirano y el tirano- o la unión de cosas que no se unen -como la maternidad y la virginidad, la unidad y la trinidad- es el dictador.

ENSAYOS, II, 12.

... Elaborando un poco aún esta igualdad y correspondencia entre nosotros y los animales: el privilegio de que tanto se enaltece nuestra alma de reducir las cosas que concibe a su condición, quitándoles todo lo que les viene de sus cualidades mortales y corporales, ordenando y ubicando cuanto le parece que vale la pena notar, desnudándolas de sus cualidades corruptibles, quitando de ellas el largo, el ancho, la profundidad, peso, color, olor, dureza, blandura y todos los aspectos sensibles como atavíos sin valor y superfluos a su condición espiritual o inmortal... este privilegio, digo, parece evidentemente el mismo en las bestias. Un caballo, acostumbrado a las trompetas, al estallido de los mosquetes, al ruido del combate y al que vemos estremecerse y temblar en su sueño como si estuviera en batalla ciertamente concibe en su alma el golpe del tambor sin ruido, un ejército sin armas y sin cuerpo... A menudo observamos un mastín que gruñe en sueños, que luego ladra y se alza de pronto como si percibiera un extraño. Este extraño que discierne su alma es un hombre espiritual e imperceptible, sin dimensiones, sin color, sin realidad.

¿De qué nos habla aquí Montaigne, de imaginar o de concebir? En la imagen de la cosa está la cosa entera y lo único que le falta es su realidad o existencia. Así ocurre con el caballo que sueña que está en la batalla. Tan es como la batalla real, la batalla que sueña el caballo, que su cuerpo se agita y tiembla como en la batalla. Y los lebreles que duermen sueñan también, a veces, persiguiendo sus liebres, porque mueven los pies y gimen como si lo hicieran de verdad. Pero esas cosas soñadas o imaginadas tienen su ancho,

su largo, sus colores, su movimiento, su ruido. Si soñamos con seres como nosotros, nos hablan, nos sonríen, nos acarician o nos insultan. Que no sean reales no quiere decir que no pueda en mis sueños medir su estatura, contar el dinero que me devuelven.

Pero Montaigne es muy explícito, por otra parte, sobre la abstracción que se opera aquí: se trata de quitar a las cosas "todo lo que les viene de sus cualidades mortales y corporales", de desnudarlas de "sus cualidades corruptibles quitándoles el largo, el ancho, la profundidad, peso, color, olor, dureza, blandura y todos los aspectos sensibles como atavíos sin valor", superfluos para la "condición espiritual e inmortal" del alma. Se trata, parece, de la construcción de ese producto que Locke llamaría "ideas abstractas", que Berkeley ridiculiza y con las que no ya los hombres, sino siquiera los caballos forman sus sueños.

Pero no era necesario referirse al sueño de los animales, ni a la naturaleza espiritual de las imágenes para mostrar lo que se quiere mostrar aquí, tan confusamente. Bastaba con ese perro que conocimos más atrás y que siguiendo una liebre y llegando a una encrucijada decide con una sola experiencia del olfato cuál camino seguir. Porque la encrucijada no es siempre la misma sino que con seguridad siempre es distinta; pero el perro obra igual, cualquiera sea. De donde resulta, no sólo que el animal aplica perfectamente un teorema de lógica proposicional, a toda carrera y con una forzosidad que llenaría de asombro a cualquier alumno de Russell, sino que nuestro cuadrúpedo tiene un concepto de "encrucijada" tan claro en la cabeza que el mismo Descartes no tendría más que pedir.

La importante doctrina de Montaigne sobre la razón en los animales conmovió desde un comienzo a los escritores de su tiempo. Así, Jean de Champaignac en un *Tratado sobre la inmortalidad del alma* se ocupa largo de ella. Champaignac no cuestiona (¿cómo podría?) los hechos que señala Montaigne y con él cualquier rústico que ha dormido con sus bueyes y caballos. Es que haya razonamiento subyacente a la conducta animal lo que este autor rechaza (sea que lo diga Montaigne, sea que lo diga Filón). Le parece que ocurre con los animales justo lo que Montaigne no es capaz de imaginar: "una sabiduría universal asiste a las bestias y las dirige de modo que hacen lo mismo que harían si estuvieran dotadas de razón". Uno se queda a un paso de exclamar: ¡Qué argumento más moderno! Hasta esa razón o "sabiduría universal" podría considerarse como personificación mítica de algo muy moderno. También esos "espíritus animales" con que Descartes

busca salir de la dificultad son un paso en la dirección moderna; y lo mismo se agita en el comentario de Voltaire, que "si los animales son relojes montados de antemano con vistas a una marcha establecida, los hombres no son más que relojes de repetición" (P. Villey). En fin, lo que no se admitía en tiempos de Champaignac y que más adelante irritaría a Bossuet era esta pretensión de inteligencia en los animales. De poseer inteligencia, poseerían alma; de poseer alma, poseerían inmortalidad.

ENSAYOS, II, 12.

En cuanto a la belleza del cuerpo, ... encuentro que más que cualquier otro animal tenemos razones para cubrirnos. Nos excusamos prestamente de apropiarnos lo que en otras criaturas suplió la naturaleza, disfrazarnos con su belleza, ocultarnos tras sus despojos -su lana, sus plumas, pelo, seda. Observemos, finalmente, que el hombre es el único animal cuya desnudez ofende a sus semejantes y el único que en sus acciones naturales se retira y oculta de ellos.

En sus viajes Gulliver llega a un país donde los señores son hermosos caballos mientras que los seres con figuras humanas se consideran una ofensa a la vista. Se les soporta como servidores en menesteres de los más bajos.

También en este tiempo nuestro, la etología y la ecología, acaso por la dedicación y el cuidado que requieren los tiempos en estas materias, parecieran ser los agentes principales de cambios radicales en nuestra actitud hacia los animales. Hace unos años, un equipo de ornitólogos suecos gastó unos 15 millones de coronas (dos millones de dólares) en asegurarse dos o tres huevos que una pareja de búhos en extinción había puesto en un nido inaccesible. Fue paciente trabajo, no sé si de meses o de años, detectar una pareja, observar su nido, instalar la maquinaria para descender y extraer los huevos. Los alemanes, hace unos diez años instalaron un proyecto costosísimo para recobrar las cigüeñas que ya no anidaban en sus chimeneas. Naturalmente, las especies se extinguen; pero los hombres de hoy son capaces de sacrificios dignos de cruzados por evitarlo. De aquí resulta un amor por los animales que quisieran para sí los millones sin número de niños esqueléticos que se pudren en el hambre, la enfermedad y el abandono en las áreas pobres de todos los continentes. Este amor está obrando cambios estéticos asombrosos. Los gorilas son seres hermosos, pacíficos, que no tienen

que ver con los dictadores. Nada más lindo de ver que las arañas y los sapos. Seguro que ya no tiene sentido imaginar que un príncipe se transformó en uno. La bella Aracne ahora se siente reina de belleza transformada en araña. Mujeres a las que se les paran los pelos viendo una, hay cada vez menos. ¡Son tan hermosas!

Este cuidado de las especies animales que se transforma en amor, casi adoración -y que en gatos y perros, sin contar ese caballo que Calígula nombró consul, alcanza extremos increíbles de lujo en diamantes, perfumes, peluquería y aceites- no puede presentarse en el mundo sin engendrar paradojas. Porque creamos millones y millones de salmones, anguilas, ostras, cangrejos, gansos, pavos, pollos, corderos, bueyes y caballos con mucho amor para por fin entrarlos en nuestros refrigeradores y comerlos con igual deleite día a día.

ENSAYOS, II, 12.

La primera ley que Dios dictó al hombre fue de pura obediencia: un mandamiento mero y simple, por el cual nada tenía el hombre que inquirir o disputar, por cuanto obedecer es el oficio propio de un alma racional que reconoce un benefactor y superior celestial. De la obediencia y la sumisión nacen todas las demás virtudes, como todos los pecados lo hacen de la autosuficiencia. La primera tentación ofrecida por el demonio a la naturaleza humana, su primer veneno, se insinuó con las promesas de conocimiento y sabiduría.

Tenemos fábulas de la curiosidad y de la desobediencia. La caja de Pandora, el cuarto de Barba Azul, el aprendiz de brujo. El fruto del árbol prohibido, en primer lugar. En todas estas historias, la curiosidad conduce al desastre. Nos hablan los psicólogos de la curiosidad como un impulso que está en la base del saber y la ciencia. Con la ciencia hemos llegado a la bomba de hidrógeno y al peligro de la radioactividad y la guerra atómica. Por abrir la caja de Pandora, por andar posando de brujos.

Por otra parte, Montaigne que se extiende en su comparación del hombre con los animales, no podría dejarlos en la perfecta inocencia. Son curiosos también; y con su curiosidad pueden soltar una red que les cae encima; pero también dar con un buen bocado. Para darse una idea, basta considerar un perro vagabundo en la plaza de un mercado: cosecha puntapiés, pero de vez en cuando arranca con un buen pedazo de bofe.

El hermano mayor hace desaparecer el conejo; el hermano menor no conoce la treta, sólo ve el resultado. El hermano mayor no va a soltar un secreto que lo transforma en un ser superior frente al pequeño. De la misma forma procede el brujo frente al aprendiz. Igual el artesano. Yo escuché de un obrero que recurrió al vino: emborrachó a su maestro para que le enseñara el manejo de un martillo de precisión. El maestro, con el secreto, cuidaba su poder -o su diferencia de salario, que para el caso es lo mismo. El aprendiz quería eliminar su esclavitud- o su diferencia de salario que también es lo mismo.

Este es un caso de una misma cosa nombrada con distintos nombres según quien la bautice: Porque lo que unos llaman obediencia, otros llaman servidumbre.

ENSAYOS, II, 12.

Parece que la naturaleza, para consuelo de nuestro estado de miseria y ruindad, no nos ha dado más que presunción por heredad. Como dice Epicteto "el hombre no tiene más propiedad que el empleo de sus opiniones". O sea, nuestra posición no es más que humo y viento... Con razón magnificamos el poder de la imaginación, porque nuestros bienes residen en los sueños.

Mi brevario de etimología consigna "presumir" como cultismo llegado a nuestra lengua en la primera mitad del siglo XV con el significado de "tomar de antemano" y de allí "imaginar de antemano" y "atreverse, mostrarse orgulloso". Nosotros, comúnmente, decimos "presumido" por "vano" y "jactancioso", que muy poco nos sirve aquí, porque no es claro cómo la vanidad y la jactancia podrían ser consuelo de nuestra miseria y ruindad.

Pero "presunción" con el significado de la imaginación que antepone, para dar con lo antepuesto razón o fundamento, parece ser la acepción que pide este pasaje. Decimos "mente creadora" de la del que antepone cosas que imagina para dar sentido a una experiencia o percepción que lo requiere. ¿Por qué se aleja el sol en invierno? ¿Por qué desaparece la embarcación en el horizonte? ¿Por qué no cae la luna? Presumimos; y lo presumido nos asiste para dar la respuesta. Que la tierra se mueve en un plano en torno del sol y con su ecuador inclinado respecto de este plano no es más que una presunción, pero rica en consecuencias verificables. Que la luna está animada de dos movimientos, uno de caída hacia la tierra otro de salida por la tangente

de su órbita, también es presunción verificable que extiende nuestro saber. No hay nada de misterioso ni de negativo en nuestras presunciones verificables. Presume alguien -un Pasteur- la existencia de pequeños animales que no podemos ver a simple vista. Aquí, con la frase de Epicteto, "el hombre emplea sus opiniones". Le sirven para desarrollar sus medios de observación y llegar al conocimiento de algo que no conocía.

Así, se divide la presunción: entre la que antepone un fundamento que resulta real; y la que no encuentra ningún apoyo en la realidad. Y esta última también se divide: entre la que ante la desaprobación hace su reverencia y su mutis; y la que insiste por más que no haya manera de verificarla.

En su grado extremo, ésta última división de la presunción no aguarda ya que se verifiquen sus pretensiones y dice algo como esto: si la realidad no está de acuerdo conmigo tanto peor para la realidad. ¿No resulta increíble? De esta especie son las personas que arreglan su "miseria y ruindad" con un significado cósmico de todo, como el que hay en la Biblia, en El Capital, en el Concilio de Nicea, en la Constitución de los Estados Unidos, sin hablar de la Historia, *Meinkampf*, o el *Manifiesto Comunista*. En estos tiempos, no deben ser pocos los que piensen que si van suficientemente lejos -digamos a la Galaxia de Andrómeda- de pronto, dando la vuelta en una esquina cósmica, se van a encontrar con la Administración del Universo.

ENSAYOS, II, 12.

... Escuchen este gruñido animal calamitoso: "No hay", dice Cicerón, "nada tan encantador como las letras; digo, las letras por las cuales la infinidad de las cosas, la grandeza inmensa de la naturaleza, los cielos, la tierra y los mares se nos descubren. Ellas nos han enseñado religión, moderación, la grandeza del coraje; ellas han rescatado nuestras almas de la oscuridad haciendo que vean todas las cosas, altas, bajas, medias, primeras y últimas; ellas nos suministran de qué vivir felices y bien, de conducirnos y vivir sin displacer y sin ofensa". ¿No da este hombre la impresión de hablar de la condición del eterno y poderoso Dios? Pero, por lo que hay, mil campesinas han vivido vidas más justas, dulces y constantes que la suya.

Es como si en estas líneas preparara Cicerón un borrador del Manifiesto Renacentista. ¡Y vean como lo trata este hombre del Renacimiento!

La ruindad y la miseria del hombre en contraste con su orgullo y fatuidad constituyen grandes temas de los *Ensayos* de Montaigne. Y va con ellos por todas partes. Como si discurriendo entre la cocina y el salón, como si detenido en el zaguán, escrutando lo grande en la minucia, la minucia en lo grande.

Es lo que le reprochan las personas doctas de su tiempo: que escarbe minucias, que avente minucias. Que se chupa los dedos en la mesa, que prefiera tal vino. ¡Y cómo duerme! ¡Y cómo... defeca!

¿Y qué? ¿No es operación universal? Lo mismo el pobre diablo que el emperador, la cocinera que la cortesana tienen que encucillarse y pujar. ¿No hay en ello un rasero duro de la naturaleza, un abucheo y chusca exhibición de nuestra ridícula fatuidad. Me parece recordar que fue el filósofo Crates el que soltó sin querer y en plena audiencia un viento y no había después manera de sacarlo del cuarto en que se encerró, como no fuera por un colega que se llenó el estómago de altramuces y diciéndole que los vientos eran tan naturales como los estornudos, los soltaba que era para morir de risa. También cuenta esta historia Montaigne, que trae tantas o más en sus *Ensayos* que la misma Scherezada en "Las Mil y Una Noches". Y agrega aquélla, de Tycho Brahe que murió por contenerse en un banquete ante el emperador por no atreverse a romper las formalidades, antes más bien las tripas.

Podríamos interpretar la cita de Cicerón tomando a la letra lo que dice sobre las letras, es decir, entendiéndolo como cosa dicha sobre las 26 letras del abecedario. No creo que nadie pueda imaginar qué sería de nosotros sin ellas. Nos parece que estamos a nuestras anchas en el mundo, entre los demás; que pensamos, sentimos, nos relacionamos, trabajamos en una suerte de relación natural con todo. Pero basta una consideración somera de algo como el abecedario para tornarlo todo problemático. Si quito el abecedario como técnica de exteriorización, fijación, conservación, acumulación, clasificación de los pensamientos no sé que quedaría del mundo, la sociedad, la historia, el universo, de que todos hablamos igual que todos respiramos en el aire. ¿Qué sería de Cicerón, qué de Montaigne sin el abecedario? Ni el simulacro, ni el remedo de uno tendríamos. Está tan ínsita esta técnica en nuestros modos de pensar, imaginar y especular, de tal manera conforma nuestros hábitos intelectuales y espirituales que pasa impercibida como simple técnica y a pocos les ocurre considerar que sin ella no hay posibilidad de conservar y transmitir las ideas (que quizás qué aspecto tendrán dejadas a sí mismas), vengan de nuestros ancestros o del cielo.

ENSAYOS, II, 12.

... El largo estudio no ha hecho más que verificar nuestra previa ignorancia: Ha ocurrido a los sabios como a las espigas: altas y enhiestas cuando más vacías; agachadas y cansadas cuando plenas.

Viene a la mente *Eclesiastés*:

Pero, aplicando mi mente, aprendí que la sabiduría y el conocimiento son locura y desvarío. Sí, percibí que esto es también caza del viento.

Porque mientras más sabiduría, más pesar; y acrecer el conocimiento de uno es acrecer su dolor. (1: 17-18)

Viene a la mente también la cabeza del viejo, inclinada de tanto saber, agriada de saber para nada. Y la de esos pueblos que decaen y se pudren en su misma grandeza, ahitos de lucidez, paráliticos de impotencia. ¿Para qué me he hecho tan sabio? se pregunta el predicador. ¿Superé acaso la ignorancia de éste que está a mi lado, que caminó su vida sin preocupación y espera ahora conmigo a las puertas del mismo cementerio? "*¿Qué ignorante soy de lo que ha de venir, de lo que será de mí!*" Suspira éste, a mi lado. ¿Me encuentro yo en distinta situación? ¿En qué difieren sus suspiros de los míos?

En lugar de la referencia explícita y directa a *Eclesiastés*, en los comentaristas de Montaigne que leo sólo encuentro que se dice *Escrituras*. El mismo Montaigne no parece muy curioso del texto de Koheleth, siendo que todo su escepticismo, criticismo, fideísmo, agnosticismo, practicismo, etc. se encuentra allí. Y llama la atención y hasta irrita, porque entre las máximas que hizo escribir y colgar en su biblioteca están:

*El hombre que presume de su saber no sabe todavía qué es saber.
Las cosas todas son muy difíciles para que el hombre pueda comprenderlas.
Los juicios del Señor son un vasto abismo.
El deseo de conocer ha sido dado por Dios al hombre para su suplicio.
Hombre, tú no sabes si esto te conviene más que aquello, o los dos igualmente.*

Eclesiastés puro y casi letra por letra.

ENSAYOS, II, 12.

... Cuando Platón describe los placeres corporales y los dolores que nos aguardan después de la ruina y aniquilación de nuestros cuerpos, acomodándolos a la noción que tenemos de ellos en esta vida... cuando Mahoma promete a sus seguidores un paraíso tapizado de alfombras, adornado de oro y piedras preciosas, habitado por muchachas de excelsa belleza, con vinos y platos delicados, no me cuesta ver que se trata de burladores que acomodan sus promesas a nuestra estupidez para atraernos y tentarnos con esperanzas y opiniones a la medida de nuestros apetitos mortales. Y sin embargo, algunos entre nosotros caen en igual error, prometiéndose después de la resurrección una vida terrestre y temporal acompañada con toda suerte de placeres y conveniencias mundanas.

Creo haber leído en Bradley de una dama que por nada del mundo iría al Cielo si no la dejaban entrar con su perro. Y pienso que la noción de vida futura viene a desembocar en representaciones parecidas. Si se trata de la resurrección de la carne, no hay nada que forzar para dar por sentado que las uñas crecen y que hay que disponer de tijeras para cortarlas. Con los frescos que pintan Platón y Mahoma no cuesta mucho entre gente con sentido común concluir que se trata de "burladores que acomodan sus promesas a nuestra estupidez". Lo que cuesta más (o a mí me cuesta más, en todo caso) es descubrir con qué frescos reemplazan estas sandeces los que, de todos modos, afirman la vida futura.

Porque frescos tienen que pintar, por muy espirituales que sean.

ENSAYOS, II, 12.

... Y cuando dices tú, Platón, que será la parte espiritual del hombre la que disfrutará las recompensas en la otra vida, nos dices algo que no carece de una pequeña apariencia de verdad; porque así no sería el hombre y en consecuencia nosotros los que disfrutarían. Porque estamos compuestos de dos partes esenciales, cuya separación es la muerte y ruina de nuestro ser. No podemos decir que el hombre sufre cuando los gusanos se alimentan de él.

Ellos es como nada para nosotros consistiendo nuestro ser enteramente en la unión del cuerpo y el alma. (Lucrecio)

Además, ¿sobre qué fundamento de justicia pueden los dioses considerar o promiar al hombre después de su muerte por sus acciones buenas y virtuosas puesto que fueron ellos quienes lo dispusieron a actuar así? ¿Y por qué se ofenderían y lo castigarían por acciones repudiables puesto que ellos lo crearon de débil condición y que, con una partícula de su voluntad pudieron prevenirlo de actuar mal?

Si un triángulo pudiera hablar y decimos: "Estoy compuesto de dos partes esenciales, ángulos y lados, cuya separación es la muerte y ruina de mi ser", nos reíríamos a carcajadas de dos cosas: de que hable, primero que nada; y, después, de que se prodigue en perogrulladas al hacerlo. ¡Cómo se le ocurre emplear tan preciosa facultad en formular obviedades!

Lo contrario de la obviedad es el disparate. Cuanto mayor la obviedad, tanto mayor el disparate de quienes la niegan.

Materia y espíritu son partes esenciales cuya separación es la muerte y ruina del hombre. Tal es la obviedad que nos dice Montaigne. Pero, obvio también, tal obviedad se niega de mil formas, con gran ruido y por todas partes. Y a nadie le pasa por la cabeza que se trate de un disparate. O sea, vivimos en un mundo construido con disparates. Y como si nada. En el Infierno, las almas se retuercen mientras llueven sobre ellas el fuego y el aceite hirviendo; en el Cielo, al contrario, las almas gozan las delicias del paladar y los órganos sexuales. Así será, sonríe Montaigne, pero no es el hombre el que sufre allá abajo o goza allá arriba. Ni siquiera los gusanos pueden pretender que roen el hombre. Con la separación del alma del cuerpo, el hombre se desvaneció.

Esto se ve como en las definiciones, como en las tablas del neopositivismo o la filosofía del lenguaje. Uno no puede quitar los lados a un triángulo y dejarle los ángulos colgando. No, tan estúpido no hay quien sea.

ENSAYOS, II, 12.

... Epicuro, con grandes visos de razón, pudo decir a Platón aquello con que él mismo se excusaba: "Que es imposible establecer nada sobre la naturaleza inmortal a partir de la mortal".

Esta no hace más que errar; pero en especial cuando se mete en cosas divinas.

Este argumento conocido de Epicuro -y al que uno dedica una inclinación

desde las alturas alcanzadas por la cosmología más reciente que, hablándonos de comienzos absolutos y espectaculares de hace unos 15 mil millones de años, nos deja así y todo preguntando o balbuceando "Bueno, y entonces ¿qué?" -lo considera también Berkeley:

Además, siendo finita la mente del hombre, no puede extrañar que, cuando trata de cosas que participan del infinito, caiga en absurdidades y contradicciones de las que no se puede librar siendo de la naturaleza de lo infinito no ser comprendido por lo finito.

Ahí está el argumento, presentado por este filósofo. ¿Cómo lo refuta? Apoyándose en un supuesto que se incluye en esa categoría de los deseos, examinada más atrás y que Montaigne no incluye en sus enumeraciones: la de los deseos que no pareciendo naturales parecen necesarios. Dice Berkeley:

Debemos admitir que Dios ha procedido con más generosidad con los hijos de los hombres, que (la implicada en) darles un fuerte deseo de un conocimiento que ha puesto enteramente fuera de su alcance.

¿Y qué dice *Eclesiastés*? Porque este tema de abarcar lo infinito en lo finito -dar palos al viento, que es lo mismo- fue la inspiración de todo el trabajo que se dio: llegar a ser el sabio entre los sabios, para descubrir que como en rotación viciosa volvía al punto de partida y todo el esfuerzo no era más que absurda vanidad.

Dice así:

Yo, el Predicador, fui rey sobre Israel y Jerusalén; y puse mi corazón en buscar y averiguar con sabiduría todas las cosas hechas bajo los cielos: este penoso trabajo ha dado Dios a los hombres para que se esfuerzen; he visto todas las obras que se hacen bajo el sol; y he aquí que todo es vanidad y caza del viento. (1:12-14)

Desde luego, el Predicador es un escéptico sobre el saber científico y, tal como Montaigne, un fideísta en religión. En cuanto a ese deseo de abarcar lo infinito en lo finito, cierto, Dios lo dio a los hombres, pero no para ser satisfecho como arguye Berkeley, sino como diciéndonos: ¡Tengan, muérdanse la nuca!

ENSAYOS, II, 12.

... El habla tiene sus defectos y fallas como todo el resto. La gramática causa las perturbaciones más grandes en el mundo. Nuestros juicios surgen de disputas sobre la interpretación de las leyes. La mayoría de las guerras provienen de la incapacidad de los ministros para expresar claramente los convenios y tratados de amistad entre los príncipes. Cuántas disputas, y de cuánta importancia, suscita la duda sobre la palabra *hoc* alrededor del mundo. Consideremos las conclusiones que la lógica nos ofrece como claridad manifiesta: Si dices que es buen tiempo y dices la verdad, entonces, es buen tiempo. ¿No es ésta una forma de hablar muy evidente? Sin embargo, puede enseñarnos: si dices miento y lo que dices es verdadero, entonces, mientes.

Los ingleses dicen "hocus pocus", jerga malabarista que simula latín, por: *a juggler trick; sleight of hand; trickery or deception; a nonsense saying used to conjure or to cover up deception.* (un truco de malabarista, un escamoteo o engaño; un dicho absurdo usado para encubrir el engaño). (*Webster Dictionary*)

Seguro que la expresión popular data de la Edad Media; y se la considera (¿qué más podría ser?) una transformación chusca y satírica de las palabras de la consagración *Hoc est corpus*. No cuesta nada imaginar a un charlatán prestidigitador ante su audiencia en la feria haciendo desaparecer un conejo o transformando un huevo en una flor y remendando el *Hoc est corpus* del cura o transustanciándolo a la defensiva en *Hocus pocus* para que no lo transustancie a él la Inquisición. A un Charles Macklin del siglo XVIII se le atribuye la sentencia:

"La ley es una especie de ciencia del *hocus pocus*".

¡Y que se lo digan a los que vivieron la dictadura de Pinochet! En ese entonces, cuando se dictaban leyes, de un minuto para el siguiente desaparecería la casa de uno, si no desaparecía uno mismo. ¡Hocus pocus!

No caben dudas: el pueblo comprendió a la primera el "*Hoc est corpus mei*" de la eucaristía. ¡Ese "*hoc*"! ¡Cómo habrán dado con la cabeza por miles los teólogos! Significa "esto". Pero, ¿qué significado yo cuando tomo mi pan y digo: "Esto". Me trae a la mente ese limerick de Lear que en otro lugar comenté:

*Había un caballero en Aranjuez
que decía: "¡Esto es, esto es!"*

Preguntaron: "¿Qué? ¿Cuál?"
y se arrojó a un canal
que absorbió al caballero de Aranjuez.

Había una doctrina de Galileo -traída de Demócrito- según la cual las cosas consisten de cualidades primarias -forma, extensión, movimiento- y cualidades secundarias -color, olor, sabor. ¿A qué se refiere el *hoc* de la eucaristía? ¿A la materia del pan, a la sustancia? Pero el sacerdote dice "Esto" mostrando el pan, no su sustancia. Que la sustancia del pan, sin que se alteraran sus cualidades de pan, se cambiara en la sustancia del cuerpo de Jesús, tal era la doctrina de la transubstanciación. Pero, si las cualidades secundarias del pan sólo están en el sujeto que lo come y las del vino sólo en quien lo bebe, ¿qué añade entonces que se cambie la sustancia del pan por la de la carne y la del vino por la sangre? Enredos así, difíciles de manipular y de un peligro que no podemos hoy día imaginar, andaban vigentes todavía en tiempos de Montaigne. Por miles morían los hombres en el enredo. Es también de esos tiempos la disputa por la palabra *iustitia*. Para Lutero era justicia de la fe; para Roma era justicia por la cual se paga -por ejemplo, las indulgencias que se vendían en contante y sonante y que permitían que las almas salieran del Purgatorio. Por el cambio semántico de esta palabra, *iustitia*, se desmoronó la unidad espiritual de Europa, murieron millones de seres humanos y lo que de ello restó, restó dividido para siempre.

Pero, la gramática no tendría que ser culpable de nada. Como arte se limita a recoger el significado de las palabras tan exactamente como es posible; y enumerarlos y ordenarlos cuando (lo que es la regla y en modo alguno la excepción) la palabra tiene más de uno. Montaigne juega con las figuras cuando culpa a la gramática justo de lo que ésta trata de evitar. Porque si nos remitiéramos a sus reglas y su diccionario no caben dudas de que evitaríamos muchos problemas.

En cuanto a la paradoja famosa del mentiroso que Montaigne presenta en el texto, más parece una triquiñuela. Si digo: "Hace buen tiempo" no significo que mis palabras estén despejadas de nubes. Hablo de algo que no está en mis palabras. Así, también, si digo: "Miento" me estoy refiriendo a palabras que dije en cualquier momento menos en el momento en que digo: "Miento". Si aquellas palabras que dije fueron mentirosas, entonces, es verdad que mentí; y si fueron verdaderas, entonces, cuando digo por ellas: "Miento" estoy mintiendo.

ENSAYOS, II, 12.

... La Naturaleza quiere que en cosas semejantes haya relaciones semejantes. Del número infinito de mortales se concluye el número infinito de inmortales; las infinitas cosas que matan y destruyen presuponen otras tantas que aprovechan y conservan. Como las almas de los dioses, sin lengua, ojos, orejas, sienten lo que los otros sienten y juzgan nuestros pensamientos, así, las almas de los hombres cuando están libres del cuerpo, o por el sueño o algún éxtasis, adivinan, predicen y ven cosas que unidas al cuerpo pueden ver...

... Es una pena que nos engañemos con nuestras invenciones y tonterías como niños que se asustan de la cara de sus compañeros, que ellos mismos tiznaron y embadurnaron...

... Ciertamente, el hombre es un loco entero: no es capaz de crear una pulga, pero fabrica dioses por docenas...

Supongo que el principio, en propiedad, se aplica así: si veo pájaros parecidos, espero que tengan costumbres parecidas: que celen, que aniden, críen de modo parecido, que habiten en ambientes parecidos. Igual, si encuentro un lugar donde hay seres que se me parecen, espero que vivan de modo parecido a como vivo yo: que formen comunidades en que viven; que cacen, pesquen y cultiven, que tengan leyes, que posean una lengua, una tradición, que tengan enemigos que temer, dioses que adorar.

Supongo que el principio, impropriamente, se aplica así: He poblado por mi cuenta un Cielo de pájaros azules; y como son pájaros, hétélos aquí trinando, anidando, poniendo huevos y criando. También, he poblado el Cielo de inmortales. Son iguales en todo a nosotros salvo su incorporeidad y su inmortalidad. Forman un reino como nuestros reinos, con un trono como nuestros tronos; y una corte con grandes escalinatas y grandes dignatarios. Como hay estas escalinatas, el principio de semejanza de los semejantes, nos lleva a concluir que hay albañiles que las construyeron; y cemento para sus peldaños, y canteras para sus mármoles. Y lo mismo tejedurías para las túnicas y zapaterías para las sandalias. No es necesario seguir para darnos cuenta de que estamos ocupándonos con la imbecilidad de los imbéciles.

Además, esta aplicación impropia del principio de semejanza de los semejantes, revierte con renovada impropiedad cuando desde el Cielo lo aplicamos a la tierra. Porque esos seres celestiales, puro espíritu, pueden ver

sin ojos, oír sin oídos, hablar sin voz. De esos seres espirituales hay también aquí abajo; sólo que habitan en cuerpos. Si dejan de habitar allí, no sea más que por un momento, el principio de semejanza de los semejantes, nos permite concluir que ven sin ojos, hablan sin boca y oyen sin oídos.

Queda todavía acaso la implicación más importante y espectacular de este principio de semejanza de los semejantes, caso particular del principio de estupidez de los estúpidos. Montaigne la señala haciendo risa, aunque es tan verdadera y tan revelante:

... Es una pena que nos engañemos con nuestras invenciones y tonterías como niños que se asustan con la cara de sus compañeros que ellos mismos tiznaron y embadurnaron.

He leído de un filósofo alemán que los pueblos tienen derecho a autodeterminarse cuando han creado ellos mismos las leyes por las cuales se rigen. ¿Qué decir cuando ellos mismos han creado el infierno que les pone los pelos de punta y así los rige?

Estamos comentando aquí tres textos de Montaigne que no dejan dudas sobre cómo considera este escritor las mitologías, rituales, animismos, fetichismos que pueblan y hasta forman la sustancia de todas las religiones de que tenemos noticias. Resulta difícil averiguar qué queda, por ejemplo, de catolicismo cuando pasamos esta máquina segadora de los *Ensayos* por la feria multicolor de su mitología. El hombre... ¡ese loco entero!

... no es capaz de crear una pulga, pero fabrica dioses por docenas...

Tenemos grandes críticos de nuestras supersticiones. Aquel que dijo que si los bueyes tuvieran dioses, éstos tendrían cuernos, es tal vez el más grande de todos. Todavía estamos sin digerirlo. Se trata eminentemente de qué dice; pero también importa mucho cómo lo dice. Este es un latigazo que parte la piel. También el que asesta Montaigne: "Pobre desgraciado, no eres capaz de crear una pulga y andas fabricando dioses por docenas". ¿No tendríamos que enmudecer para siempre?

Si, quitadas todas "nuestras invenciones y tonterías", queda todavía algo que merezca el nombre de religión (núcleo religioso, sentimiento religioso, experiencia religiosa) lo mejor será no molestarlo de residir en todos los cultos; aunque pudiera ser mejor no dejarlo residir en ninguno.

De todas las opiniones humanas y antiguas sobre la religión, me parece a mí la más excusable y plausible aquélla que reconoce en Dios un poder incomprensible, origen y sostén de todas las cosas, todo bien, todo perfección, que recibe y toma en buena parte el honor y reverencia que los hombres le rinden bajo el rostro, el nombre o la ceremonia que sea. (Ensayos, II, 12)

¿No puede decirse que de un pasaje así salen a granel los Voltaire?

ENSAYOS, II, 12.

... Esta es la excusa que, considerando este asunto, Escavola, gran sacerdote, y Varro hicieron en su tiempo: "Que es necesario que el pueblo ignore muchas cosas que son verdaderas y crea muchas otras que son falsas." (Viendo que inquiere la verdad para poder liberarse, se pensó correcto engañarlo, Augustinus, Civitas Dei).

Esto es por el conocimiento de las cosas divinas. Montaigne agrega que si nos aventuramos en estas cosas nos puede ocurrir como a Faetón que cayó de lo alto del cielo por querer hacer cosas de dioses con manos mortales. Parece que no sólo los sacerdotes, sino los filósofos también fabulan cuando les preguntan sobre estas cosas diciendo que el cielo es de hierro, que el sol es una piedra o un fuego. Agrega Montaigne:

Es la opinión de Sócrates, y mía también, que la mejor forma de juzgar del cielo es no juzgar en absoluto.

Algo a lo cual toda la especie implicada de charlatanes responderá que acaso sea la mejor forma de juzgar, pero que es con seguridad la peor de hacer negocios. Ciertamente, fue un gran negocio el de las indulgencias y se fundaba precisamente en eso: que el pueblo ignorara cosas verdaderas y creyera otras del todo falsas.

"Es la opinión de Sócrates", escribe Montaigne, "y mía también, que la mejor forma de juzgar del Cielo es no juzgar en absoluto". La razón no sirve para subir al cielo. Sexto Empírico le ha mostrado a Montaigne que no hay camino al saber. Así se hace fuerte la fe contra la razón. Es el fideísmo de Montaigne apoyado en el escepticismo. Pudo sonar en su tiempo como

contundente respuesta al ateísmo humanista, al racionalismo altanero de los latinistas paganos. Los *Ensayos* recibieron la bendición del Santo Oficio en Roma. Pero, ya en sus inicios parece que aparecieron los que entendieron la cuestión de otra manera. María de Gournay, la heredera adoptiva de los *Ensayos*, los ensalza como uno de los pilares más poderosos de la Iglesia dejando ver entre las líneas de su apología que ya había quienes veían en nuestro hombre cualquier cosa menos un pilar. Asentar la fe en el escepticismo absoluto, ¿es eso un pilar? Los Pascal, los Bossuet condenarán sus *Ensayos* en el siglo XVII, los filósofos de las luces los emplearán en sus ataques al cristianismo. ¿Eso era el pilar?

ENSAYOS, II, 12.

... Vemos que nuestros dedos se mueven, que nuestro pie se mueve; que otras partes se mueven por sí solas sin nuestro permiso; que una percepción produce sonrojo, otra palidez; tal imaginación obra sobre el bazo, tal otra sobre el cerebro; una ocasiona risa, la otra lágrimas; una paraliza y entorpece nuestros sentidos y nuestros miembros... Cómo puede una impresión espiritual penetrar de tal modo en materia sólida y masiva y en qué consiste la conexión y textura de estos resortes admirables, no hay hombre todavía que lo sepa.

Es un viejo problema. Su formulación explícita data de los tiempos de Agustín -al que Montaigne toma de referencia. De esos tiempos también proviene la incorporación a la Iglesia de la doctrina platónica del alma, que vive eterna y conoce todas las cosas sin tener ojos ni oídos. Desde que se asignan al alma las facultades del pensamiento y la voluntad al tiempo que se la separa del cuerpo, no pueden demorar los problemas de la relación de estas dos sustancias: la extensión y el pensamiento, como las llama Descartes, la materia y el espíritu, como dicen los escritores ingleses. Hay toda una historia de ingenio filosófico por resolver este problema.

Pero, con el ridículo en que Montaigne pone las numerosas doctrinas del alma, su naturaleza, su asiento en el cuerpo, su inmortalidad y su destino, llama mucho la atención que se presente aquí sin crítica el problema de la relación espíritu-materia. ¡Montaigne, de todos, crítico tan penetrante, comentarista de Pirrón tan elegante y consumado! Como para pensar que es de verdad católico, como piensan tantos, y no de ficción, como sospechan

algunos. Porque ¿qué cuesta a un maestro como él detectar el supuesto tan a la vista: la doctrina misma de la separación de dos sustancias, el espíritu y la materia?

En el *Antiguo Testamento* (donde Montaigne tiene un único refugio para sobrepasar la doctrina escéptica que tanto reverencia) no hay asomos de alma platónico-cristiana. El alma no es más que el soplo (el *ruaj*) del Hacedor que da vida. Con la muerte, los seres vuelven al polvo. Y del soplo divino por el que vive el hombre no hay más, como no vuelva al pecho poderoso que lo exhaló. El alma humana, a lo más, por diferenciarla del alma animal, se nombra *nepesh*; pero nadie sabe decir qué más sea este *nepesh* que *ruaj*, soplo. Este mito bíblico del alma -más simple, más natural, más hermoso y casi sin asomos de artificio- tuvo entre nosotros menos fortuna que el otro, y Dios sabrá por qué.

Este dédalo filosófico y teológico del alma y el cuerpo lo asocio siempre a esa historia de Lewis Carroll: Un grupo formado por los más dispares caracteres se embarcan bajo la batuta (o mejor la campana) de un *bellman* (*campanero*) a la búsqueda y caza del *snarck* (que quizás qué será, aunque cada quien tiene su teoría sobre el monstruo). Cuando desembarcan y uno por fin lo avista, ocurre que no alcanza a gritar: "¡Es un s..." cuando desaparece. La razón de que desaparezca es que el *snarck* que ve es un bujum, la especie de *snarck* que hace desvanecer justamente esa especie de avistadores tan pronto los avistan. Otra historia que también recuerdo cuando, por esta razón o la otra, tengo en la imaginación la querrela y quebranto del alma y el cuerpo, es la del emperador chino que encomendó a un cortesano le trajera la camisa del hombre más feliz. Después de largos años, el cortesano volvió con las manos vacías: el hombre más feliz no tenía camisa. Esta historia se presta a más de una interpretación; pero la que me importa en esta conexión es la siguiente: que igual pudo decir el emperador: Anda a buscar el compás con que se trazan círculos cuadrados.

Una de las paradojas de la doctrina del alma y el cuerpo la plantea Agustín en sus *Confesiones* y se refiere a cómo puede ser que el alma, cosa tan distinta y diferente, mande al cuerpo, y sea de inmediato obedecida mientras que tantas veces el alma manda al alma, o sea, a sí misma, sin que asome una pizca de obediencia. Hay otra, como correlativa de la anterior y que es asunto de yo no sé si millones de páginas literarias: y se refiere a la tiranía del cuerpo sobre el alma o -diciendo lo mismo como si fuera otra cosa- al servilismo del alma ante el cuerpo. Todo lo cual, para seguir con historias, me recuerda ésa que vi en una caricatura: Dos árabes salen del cine; hay a la entrada el título de la película que vieron, *Triángulo*. "¿Cuál era el problema?" pregunta uno al otro.

Otro punto a observar en el texto que comentamos: Montaigne pone el énfasis sobre los movimientos y funciones de organismos que no dependen de nuestra voluntad. El texto que comentamos pertenece al mismo largo ensayo titulado *Apología de Raimond de Sebunde*, donde se explyaya nuestro autor en la comparación del hombre con los animales. Aquí había una relación que quedó sin atender. Porque hay tanta inteligencia que se despliega muy a la vista en la fisiología de nuestro organismo. No se necesita de la moderna investigación -que lo exhibe en los últimos detalles- para ver toda la grandiosa planificación que se muestra no sea más que en el tubo digestivo. Todo esta aplicación de los jugos secretados por glándulas, complicadas usinas de selección, reducción, asimilación, excreción, con los conductos innumerables de distribución, el drenaje, la absorción, la conducción, todo el detalle de la mantención, reparación, renovación de las arterias y venas, el cuidado de sus paredes, el barrido de los residuos, en fin, un complejo complejísimo de funciones coordinadas con tal inteligencia que nos quita la respiración de tanto asombro, es cosa que ocurre en nosotros sin que haya conciencia de ellas en la mente ni control en la voluntad.

Si es así -y está a la vista que es así- resulta que la misma naturaleza "sin inteligencia" que nos parece característica de la vida de las bestias reside también en nosotros. ¡Y en qué medida! Como si la naturaleza no diera un ápice de cuidado a los hombres mismos cuando se trata de las cosas más serias.

También, observar todo esto, que todo el organismo realiza sus inúmeras, complicadas y delicadas funciones como si razonara, siendo cosa evidente que no lo hace (que el estómago, por tomar un detalle, no hace silogismos), tendría que conducirnos a una razón y una inteligencia activa de la naturaleza. Y quitando a ésta la personificación mítica que consciente o inconscientemente le asignamos, a un respeto más cierto y más profundo por el mundo, por el universo, que hace cosas tan maravillosas y como si fuera a granel.

ENSAYOS, II, 12.

... Aceptados los fundamentos, resulta fácil erigir sobre ellos lo que nos plazca; porque de acuerdo a la ley y el orden de este comienzo, las partes restantes de la estructura se determinan fácilmente y sin falta... Quien sea creído en sus supuestos se transforma así en nuestro maestro y nuestro Dios; puede dar tal

amplitud y facilidad a sus principios que, si le place, con ellos puede encumbrarse a las nubes. En esta práctica de los asuntos científicos, tomamos como moneda segura el dicho de Protágoras, "que cada experto debe ser creído en su arte." El dialéctico remite el significado de las palabras al gramático; el retórico toma la forma de los argumentos del dialéctico; el poeta, sus medidas del músico; el geómetra, sus proporciones del aritmético; el metafísico toma como fundamento las conjeturas del físico. Toda ciencia presupone sus principios; de donde el juicio humano resulta del todo limitado...

... Si uno ataca donde se encuentra el error principal, le responden: "No hay disputa con personas que niegan los principios." Pero los hombres no pueden tener principios como no sean los revelados por la Divinidad. Del resto, comienzo, medio y fin, no son más que sueño y humo.

He aquí un texto para letras de bronce. Breve y exacto sobre un tema fundamental y que viene de muy atrás, desde los orígenes del discurso científico y hasta nuestros tiempos. Los sistemas, científicos o no, se construyen sobre principios. Los principios, o son propios o se traen de otra parte. Si se traen de otra parte, vamos allí a preguntar por ellos. Cuando ya no haya donde dónde ir, será allí donde tendrán que fundarlos. Pero, allí resultan mera hipótesis o, como dice más graciosamente Montaigne, sueño y humo.

Descartes, Pascal, Locke no nos enseñaron así de los primeros principios sino como verdades en sí mismas evidentes. Hasta Hegel, Fichte y Husserl trataron de proceder así. Para el enfoque escéptico del saber científico que aquí se formula, fue Hume quien contribuyó a su desarrollo exhaustivo. La concepción hipotético-deductiva del saber que asoma en nuestro texto sólo hacia mediados de la primera mitad de nuestro siglo se presentó con toda su fuerza y perfección.

ENSAYOS, II, 12.

... "Todo lo que es capaz de razonar", dice Zenón, "es mejor que lo que no lo es; no hay nada mejor que el mundo; por tanto, el mundo es capaz de razonar." Con esta misma figura de argumento, Cotta hizo del mundo un matemático. Y puede hacerse de él un organista o un músico de acuerdo a este otro argumento de Zenón: «El todo es más que la parte; somos capaces de sabiduría y somos parte del mundo; por tanto, el mundo es sabio." Hay infinitos ejemplos semejantes, no sólo de argumentos falsos en sí mismos, sino disparatados... Concluyamos

de aquí la opinión que tendremos del hombre, de su razón y sentido, cuando tales errores burdos y manifiestos se encuentran en personas que han elevado tanto el conocimiento humano.

Con el mundo, he leído y oído veces sin número emplear aquí y allá las premisas "no hay nada mejor que el mundo", "no hay nada peor", "no hay nada más indiferente". Leibniz relativizaba todo esto y decía "el mejor de los mundos posibles", que viene a implicar que si es muy malo, pudo ser peor. Ahora, "todo lo que es capaz de razonar es mejor que lo que no lo es" tendría que combinarse con "no hay nada peor que lo que es capaz de razonar", como lo dejan ver a gritos los abogados en los tribunales y los políticos en las asambleas. De los filósofos es común decir que nadie hay que sea más capaz de razonar que ellos y también que no hay nadie que sea más inútil.

¿Fue Horacio quien dijo que también suele dormirse el gran Homero? Damos por cosa segura que las cosas de los hombres grandes son grandes todas. ¿Cómo entonces no vamos a dar por seguro que los hechos de estado de un gran estadista son grandes hechos de estado? De una ingenuidad así podríamos librarnos preguntándonos si los hechos de un gran futbolista en la cancha de fútbol son todos grandes. Porque ni un bruto de esos que aullan y amenazan en los estadios concebiría una estupidez igual.

Igual de igual, nos parece increíble que un pensador pueda en ningún punto de su discurso entretenerse siquiera con disparates. Aunque, por otra parte, ¿qué hacen de más ordinario que reducir al disparate y al absurdo lo que pensaron otros? Leyéndolos, siguiéndolos en sus argumentos, el hombre ordinario se siente superior: Tanta estupidez -como esos fluidos magnéticos, esos espíritus animales, esa *vis impressa*, flogisto, éter, *elan vital*- no va a pasarle a él por la cabeza

ENSAYOS, II, 12.

... Aconsejé en Italia a una persona que deseaba hablar la lengua que, siquiera para hacerse entender, simplemente empleara la primera palabra que le viniera a la boca, fuera del latín, francés, español o gascón, y que agregando la terminación italiana no fallaría en dar con alguna expresión del país, toscana, piamontesa, romana, veneciana, napolitana. Digo otro tanto de la filosofía. Tiene tantas caras, tantas variedades y ha dicho tantas cosas que en ella se

encuentran todos nuestros sueños y fantasías. La imaginación humana no puede concebir nada que no se encuentre allí.

Nihil tam absurde dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum.
(Nada tan absurdo puede ser dicho, que no esté dicho por alguno de los filósofos).
(Cicerón)

Esta es una figura característica de Montaigne. Yendo por una ruta pedestre salta de pronto a una aún más pedestre. Hay un chiste de un chileno que, sin saber francés, aplica este método en un restaurante en París. En este caso, lo único que tiene que hacer es emplear las mismas palabras chilenas acentuándolas en la última sílaba.

"¡Mozó, un pocó más de vinó!"

Las cosas le resultan tan bien que al final se jacta con el mismo mozo.

"¡Eh, comó te pareció mi francés?"

"Si no fuera que le tocó un garçon chilien, monsieur, se muere de hambre."

Hay otro chiste que viene al caso. Un señor entra a una tienda de géneros:

"Un metro y medio de pzdmcrizdow"

"Perdón, un metro y medio de qué..."

"¡Pzdmcrizdow!"

Después de oír varias veces la demanda sin entender la jota, el dependiente pide el auxilio de un colega. Este pregunta:

"¿Decía el señor?"

"Un metro y medio de pzdmcrizdow".

"¡Qué lástima! Recién vendimos los últimos cinco metros".

Entonces el cliente, el otro pregunta:

"Pero, ¿qué quería?"

"¡Vaya! ¿Qué no oíste? ¡Pzdmcrizdow!"

Chiste que muchas veces recordé asistiendo a exámenes de filosofía y a discusiones de mis compañeros de estudio. Entre el examinador y el examinado había un diálogo que hubiera dejado sentados en las meras piedras a Panurgo y Pantagruel: Cuando uno preguntaba sobre el origen y naturaleza del pzdmcrizdow, el otro parecía un pzdmcrizdow muerto de miedo al comienzo, un pzdmcrizdow más sereno después y un pzdmcrizdow lleno de pzdmcrizdow al final.

En las fiestas de ingreso de los nuevos estudiantes se acostumbra hacerles bromas. Recuerdo un año en que me solicitaron la sala de clases. Un alumno de los últimos cursos se sentó en el pupitre y dictó una larga clase sobre "Equilibrio Inestable de la Autoconsciencia en la Antropología Existencial de X". La clase la preparó con una docena de libros de los que fue tomando líneas al azar. La ensalada resultó tan perfecta que hasta algunos alumnos de los cursos superiores la tomaron por genuina.

La cosa parece segura: Diga el disparate que se le ocurra; no va a faltar una academia de filosofía que le abra sus puertas.

ENSAYOS, II, 12.

... Nadie conoce la naturaleza del alma; si nace con nosotros o es infundida; si muere con nosotros o desciende a las sombras; o si los dioses las hacen transmigrar en otros animales. (Lucrecio)

Crates y Dicearco dicen que no hay alma en absoluto sino que el cuerpo se mueve por un movimiento natural; Platón dice que es una sustancia automoviente; Tales, una naturaleza sin reposo; Asclepiades, un ejercicio de los sentimientos; Hesíodo y Anaximandro, algo compuesto de tierra y agua; Parménides, de tierra y fuego; Empédocles, de sangre; Posidonius, Cleantos y Galeno que es calor o una complexión calórica; Hipócrates, un espíritu difuso en todo el cuerpo; Varro, aire recibido en la boca, calentado en los pulmones, humedecido en el corazón y expandido por todo el cuerpo; Zenón, la quinta esencia de los cuatro elementos; Heráclidos Ponticus, la luz; Xenócrates y los egipcios, un número moviente; los caldeos, una virtud de forma indeterminada, Aristóteles, una entelequia que mueve el cuerpo; Lactancio, Séneca y la mayoría de los dogmáticos, una cosa que no entendían...

... Ni hay menos controversia sobre dónde reside. Hipócrates y Hierófilo la ubican en el ventrículo del cerebro; Demócrito y Aristóteles a través de todo el cuerpo; Epicuro, en el estómago; los estoicos, sobre y dentro del corazón; Anaxítrato, en la membrana epicránea; Empédocles, en la sangre; Galeno dice que cada parte del cuerpo tiene su alma; Strato la sitúa entre las cejas...

He aquí un recurso reiterado en la retórica casi siempre excelente de Montaigne: la enumeración acumulativa, exhaustiva y disparatada; va ganándonos como por grados, encumbrándonos a medias, con la suscitación alternada del asombro, la incredulidad, la desesperación ¡y la risa al final!

En mi lectura de este filósofo no es poco el efecto de tal recurso que se mueve oscilante entre la enumeración y la demostración. Hasta podría decir que no estuviera escribiendo estas líneas si no fuera por este logro explosivo, hilarante, de persuasión. Hay escritores así. Renuevan, rehacen, refrescan nuestras convicciones simplemente detallando los absurdos que las contrastan y así confirman.

¿Y qué es la demostración ante la enumeración? Ya quisiera el que razona poder enumerar en lugar de demostrar. Se demuestra por eso justamente, por la incapacidad de enumerar.

Esta excelencia persuasiva la encuentro sobre todo en Edward Lear -ese expositor genial del sinsentido. Va escribiendo sus estrofas sin errar jamás el blanco. Una después de la otra y sin soltar jamás la regla. Uno termina por exclamar: "¡Basta, basta! ¡No siga que no puedo más! Nuestras cosas no tienen sentido y no queda qué discutir." Así me ocurre también con las enumeraciones largas y disparatadas que forma Montaigne espigando en sus lecturas. Y me vuelvo de un lado a otro en las cumbres a que nos trae la ciencia en estos años finales del siglo XX. ¿No vendrá alguien con un disparate nuevo? Pero, ¡si ya se dijeron todos bajo el sol!

ENSAYOS, II, 12.

Hay dos razones que hacen plausible esta opinión (sobre la inmortalidad del alma): la primera es que sin ella no habría en qué fundar las vanas esperanzas de gloria, consideración ésta de enorme reputación en el mundo; la otra una provechosa impresión, como dice Platón- que los vicios, aunque escapen

su desencubrimiento por la justicia humana, todavía están al alcance de la divina que los perseguirá aun después de la muerte del culpable...

... Pero es asombroso observar cuánto yerran los más firmes y constantes mantenedores de esta persuasión justa y clara de la inmortalidad del alma y cuan débiles son sus argumentos cuando tratan de establecerla por la razón humana. *Somnia sunt non docentis, sed optantis* (Son sueños, no del que enseña sino del que anhela.), dice uno de los antiguos (Cicerón). Por el cual testimonio sabe el hombre que debe esta verdad a la fortuna y el accidente; porque aun cuando viene a sus manos no tiene cómo sostenerla y mantenerla, sino que su razón no tiene empleo aquí. Todas las cosas que produce nuestro propio razonar y entender, sean verdaderas o falsas, están sujetas a incertidumbres y controversias. Fue para castigo de nuestro orgullo y para instrucción de nuestra miseria e incapacidad que trajo Dios la confusión y la perplejidad de la antigua Torre de Babel. Lo que sea que emprendamos sin Su asistencia, lo que sea que miremos sin la lámpara de su gracia no es más que necedad y vanidad; por nuestra debilidad corrompemos y rebajamos la esencia de la verdad, que es uniforme y constante, cuando la fortuna la pone en nuestras manos. El camino que sea que el hombre tome por sí mismo, Dios lo abandona a la misma confusión, cuya imagen nos muestra vivamente en el justo castigo con que aplastó la presunción de Nemrod frustrando el vano intento de su pirámide.

Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobado (Destruiré la sabiduría del sabio y aniquilaré el entendimiento del prudente). (Pablo, I Corintios, I - 19)

No encuentro que haya mucho que comentar de este texto, uno de los más explícitos de Montaigne en cuanto escéptico y fideísta. Pienso que la conmoción espiritual que podemos dar de fundamento al fideísmo, más que del análisis y el examen pirrónico conducido a su consumación, resulta de los logros de la ciencia y la técnica, como los que se alcanzan en nuestro siglo. Es cuando vemos que la ciencia se aproxima a un límite, que surge como de suyo y en un vacío de ansiedad ese terror de Pascal mirando los cielos estrellados. En tal límite tiene sentido el terror porque ya no contamos con medios razonables para sobrepasarlo. Y no veo cómo se puede configurar cosa alguna, objeto alguno determinado, frente a un estado de terror así suscitado.

Pero, sobre este pasaje, ¿qué decir? Montaigne con vigor y seguridad conduce a su lector hacia afuera de este parloteo absurdo sobre la naturaleza,

la inmortalidad, el domicilio y los andares ultraterrenos del alma; pero, después de toda esta reducción de todo al absurdo, la superstición, el mito, el sinsentido y la tontería ¡se queda con el alma! Como si esta noción, el alma, se salvara intocada a través de la pulverización de sus más esenciales atributos; como si la fe pudiera restablecer el alma en su *status* previo, sólo que no razonada sino sacramentada.

Sobre el caso de la inmortalidad del alma, fundamentada en la justicia ultraterrena dada su escasez mundana, parece que una solución así se hizo presente entre los judíos, si en alguna parte. Parece que Montaigne no lo sabe; porque si lo supiera, aquí es donde tendría que mostrarlo. Es la disputa entre saduces y fariseos. Aquí asociamos *Eclesiastés*, que combinando la idea de justicia de Dios con la otra de la caducidad de todo hace del mundo una prisión y un absurdo. Se sostiene que la inmortalidad del alma es la respuesta de los fariseos a *Eclesiastés*. ¡Y vaya una respuesta! Millones y millones de seres humanos que poblaron y pueblan el mundo no podrían vivir o haber vivido sin ella. Todos, los que cometen injusticias, primero, y los que padecen injusticia, después, cada quien con sus particulares razones, están muy interesados en que una doctrina así prevalezca. Y las razones son así: Que los que padecen injusticia, impotentes, están muy ansiosos que un juez poderoso la ejerza en un tribunal ultramundano; en tanto que los que cometen injusticia están muy interesados en que sus víctimas crean estas patrañas.

ENSAYOS, II, 12.

... Protágoras y Aristo no encontraban más sustancia en la justicia de las leyes que la opinión y autoridad del legislador... Trasimaco (en Platón) opina que no hay más ley que la conveniencia del más fuerte...

... Es creíble que haya leyes naturales, como vemos en los animales; pero en nosotros se perdieron. Esta delicada razón nuestra, insinuándose en todo para gobernar y dominar, trastoca y confunde las cosas de acuerdo a su propia inconsistencia y vanidad. Las cosas tienen diversos aspectos y reciben diversas consideraciones; de aquí principalmente resulta la diversidad de opiniones. Un pueblo toma un asunto en un aspecto y nada más; otro, en otro.

Nada puede imaginar de más horror un hombre que comerse a su padre; y sin embargo antiguas naciones que tenían esta costumbre la consideraban

testimonio de piedad y afección natural tratando así de dar a sus progenitores la sepultura más valiosa y honorable... Es fácil considerar cuan cruel y abominable parecería a hombres imbuidos de esta superstición lanzar los restos de sus padres como carne a las bestias, los gusanos y la putrefacción.

Licurgo consideraba en el robo la vivacidad, diligencia, arrojo y maña de hurtar algo a nuestros vecinos y la utilidad pública resultante del cuidado de todos por sus bienes. Creía que esta doble función de asaltar y defender era una ventaja para la disciplina militar de más consideración que el desorden y la injusticia de tomar bienes de otros.

Días atrás (25 de septiembre de 1995) leí en *Newsweek* un artículo sobre los sobrevivientes de los campos soviéticos de concentración. Se dice que entre 1928 y 1953, la época de Stalin, murieron allí entre 12 y 20 millones de personas, aisladas, torturadas, asesinadas. Ahora van de visita a esos lugares los sobrevivientes para encontrar que sus verdugos siguen trabajando en las cárceles como si nada, de carceleros como antes o en proyectos de reconstrucción. "Hay incluso los que no ven qué se les puede objetar. Hay uno que actuó por 20 años de fiscal y que envió miles a la muerte, al frío, o los trabajos forzados. Dice que su trabajo consistió "en rehabilitar las víctimas del estalinismo y no en perseguir activistas políticos". Podemos suponer sin riesgo qué significa aquí "rehabilitar" y qué "víctimas del estalinismo". El cuadro que forman allí víctimas y victimarios se presta para ilustrar por lo amplio este texto de Montaigne sobre las leyes. Había leyes en la Unión Soviética, ¿quién va a negarlo? Pero muchas de esas leyes fueron creadas por el poder para eliminar físicamente a los oponentes al régimen. ¡Qué digo! Bastaba con oponerse al régimen para transformarse *ipso facto* en reo de cárcel o de manicomio. Se puede decir -lo he leído más de una vez y me parece obvio- que Stalin sólo tenía en mente el peligro de Alemania y que de ello nacían todas las medidas que tomaba: para una guerra con Hitler. Así no hay problemas en la explicación de las leyes. Stalin tomaba un respecto para establecerlas. Hitler tenía los respetos suyos. En una república bananera, las leyes no pueden interferir con el negocio de las bananas; en una república colonialista tiene que haber leyes para explotar sin molestia las colonias. Y a propósito de Hitler, todos oyeron después de la derrota de Alemania, el clamor por las leyes: todos obedecían órdenes; y los que las impartían obedecían las leyes que ellos mismos establecieron. Como dice Montaigne, el legislador atiende al respecto que se aviene con su opinión, y -agregamos

nosotros- avalado por el poder, establece la ley. Los militares, a propósito de nuestra universidad, se interesaron en enfatizar ese aspecto de torre de marfil que tiene y en inhibir ese aspecto de interventora social que también tiene; y como ellos eran el poder, establecieron leyes para limpiar la universidad de la "gangrena marxista".

Pero, ya se vio: si los marxistas tienen el poder, hacen valer sus "respectos", ellos también. Que no se engañen pensando que nos engañan.

Otro punto importante de nuestro texto se refiere a esas leyes naturales que vemos en los animales, pero que "en nosotros se perdieron". ¿Por qué se perdieron? Rousseau dirá más adelante que por la civilización y que para recobrarla debemos volver a la naturaleza. También Montaigne admite que hay leyes mejores, más simples y más admirables en las comunidades primitivas. Pero, hablando de la ley, su explicación es coherente siempre que agreguemos el poder a la opinión. El poder representa el elemento obvio, tangible; no ya la opinión, es decir, el énfasis que se pone en un aspecto de las cosas para establecer la ley.

Montaigne muestra que puede, pero también muestra que no quiere, ir al fondo de la materia. Se contenta con exhibir el relativismo de las leyes por el relativismo de las opiniones que en último término va a fundarse en la variedad de aspectos que hay en las cosas.

¿Comerse a su padre? ¿No se come el cuerpo de Jesús todos los domingos en todas las misas? Los psicólogos han aventurado mitos sobre el padre ancestral al que matan y comen los hijos ancestrales. Los antropólogos razonan sobre la antropofagia en términos de economía y demografía. Es un hecho, cuando el alimento es escaso nos comemos unos a otros. De estas cosas tendrían que nacer leyes.

Dejaban, los espartanos, que los niños robaran lo que les pareciera... si podían. Así, dice Montaigne, los preparaba Licurgo para asaltar y defender, que son las partes de la guerra. Pero, la guerra, ¿para qué es sino para el pillaje de uno sobre el otro?

Todo esto, claro está, no representa novedad para nadie. A mí, este pasaje me hace impresión por lo que pone a la vista sobre su autor: la abertura, la amplitud, la lucidez, la tolerancia y el humor. No sé cuántos de los que reciben noticias sobre esas naciones en que los hijos comían el cadáver de sus padres irán más allá, sin náusea, de la sola información. De los que van más allá supongo que todos lo harán gritando airados, espada en mano para exterminar a estos criminales sin nombre y sin perdón. No Montaigne, él

no. Colocarse en el punto de vista de los otros cuando estos niegan y pisotean y escupen sobre nuestro *sancta sanctorum* no parece operación posible. Para Montaigne, en cambio, nada más natural. Incluso se oferta en defensor:

Antiguas naciones que tenían esta costumbre la consideraban testimonio de piedad y afección natural tratando así de dar a sus progenitores la sepultura más valiosa y honorable...

¡He aquí un respecto! ¿Y no viene a cosa grande y hasta sublime, ahora que nos hacen ver? Si tales sentimientos de piedad prosperaran desde esos tiempos remotos, no creo que nos sea dable imaginar dónde estaríamos. Pero parece seguro que no habría cementerios ni más allá.

ENSAYOS, II, 12.

... Porque el remo parece quebrado en el agua y el vino amargo en la fiebre; y de otras apariencias así de contrarias arguyeron que los objetos tienen en sí mismos las causas de estas apariencias; que había amargo en el vino en simpatía con el hombre enfermo y torcido en el remo en simpatía con quien lo mira en el agua.

Esta opinión trajo a mi mente esa experiencia que tenemos: de que no hay sentido ni aspecto de nada -sea dulce o amargo, derecho o torcido- que el ingenio humano no encuentre en los escritos que rumia. En los discursos más simples, puros y perfectos ¿cuántas mentiras y falsedades no se han sugerido?... Un señor de rango que andaba metido hasta las orejas en la búsqueda de la piedra filosofal me hacía ver días atrás cinco o seis pasajes de la Biblia en que se fundaba, más que nada porque siendo sacerdote debía poner a recaudo su conciencia. Y, la verdad, el artilugio no sólo entretenía sino que se acomodaba muy bien a la defensa de esta ciencia sutil.

Si alguien dijera: "Padre nuestro, que estás en los Cielos" y pidiéndole yo aclararme lo que dice -que para mí no es pero ni por asomos claro, ni por asomos significativo, aunque estoy seguro que para Montaigne sería un ejemplo excelente de "discurso simple, puro y perfecto"- no sé si soy capaz de detallar la cantidad de respuestas que me podrían dar, desde las más oscuras hasta las más dispares, desde las más ingeniosas hasta las más rústicas,

desde las más poéticas hasta las más prosaicas. Sin casi mediar reflexión ninguna podría moverse entre el misterio, el sinsentido, el insulto y la herejía. ¿Querrá afirmar, por ejemplo, que estas sentencias -porque a simple vista son muchas- suenan lo mismo y significan lo mismo sea que las diga él, el director del Santo Oficio o el asno que hizo sonar la flauta? ¿Qué vamos a tener por significado de la palabra "estás" diciendo del Padre Nuestro que está en los Cielos? El mismo Montaigne se aplica a descorazonarnos de entender de Dios con analogías, diciendo que quiere, piensa, desea, detesta, desprecia o diciendo que fabrica, edifica, desmantela, desarma, dispersa, destruye, diciendo en fin mil cosas como éstas en analogía con nuestras facultades, pasiones y acciones. No vamos a pretender que el Padre Nuestro (¡y cuánto pretendemos diciéndole "padre" y haciéndolo nuestro!) está en los Cielos como un rey en el hall de su palacio. No, no vamos a imaginar un disparate así. Sin embargo, es el que todos imaginamos puntualmente. Y sobre el cómo de este estar y el porqué, ¡cuánta ocurrencia podemos excogitar! Que contempla, que reposa, que vigila, que disfruta, que está allí para no perder detalle del universo, que está allí porque no hay sitio más alto, porque todo mire hacia arriba adorándolo, porque todo converja en él como el sentido último de todo.

Pero esto lo digo de rústico que soy. ¡Cuántos más finos y divertidos significados encontrarán o infundirán en este "estar" las personas sutiles! Y todos tendrán que entrar en nuestros diccionarios. Y así como con esta palabra con miles de otras que empleamos, sea que hablemos de las cosas divinas o de las humanas.

¿Qué significa "átomo"? ¡Cuidado! No sé si me atrevería a emplear la palabra si estuviera entre científicos. Pero, para todos nosotros, científicos o no, mejor callarse la boca ante abogados.

En fin, que todo esto ilustra sobre lo que nos dice Montaigne acerca de lo que puede encontrarse rumiando discursos que nos parecen simples e inocentes.

Hegel dice que la palabra "ser", significando todas las cosas que hay, es tan vacía de significado que lo mismo da decir "nada". De modo que le parece que expresiones tan opuestas como "ser" y "nada" vienen a identificarse de opuestas y vacías que son. Pero, unidas, ¿qué significan sino el devenir y el cambio de todo, que apenas es cuando deja de ser? Esta identidad de las cosas más opuestas no parece tan artificiosa cuando uno considera que abunda e impera. Como cuando se dice "justicia" de las cosas más injustas, como es exterminar seres humanos por millones. Yendo como

volando y descendiendo por el mundo, ¡qué de cosas injustas! ¡Y cuán justas todas! Basta preguntarles primero a los que las padecieron y, después, a los que las obraron. O considérese la palabra "democracia". ¡Cuántas cosas contrarias puede descubrir en ella el que la rumia, siendo así que no hay estado en el mundo que no se proclame democrático, con cárceles democráticas, explotadores democráticos, comisarios y torturadores democráticos!

ENSAYOS, II, 12.

... En cuanto concierne al error e incerteza de la operación de los sentidos, cada cual puede procurarse tantos ejemplos como quiera, tan corrientes son las faltas y engaños en que nos hacen caer. En el eco del valle, el sonido de la trompeta se oye frente a nosotros, cuando lo cierto es que sale de detrás; una bala de mosquete bajo las yemas de nuestros dedos cruzados nos parece ser dos. Con frecuencia, los sentidos son maestros de la razón y la obligan a recibir impresiones que ella juzga y conoce ser falsas...

Hay personas de complexión tal que ciertos sonidos las tornan furiosas... Lo que vemos y oímos agitados por la pasión, ni lo oímos ni vemos como es...

Quienes comparan la vida con un sueño acaso están más en lo cierto de lo que piensan... Siendo así que nuestra razón y nuestra alma al recibir las imágenes y opiniones que nos vienen soñando autorizan las acciones ejecutadas en nuestros sueños de igual modo que lo hacen en la vigilia. ¿Cómo no dudar si nuestro pensamiento y nuestra acción no es otra especie de sueño y nuestra vigilia otra especie de dormir?

Pongo el dedo del centro sobre el índice y con las yemas de ambos así pareadas presiono una bolita de cristal sobre una superficie. ¿Qué siento? Que estoy haciendo girar dos bolitas. Es una experiencia con la que entretenemos a los pequeños. Montaigne dice que "los sentidos son maestros de la razón y la obligan a recibir impresiones que ella juzga y reconoce ser falsas". ¿Vale esto de la experiencia con la bolita de cristal? No tenemos dudas: tocamos dos bolitas. No tenemos dudas: vemos una bolita.

El tacto y la visión se contradicen.

¿Cómo hacemos para resolver la contradicción? Razonamos: De las dos experiencias incompatibles vale la que es compatible con las experiencias

restantes. En este caso, la instancia última son los sentidos, no la razón.

¿Y si la razón juzga que, compatibles entre sí, igual pueden ser falsas las experiencias sensoriales? Porque hay un argumento famosísimo y antiquísimo: cuando soñamos suele ser todo igual de coherente que en la vigilia. Pagamos en sueño con dinero soñado por un pan soñado que comemos soñando. Nos enojamos en sueño con enojo tan de buenos quilates que hasta nos preguntan después quienes nos contemplaron mientras dormíamos: "¿Qué soñaste que te veías tan enojado?" Platón dice que no podríamos responder con certidumbre a quien se aferrara a la opinión de que todo no es más que un sueño suyo; y Descartes, por más que se esfuerza en lograrlo no nos convence. Ni siquiera Berkeley lo logra. Todos conocen las perplejidades que le inventan a ese Segismundo, de Calderón, y que lo llevan a la conclusión de que está soñando. Y de perplejidades, ¿quién no se encontró más de una vez en tal ansiedad que pensó que estaba soñando?

Ya sé: hay filósofos que piensan que las cosas tienen que andar muy mal cuando llegamos a estas suposiciones. Pero, cuando debemos dar por hecho que un hombre solo es responsable de que se incineren diez millones de seres humanos simplemente porque en su opinión son seres inferiores y se combinan con él millones de otros para asistirlo en el apresamiento, en el transporte, en la concentración y la maquinaria de gasificación y cremación desplegando en ello toda su inteligencia, su ingenio técnico, su energía, la verdad es que no queda más que darles razón a esos filósofos para que ellos nos la devuelvan aceptando que tan mal están las cosas que mejor empaquetarlas todas de una vez y despacharlas al infierno con la etiqueta: Pesadilla.

ENSAYOS, II, 12.

... Sobre el mismo fundamento que Heráclito tomó para su sentencia que "todas las cosas tienen en ellas las formas que en ellas discernimos." Demócrito concluyó que "las cosas no tienen nada en ellas de lo que en ellas encontramos"; si la miel es dulce para uno y amarga para otro es porque ni es amarga ni dulce. Los pirronianos dirían que no saben si es dulce o amarga, o ni lo uno ni lo otro, ni ninguno; porque ellos siempre están a la cabeza de la duda...

El que me obligue a contradecir los sentidos me tiene por el cuello; no puedo retroceder de allí; los sentidos son el comienzo y el fin del conocimiento humano...

Atribúyaseles lo menos que se pueda, pero todavía debemos garantizar esto: que es por su mediación que obtenemos toda nuestra instrucción.

Por Heráclito y Demócrito a la vez, podría hablar Tiziano. Porque, ¿quién no ve cómo palpita la carne y cómo se agita el cabello de sus Venus y Magdalenas? Pero, ¿quién no ve también que todo no consiste en más que un lienzo embadurnado? La luz, la atmósfera, la perspectiva, el volumen y hasta el movimiento se los daban a manos llenas, como pura sensorialidad, pura ilusión y subjetividad, los artistas a los filósofos en esa época del renacimiento. Lo publicaban los poetas, con "el blanco y carmín de doña Elvira", donde es tanta la verdad de su mentira que en vano a competir con ella aspira belleza igual en rostro verdadero.

Pero ni el mismo "rostro verdadero" escapa al escepticismo, puesto que vemos que lo mismo que se dice de doña Elvira se puede decir de doña Naturaleza, porque ese cielo azul que todos vemos ni es cielo, ni es azul...

Debemos concluir, por los impactos sobre su época y posteridad, que nadie trató el tema del conocimiento, sus fuentes, sus límites, su naturaleza, como lo logró Montaigne: con lenguaje mundano, con estilo simple, con gracia y mucha amplitud y penetración. No dejó tema por exponer; y no hay pensador de los que vienen después que pueda pretender desconocerlo. Al contrario, cada uno se ve como ensayando una interpretación a partir de esta partitura en que consiste casi enteramente la célebre *Apología de Raimond de Sebunde* (de donde venimos, hace rato ya, extrayendo textos para este comentario).

ENSAYOS, II, 12.

... ¿Es posible que Homero se pueda acomodar para decir todo lo que se le hace decir, y que haya inventado tantas cosas que los teólogos, juristas, militares, filósofos y toda clase de hombres que traten de las ciencias tengan que citarlo y apoyar sus argumentos en su autoridad como maestro soberano de todos los oficios, trabajos y artes, consejero general de todas las empresas?... Personas inteligentes encuentran en Homero apoyo para nuestra religión y consideran que fue puesto allí con propósito... Pero, lo encontrado allí en apoyo de nuestra religión, otros, en el pasado, lo tomaron en favor de la suya...

Algo que se puede decir igual de los Ensayos de Montaigne, porque unos toman de lo que escribe sobre Séneca, otros de lo que dice de Pirrón, otros de lo que escribe sobre los animales, sobre los pueblos primitivos, la ley, las costumbres, la ciencia, la educación, la razón y muchos temas más. Y de todos ellos pueden comentar lo que les acomoda personas de los más opuestos juicios. Y siendo Montaigne quien es, en prestigio ante su posteridad, en equilibrio ante tantos asuntos y en variedad de materias, tenemos en él la misma situación que él denuncia en Homero.

¿Y qué decir de un libro como la *Biblia*? Del mismo hicieron un modelo religiones que lucharon guerras encarnizadas: los católicos, los protestantes, los islamitas. Con el mismo libro los protestantes disparaban sobre los católicos y éstos se escudaban de los protestantes. Con la misma carta de Pablo, Lutero mostraba que León X era un cerdo y León X que Lutero era un asno. Sería una delicia, si no fuera primero otra cosa, examinar cómo una iglesia -cualquiera iglesia, sea romana, reformada o marxista- cambia de política según los vientos sin cambiar de libro.

Sí, es que en Homero hay para todos; eso es lo que ocurre. Y en la *Biblia* y el *Evangelio* hay para todos. Y sobra.

ENSAYOS, II, 17.

... la sola cosa por la que me estimo en algo es una de la que nunca nadie se consideró en desventaja. Es estima corriente y común. Porque, ¿hubo quien se considerara carente de sentido?... ¿Hubo jamás portero ni tontuela que no se estimara con sentido suficiente para entender de sus asuntos? No hay dificultad en reconocer en otros ventaja en valor, fuerza, experiencia, diligencia y belleza; pero, ventaja en juicio no reconocemos a nadie...

Es común oír que la más justa porción que la naturaleza nos ha dado de sus favores es la del sentido; porque no hay uno que no esté contento con su parte...

Aquí está el principio con que Descartes va a iniciar su Discurso *del Método*: el buen sentido es la cosa mejor distribuida del mundo. Y aquí está también la misma prueba que da Descartes y que Montaigne parece haber escuchado al portero: que no hay quien no esté contento con su parte. Desde Descartes, hablamos de *bon sens*. Los ingleses dicen *common sense* y nosotros "sentido común".

El "sentido común" en Montaigne parece más bien "sentido de racionalidad". Si se echa a correr dinero en cobre, todos van a comprar con él el que circula en plata. Si estalla o amenaza un conflicto armado, todos van a correr a llenar sus despensas. En primer lugar, lo harán la tontuela y el portero de que nos habla Montaigne. Se dirá que esto es egoísmo antipatriótico, pero no falta de sentido común.

Dice Montaigne:

... las razones que resultan del simple discurso natural en los demás, las habiéramos encontrado por nuestra cuenta si nos hubiéramos dado a pensar en esa dirección.

El "discurso natural" de Montaigne va a explicitarlo Descartes mediante reglas en su *Discurso del Método* y nos va a brindar la más grandiosa aplicación que conocemos en sus *Meditaciones Metafísicas*. Si las leyera ese portero de Montaigne, tendría acaso esa impresión: que él pudo producir un discurso así, con sólo aplicarse un poco.

"Buen sentido" podría entenderse por "buena orientación". La de la brújula es siempre buena. Pero, hubo un tiempo en que no teníamos brújula. Todos están contentos con la brújula que les tocó. Si les tocó una.

ENSAYOS, II, 20.

El que en sus investigaciones ahonda en busca de todas las circunstancias y consecuencias difiere su elección. Una máquina mediana sirve igual para desplazar pesos pequeños o grandes. Los mejores empresarios son los peores en explicar por qué lo son; los habladores, en cambio, casi nunca logran nada.

Este texto se encuentra hacia el final del ensayo que Montaigne titula *Nous ne goustons rien de pur*, que en la versión francesa que empleo (V. Leclerc, Berlín, 1860) apenas ocupa tres páginas. Al comienzo de este ensayo, dice Montaigne que "nuestra débil condición impide que podamos hacer empleo de las cosas en su pureza y simplicidad naturales". Ni podemos ejercer la virtud pura ni disfrutar del puro placer. Los bienes y placeres sin excepción nos vienen con una mezcla de mal e inconveniencia.

La voluptuosidad extrema tiene algo de gimiente y de queja. ¿No se dice que uno muere de angustia? Más aún, cuando la pintamos en toda su excelencia, le agregamos epítetos y cualidades morbosas y dolorosas: languidez, flojedad, desmayo, decaimiento, *morbidezza*, testimonios todas ellas de consanguineidad y consubstancialidad. La alegría más profunda tiene en sí más severidad que alborozo.

Montaigne cita aquí un verso griego: los dioses nos venden los bienes, no los recibimos "puros y perfectos, sino al precio de algún mal". Al revés, también hay complacencia en la melancolía y el recuerdo del amigo perdido es como el amargor del vino viejo.

En este brevísimo ensayo vamos sin ningún trámite a las altas cátedras de la naturaleza:

... los pintores sostienen que los mismos movimientos y pliegues del rostro que sirven para reír, sirven también para llorar; y en verdad, antes de que lo uno o lo otro haya terminado por expresarse, obsérvese la operación del pintor y se estará en duda sobre qué se propone; y la extremidad de la risa se mezcla con las lágrimas.

De aquí resultan uno no sabe cuantas lecciones sobre la contrariedad, la especificación, la ambigüedad, que se pueden razonar con buen fundamento puesto que se trata de experiencias que todos tenemos con frecuencia, que podemos observar en numerosas aplicaciones: ese extremo en que tantas veces se encuentra el ánimo como ante una encrucijada y que no sabemos de cierto por donde irá, tan probable es lo uno como lo otro y en tan real predicamento. El famoso *to be or not to be*, de Hamlet, resulta aquí demasiado abstracto como fórmula general. Mejor sería: "así o asá".

A la experiencia del pintor que sabe percibir el punto de ambigüedad, agrega Montaigne la experiencia espiritual en el trance del placer sexual completo cuando todo el organismo amenaza ahogarnos en voluptuosidad. Montaigne considera que el hombre es incapaz de soportar un estado así en plenitud.

En verdad, huye de allí; de modo natural, se esfuerza por escapar, como de una situación en que no puede estar firme y donde teme hundirse.

Y cuando se considera a sí mismo en lo que de más virtuoso pueda tener, Montaigne nos confiesa que aún en ello encuentra algo de vicio. Tal experiencia mental la supone en el mismo Platón, el filósofo divino:

... en su más pura virtud, poniendo su oreja muy junto a sí (algo que hizo, sin duda) escucharía algún chirrido de mixtura humana, pero en sordina y sólo para él.

Y agrega:

... El hombre, entero y del todo, no es más que un payaso hecho con partes parchadas.

Y agrega más todavía:

... Ni siquiera las leyes pueden subsistir sin algo de injusticia.

Siendo las cosas así, no pudiendo hacer ni pudiendo tampoco tolerar la experiencia de nada en su pureza, parece un contrasentido la vocación de algo así. Surge, entonces, el requerimiento práctico de adormecer, drogar la razón, tan sutil y curiosa, con alguna dosis de estupidez. Un cierto paternalismo, un cierto conformismo y realismo que recuerda ese pasaje de *Eclesiastés*, sombrío y amargo como el que más:

No seas pues demasiado justo ni sabio con exceso. ¿Por qué destruirte? No hagas mal mucho ni seas insensato. ¿Por qué morir antes de tiempo?

Por tales escarpaduras se arriesga también Montaigne:

... para los usos de la vida y los asuntos públicos podría haber excesos en la pureza y perspicacia de nuestra mente; su luz penetrante tiene demasiado de sutileza y curiosidad. Debemos entorpecerla y embotarla un poco para tornarla más obediente al ejemplo y a la práctica; y velarla y oscurecerla un poco, para proporcionarla mejor a la vida oscura y terrena.

Es en el párrafo anterior a éste donde Montaigne se refiere a los "chirridos de mixtura humana" en los oídos del divino Platón. En éste, el tema se torna

más grave y más amplio. A la verdad, nuestros deberes con la vida y la sociedad nos llevan al repudio de lo que Platón sugiere con su alegoría de la caverna. Los hombres están bien allí, ante el espectáculo de las sombras, con su poquín de estupidez y confusión. ¿Sacarlos fuera, a la plena luz? No, no estamos formados para cosas plenas.

Aquí vendrán los pensadores de la existencia, el humanismo, el maquiavelismo, la duda y la desesperación a escudriñar y cosechar. Hay para todos.

Hay para los comisarios políticos también:

... los espíritus comunes y menos especulativos son los que mejor se prestan y mejores resultados tienen en el manejo de los negocios; en tanto que las exquisitas opiniones de la filosofía no son apropiadas... Debemos manejar los asuntos humanos de forma más superficial, más ruda, y dejar la parte mayor a la fortuna.

Uno piensa en esos dos personajes, Hamlet y Fortimbrás, enfrentados en la famosa tragedia. ¡Cómo habla Hamlet, no deja de hablar! El rudo Fortimbrás se está muy callado; pero conquista reinos.

No podía menos que estar de acuerdo Montaigne con este orador, Calicles, que interviene en un diálogo platónico: la filosofía está muy bien; pero para muchachos, y en dosis moderadas.

También, y a propósito, podemos salir a la calle y conversar con el que trae el correo o limpia las alcantarillas. Uno escucha su sabiduría: "Como dijo la mujer del panadero: Ni tan adentro que se queme, ni tan afuera que se quede crudo".

Sin hablar de esa fábula, en que tanto se dijo de una vez y al alcance de los niños: aquella de los conejos perseguidos por unos perros que el conejo número uno, académico, alegaba que eran podencos, y el número dos, tomista, suponía galgos. No pararon de disputar ni cuando estaban en el estómago de los antedichos, que no eran ni galgos ni podencos.

ENSAYOS, II, 23.

Licurgo, el más virtuoso y perfecto legislador inventó la injusta práctica de forzar a los ilotas a beber con el solo fin de que los espartanos, viendo el

espectáculo, repudiaran el vino. Y aún peores fueron aquellos antiguos que permitían que los condenados a muerte fueran destripados vivos para que los médicos estudiaran sus partes interiores fundando su arte con mayor certeza...

Esto proviene del ensayo titulado "De los medios malos empleados para un buen fin". Montaigne aplica la antigua analogía "cuerpo humano-cuerpo social". Así como nos aplicamos purgas y sangrías, así la sociedad se aplica a remover su exceso de población sea con las guerras de conquista, la colonización, el estado de guerra permanente. Los fines son buenos, los medios son malos. Pero, ¿qué podemos hacer si no los aplicamos? Montaigne no tiene otro tratamiento que ofrecernos. No iba a considerar el canibalismo de las sociedades primitivas. Ni el infanticidio, la eliminación de las hijas en especial, como todavía se practica en China. Tampoco iba a soñar en el genocidio, como se practica en nuestro tiempo. Como lo practicaron los soviéticos, el Khmer Rouge en Cambodia, los Hutus en Rwanda, los ingleses en Africa y Sudamérica. (A propósito, leí una vez, en la portada de un *New Statesman* una frase de W. Churchill acerca de todo el ruido que se hacía con la aplicación de gases a pueblos que no cuentan para nada. Data del 8 de Febrero de 1986 este número de la dicha revista y las palabras de Churchill son: *I do not understand this squeamishness about the use of gas. I am strongly in favor of using gas against uncivilised tribes...*) (No entiendo estos escrúpulos sobre el uso del gas -letal-. Yo estoy firmemente a favor del uso de gas contra tribus salvajes...).

Estos son también bordes peligrosos para un humanista. En el caso de los ilotas de Esparta (como en el de los juliganes, gitanos, antisociales de ahora) no va a faltar quien diga: "Pero... ¡si son ilotas!" y en el de esos condenados a muerte tampoco: "Criminales y todo, los honramos estudiando sus entrañas como si fueran las nuestras". Siendo los seres racionales y a la vez imbéciles que somos, ¿cómo van a faltarnos imbéciles razones? Los chinos también están haciendo cosas racionales cuando venden en los países ricos los órganos frescos de sus presos políticos recién fusilados. Uno los oye argumentar: "Los órganos de los cerdos antirrevolucionarios se injertan en los cerdos reaccionarios". También, los pudientes compradores de riñones de los campesinos hindúes (parece que este mercado es mayor que el chino) harán sus silogismos: "Nada de lo que es humano me es extraño, aunque sea el riñón de un paria".

ENSAYOS, II, 27.

La venganza no es tal cuando su destinatario carece de medios para sufrirla. Porque el vengador busca el placer de su venganza, busca que el sujeto en que se venga sea espectador también, y sufra y se arrepienta. "¡Se arrepentirá!" decimos después de dispararle en la cabeza. ¿Será así? Al contrario, si observamos, veremos que nos hace morisquetas al caer y está tan lejos de la penitencia que ni se lamenta. Le hemos hecho el más gentil servicio de la vida: matarlo insensiblemente y sin demora.

Quien ha simpatizado y sufrido largo con Montaigne -siquiera en esta forma vicaria de su lectura, su propia imaginación y su personal miseria-siente que convergen aquí muchos senderos de sus meditaciones y confesiones. Como en la hermosa París cuando cruzamos una plaza o un puente desde donde se percibe en perspectiva toda la ciudad. Así percibimos leyendo este pasaje lo que bien puede llamarse "Filosofía de la Grandiosa Insignificancia Humana". Qué lejanos se han tornado los ruidos de la retórica religiosa moralizante, de las armonías especulativas preestablecidas. Montaigne está hablándonos de la venganza y, como de paso, da un golpe inesperado: "A mí, el que me despacha de un balazo me hace el favor más cumplido y gentil: me saca de la circulación en un mercado atrabiliario y sanguinario, batiburrillo de ostentación y vanidad, sinsentido y ruindad, avidez y temor permanente de la muerte y el dolor. Me saca indoloro, presto y sin dilación. ¡Alivio y favor infinitos!"

ENSAYOS, II, 28.

El más largo de mis proyectos no excede de un año; no pienso ahora en más que liberarme de nuevas empresas y esperanzas. De cada lugar del que parto es para siempre; cada día me deshago de lo que poseo. Es el solo consuelo de mi vejez: subyugar los deseos y cuidados que perturbaron mi vida: el cuidado de cómo va el mundo, de la riqueza, la pompa, el conocimiento, la salud, mi propio ser. Hay hombres que están aprendiendo a hablar en tiempo en que debieran aprender a callar para siempre...

... Si hay que estudiar, que sea lo que se avenga con nuestra condición

presente; de modo que podamos responder como ése al que preguntaron con qué fin estudiaba en su edad decrepita: "Para irme mejor y más tranquilo".

Probablemente, cuando Montaigne redactaba estas líneas no había cumplido los 47 años. ¡Y ya corría, martillo en mano juntando las tablas de su ataúd! Miro en enciclopedias. Por ese tiempo, los hombres de sus condiciones morían pasados los 60 años. ¿Por qué, pues, tanta urgencia? ¿Sería un hombre enfermo, de temperamento marcado por la muerte? El afirma lo contrario.

Miro dos reproducciones de retratos suyos. ¿Es de persona enfermiza esa mirada? Yo diría que sí. Mirada de padecimiento físico; de miedo, también, y flojedad.

No tiene profundidades de visionario el escritor Montaigne; tampoco las tiene su figura en los cuadros que veo. Como nos dice él mismo: un hombre como otro cualquiera. Noto perspicacia, picardía, pero sobre todo humildad en ese rostro. ¿Cómo se torna uno en aspirante de su escuela contemplándolo! Pero, ¿si no es más que el simple y pobre hombre que es uno mismo! ¿Cómo puede desarrollarse tanta grandeza de esa simplicidad? He seguido, viejo ya, línea a línea sus escritos. Asombrado y sofocado, y asombrado de nuevo -después de recorrer y recorrer por mi cuenta tanto laberinto de naderías, de suspirar y encanecer rodeado de tanta estulticia-me encuentro recién llegado al taller ante sus páginas. Las leo sin faltar una; y sin faltar una las releo y vuelvo a releer.

Pero no conocía un retrato del hombre.

Recuerdo que después de estudiar con aplicación a Francis H. Bradley, incluso, después de traducir su *Appearance and Reality*, no había encontrado un retrato suyo. Cuando lo vi por fin, ¡era el gran metafísico sin nada que agregarle ni quitarle! Era el hombre que tenía que ser. Así me ocurrió también viendo las reproducciones de estos retratos de Montaigne después de haber estudiado sus escritos. En esas imágenes está lo mismo que me dice con su graciosa retórica y sus variados discursos: que la humildad puede ascender a la sabiduría porque la sabiduría no tiene más sustancia que la humildad.

Vuelvo a mi extrañeza de encontrar en este pasaje a un Montaigne de no más de 47 años preocupado de disponer sobre su muerte. El ensayo en que se encuentra es brevísimo, dos páginas, y lleva un título tomado de *Eclesiastés*: *Toutes choses ont leur saison* (Todas las cosas tienen su tiempo). Y lo que pienso es que nos encontramos aquí con nuestro sabio haciendo cosas en la estación

que no corresponde. Lo que vale en muchos lugares, muchos tiempos y con muchas personas, aunque sea en ánimo contrario. Viejas y viejos se aplican con mucho celo y presupuesto a reedificarse: se quitan las arrugas recogiendo la piel por atrás de las orejas. Los espectáculos de cine, teatro, televisión abundan en esperpentos emplastados y cosidos que hace mucho tiempo debieron estar muertos.

El Estado tambalea en manos que no sujetan un lápiz o que todavía no aprendieron a anudarse los cordones.

ENSAYOS, II, 30.

... para ligar las cosas venideras y aun nuestras voluntades a una necesidad cierta e inevitable, todavía se hace este viejo argumento. "Puesto que Dios ve de antemano que de tal modo ocurrirán las cosas, se sigue necesariamente que así ocurrirán". A lo cual nuestros maestros responden: "Ver que algo ocurre, como nosotros vemos y como Dios mismo ve (porque siendo todo presente para El, más bien ve que prevé) no es compeler o forzar lo que ocurre: vemos porque el hecho ocurre, pero el hecho no ocurre porque vemos; los hechos causan el conocimiento; pero el conocimiento no causa los hechos. Lo que vemos suceder, sucede; pero pudo suceder de otra manera; y Dios, en el catálogo de las causas de los hechos que tiene en su presencia, tiene también aquéllos que llamamos accidentales y voluntarios, que dependen de la libertad. Nos dio el libre albedrío y sabe que obramos impropriamente porque así lo hemos querido".

Viejo, viejísimo asunto. En esta época de tanto descubrimiento y saber, se dirá: más que viejo, descompuesto y retornado al polvo de las vanidades. El mismo Montaigne nos hace ver que estas analogías de Dios con el hombre -que Dios tiene facultades anímicas, que ejecuta operaciones y padece trastornos del espíritu como nosotros- son pura presunción y disparate.

El viejo problema del que se trata aquí está fundado y hecho con los más empinados y fabulosos supuestos. Primero: la presunción que requiere meramente formarse una imagen de Dios. Segundo, la presunción (que saca de las casillas a Montaigne y, andando muy juntito tras él, a mí también) que requiere pretender que Dios ve las cosas tal como nosotros, digamos, desde una colina vemos un hato de vacas, y que para él unas siguen a otras tal como los terneros a las vacas. Tercero, la presunción también de pretender

que Dios no sólo percibe, piensa y concibe como nosotros sino que se ve forzado a hacerlo en formas o categorías como las de azar y necesidad, esencia y accidente, determinismo y libertad.

Todo esto, el mismo Montaigne nos lo enseña; y con tal persuasión que, oyendo hablar "de las cosas de Dios" a tanta gente que parece venir de vuelta de las alturas, que recibe título y hasta sueldo para hacerlo, es tal la presión que sentimos en el cerebro y tal el extremo en que nos vemos, que, como en esas experiencias de ambigüedades de que habló más atrás, dos cosas contrarias pueden ocurrir: que nos echemos al suelo a llorar de desesperación o a revolcarnos de risa.

ENSAYOS, II, 32.

... Cada uno considera que la estampa soberana de la naturaleza humana es impresa en él y que de ella todos los demás deben hacer su regla; y que cuanto se emprenda y no se le asemeje es fingido y falso. ¡Qué burda estupidez!...

Por mi parte, considero algunos hombres muy por encima de mí, especialmente entre los antiguos...

Quizás debí citar también todo el encabezamiento del párrafo en que viene el texto y que dice así:

No hay que juzgar de lo imposible y lo posible, según lo que en nuestro juicio es creíble o increíble. Sin embargo, siendo una gran falta, la mayoría de los hombres la cometen, pretendiendo que es difícil creer en otros lo que no sabrían o no querían hacer.

Esto se dice a propósito de un célebre jurisconsulto de su tiempo, Jean Bodin, "que acusa a Plutarco no sólo de ignorancia (de lo que no tendría qué decir, dada la mía) sino de escribir a menudo 'de cosas increíbles y enteramente fabulosas'"

La famosa sentencia "nada de lo que es humano me es extraño" se puede transformar en "todo lo que me sea extraño no es humano" (porque si lo fuera no me sería extraño). De esta última regla resultan a millones las pendencias domésticas de todos los días y nuestras casas se llenan de "brutos y bestias" que hacen cosas que nos son del todo extrañas y que por tanto no

pueden ser humanas. Pinochet, el dictador, dijo más de una vez que los comunistas son intrínsecamente perversos, cosa que no cabe como propia de un ser humano. Abundan en nuestro siglo tiranos así, que han clasificado a sus enemigos como seres extraños y se han apoyado en multitudes que están de acuerdo y que gritan por medidas drásticas para sacarse de encima el cáncer social, el enemigo de la humanidad. Para los fanáticos de un credo religioso todo lo que es humano es lo propio de su credo y nada de lo que es extraño a su credo puede ser humano.

También, recordando lo que encontramos más atrás sobre el sentido común, cosa tan bien distribuida, resulta muy frecuente escuchar que A censura a B por su falta de sentido común; algo que es puntualmente igual a lo que B dice de A; algo que bastaría para dudar de la buena distribución del sentido común. A dirá que su juicio es una estampa del sentido común mismo; lo mismo B. Pero si fuera así, ¿por qué disputan? El sentido común tendría que terminar con toda discusión. ¿No es sentido común?

Pero las discusiones no terminan nunca y mientras unos celebran el Domingo, otros celebran el Viernes. Siendo que debe ser el Sábado. ¡Los burros!

Estos límites con los rótulos de lo "increíble y fabuloso" suelen dividir como altos muros el interior mismo de nuestras ciudades. En Santiago, por ejemplo, están las poblaciones miserables al norte, al sur, a occidente; y están los barrios residenciales del oriente. La diferencia entre pobres y ricos ha sobrepasado todo umbral. Si a un hombre de Santiago-oriente le dieran a leer un libro de un hombre de Santiago-occidente, lo juzgarían "increíble y fabuloso". Y vice versa.

Justo ahora, leo una novela de Salman Rushdie (que vive oculto por haber sido condenado a que lo maten donde lo encuentren por el desaparecido Ayatollah Khomeiny). *Midnight's Children* se titula esta novela donde se cuentan las mil y una noches: por ejemplo, que las clases hambrientas de las grandes ciudades en India practican la mutilación de los hijos para que los pobres tengan en qué apoyarse para mendigar. Increíble y fantástico. ¿Por qué? Por eso: Porque es difícil creer en otros lo que no sabríamos o no podríamos hacer. Supongo que así obraron las cosas con las masacres en Rusia, en Alemania, Camboya, Uganda. Y los masacradores lo sabían: Estaban haciendo cosas que los demás juzgarían fabulosas e imposibles simplemente porque ellos ni querían ni podrían ejecutarlas.

La propaganda emplea un instrumento así a diestra y a siniestra: a diestra

para que entremos en relaciones con un jabón fabuloso e imposible; a siniestra para que rechacemos las propuestas de una reforma fabulosa e imposible.

ENSAYOS, III, 1.

Nuestra estructura interna y externa está llena de imperfecciones; pero no hay nada inútil en la naturaleza, ni la inutilidad misma; nada aparece en nuestro universo que no tenga en él su lugar propio y adecuado. Nuestro ser está consolidado con cualidades morbosas: ambición, celo, envidia, venganza, superstición, desesperación tienen en nosotros un lugar natural como en las bestias... Quien despoje al hombre de la semilla de estas cualidades destruirá las condiciones fundamentales de la vida humana. De igual modo, en todo gobierno hay funciones necesarias no sólo abyectas sino también viciosas. El vicio en él ayuda a zurcir lo rasgado tal como el veneno sirve a la salud... El bienestar público requiere que los hombres traicionen, mientan y masacren. Dejemos esta tarea a... ciudadanos más fuertes y menos irresueltos, que sacrifiquen su honor y su conciencia, como antes otros sacrificaron sus vidas por el bien de su país.

Este pasaje tiene entradas yo no sé para cuántos asuntos. Los ecologistas vienen primero que nada a la mente. Parece que si dejáramos todo en las manos de la naturaleza todo andaría con un peculiar equilibrio. Tal como la tierra y los demás planetas, planetoides y cometas andan en torno del sol y tal como éste con todo su cortejo camina sin vacilar por la galaxia. Es conocido el alegato de los filósofos cínicos contra todas las formas del orden político. Diógenes se sienta a comer allí donde le viene el hambre; allí donde le viene el hambre es el comedor. Y mejor no preguntar cómo se limpia la grasa que le queda en la boca. Así procede con los restos la naturaleza: pudriéndolos en la lluvia, calcinándolos al sol, disipándolos al viento. ¿Cómo van a proceder los ecologistas? Cerca de 7.000 millones de seres humanos pueblan el mundo. Viven concentrados en grandes ciudades. Aumentan y aumentan. Tienen que alimentarse. Si dejaran a la naturaleza el cuidado de sus desechos morirían en la pestilencia. Hace unos meses, en Chile, presencié la toma de las calles en pequeños pueblos que rechazaban que se echara la basura en sus proximidades. También aquí, las comunas rechazan que se las use como basureros de los residuos de las plantas nucleares. El año pasado

se reveló que Suecia estaba echando basura en un país africano y no hace mucho vimos en la televisión un *container* flotante americano cargado de miles de toneladas de basura, yendo de un puerto a otro sin lograr un contrato de descarga. Mientras más lejos descargamos la basura, mayor el costo. Mientras más basura descargamos más intoxicamos la tierra. Técnicas que nos permitan reciclarla son costosas y el mismo reciclaje como solución tiene un límite que se sobrepasaría con el crecimiento de la población antes de completar siquiera en parte las técnicas e instalaciones del reciclaje. La verdad es que los ecologistas quieren hacer tortas sin quebrar huevos. O quebrarlos sin que se oiga, como reducir la producción y así el standard de vida y la población. Ahí parece estar la fuente de todos los males, en el crecimiento de la población. De donde resultaría que tendríamos que mirar con otros ojos a los abortistas, a los homosexuales, a los sacerdotes católicos, a las monjas y lesbianas; y también a las prostitutas, las drogas, el SIDA; los millones eliminados en China, Rusia, Alemania, Europa Central, Sudeste Asiático, Asia Central durante este siglo de guerras sanguinarias tendrían que contarse con dedos trémulos de ambigüedad.

Pero Montaigne nos dice que no hay nada en nuestras imperfecciones que no sea útil en la naturaleza. "Incluso la inutilidad misma", dice. De donde podríamos concluir, con amplia perspectiva y relatividad, que no importan mucho los descalabros y cataclismos que produzca nuestra civilización en el concierto de la naturaleza; incluso, podrían aceptarse sin ningún escándalo como cosas que están justamente en el orden de la naturaleza. El hombre y todas sus empresas son tan naturaleza como lo fueron una vez los dinosaurios con las suyas o lo son en la actualidad los termes, las abejas o los elefantes, que comienzan como naturaleza, culminan como naturaleza y decaen y son absorbidos como un detalle más en la naturaleza.

Este es un pasaje lleno de amplitud, comprensión, tolerancia. Recuerda un poco a ese Panglós, de Voltaire, que tiene lugar para todo lo que encuentra de disonante e injusto como mal necesario cuando se tiene visto el grandioso fin: construir el mejor de los mundos posibles. El mismo Leibniz, así ridiculizado por el escritor francés, tiene también un principio de razón suficiente para todo lo que existe. No hay cosa de la que no haya una razón que dé cuenta sin defecto de su existencia. Basura incluida. Y estando todas las cosas en esta condición parece que todo lo que forma el universo está donde debe estar y tan así que no podría esfumarse de allí sin que la estructura entera no se resintiera. Montaigne, por lo menos, ve las cosas así respecto

del hombre al que no podemos privar de sus cualidades morbosas -ambición, celo, envidia, venganza, superstición, desesperación- sin "destruir las condiciones fundamentales de la vida humana".

Otra vez estamos orillando bordes cargados de peligro. Cargados de peligro y tan difíciles de eliminar. Es Platón otra vez, el divino Platón aguzando el oído y encontrando la ruindad hermanada con la virtud. A uno le parece no haber leído bien. Si las cosas son así en la esencia misma del hombre, ¿cómo haremos para educarlo? ¿Y, antes que nada, cómo haremos para demoler todo lo que hemos construido y seguimos construyendo sobre fundamentos tan contrarios?

Pero, a las simas que se abren en los cimientos de la moral se agregan las de la política. ¿Qué tiene Montaigne que reprocharle a Maquiavelo? Ya no se trata del Príncipe tan sólo, ya no se trata de las razones de Estado que colocan al político entre el hombre y la bestia haciéndolo bestia y hombre. Sino que todos los hombres somos eso y de manera esencial. Sólo que algunos, más débiles, no sirven en política donde se requiere que el lado cruel, bestial, se ejerza sin inhibiciones.

Hay, se diría, una armonía preestablecida entre política y psicología: La política requiere de hombres que tendrían que no existir, de acuerdo a la moral, pero que existen a manos llenas, de acuerdo a la psicología.

ENSAYOS, III, 1.

... Aun en medio de la compasión sentimos dentro no sé qué prurito agridulce de placer malevolente viendo a otros sufrir. Los niños lo sienten.

Cuando los vientos turban las aguas del vasto océano, dulce es ver desde la playa el peligro de otros. (Lucrecio)

Este pasaje va inserto en el texto anterior. Lo separé porque vale un comentario en sí mismo. Supongo que los de mi generación se familiarizaron y horrorizaron con esta idea leyendo a Dostoyewski. En la actualidad, vive sin escándalo en la generalizaciones de la psicología. ¿Quién que es no es sadista? Supongo también que en nuestra educación el arquetipo de la compasión lo encarna María con el cadáver de su hijo en su falda. De allí el asombro: ¿Cómo puede la compasión tolerar siquiera el roce del sadismo?

O considérense los versos que se atribuyen a Teresa de Avila:

Tú me mueves, señor, muéveme el verte clavado en esa cruz y escarnecido...

¿Van a decirnos que estos versos nacieron de un "prurito agridulce"? ¿Cómo podría encerrarse la crueldad en los fundamentos de una religión de la piedad? Montaigne nos dice que nada le arranca lágrimas como ver el sufrimiento de los otros. Y véasele ahora mezclando la burla y la risa con sus lágrimas. Nos dice también: Nada es puro. Y tendríamos que agregar: Sobre todo las lágrimas.

Separé el texto por el cotejo que millones y millones de seres humanos pueden hacer todos los días, a la hora de la televisión, sorbiendo Coca-Cola y picando maní tostado, mientras observan las masacres en Rwanda, las masacres en Bosnia, las masacres en Chechenya, Pakistán, Irak, Pekín. Actitudes así no son posibles sin algo de lo que traen esos versos de Lucrecio que cita Montaigne. Recuerdo también un detalle de un cuadro, creo que de van Ostade, que vi una o más de una vez en el Louvre. "El Maestro de Escuela", creo que reza el título. Vemos que el maestro da con el *chicote* a un pequeño; y entre sus compañeros hay uno que sonríe cruel. "*¡Qué dulce cosa! ¡Le están pegando a otro, no a mi! ¡Que le peguen, que lo maten a latigazos!*"

ENSAYOS, III, 2.

... Si alguien en el pasado me hubiera conducido ante Erasmo, apenas creyera que hablara a sus sirvientes otra cosa que adagios y apotegmas. Mejor imaginamos a un artesano en su asiento de trabajo o encima de su mujer que a un gran presidente en su porte y suficiencia. Imaginamos que aquéllos que están en altos tribunales no van a rebajarse a vivir. Así como las almas viciosas a menudo son llevadas a obrar bien, así las virtuosas a obrar mal. Por tanto, júzgueselas por su estado ordinario, cuando están en su casa...

Vemos una película: Un hombre salta de la cama, abre la ventana, va al baño; viene vestido y afeitado a la mesa; desayuna con su esposa, da un vistazo al diario; sale a la calle, sube al tranvía, contempla el gentío desde la

ventana; baja, cruza, entra al edificio en que trabaja: esa mañana tiene que dejar a punto y sin faltar detalle el patíbulo para el ajusticiamiento de la próxima madrugada. Más o menos así nos aconseja Montaigne que nos demos un retrato del verdugo. Incontables escritores, dramaturgos, cinematografistas lo siguieron al pie de la letra. Por lo menos lograron sorprendernos bastante. Ordinariamente, pensamos que el verdugo recién llegado al trabajo dejó en su casa al gato guillotinado y a su esposa colgando de la lámpara. Del oficial alemán que volviendo del campo de exterminio a su casita lo primero que hacía era cambiar el agua y poner una hoja de lechuga a su canarito, todos habrán oído hablar. Y también de Napoleón y su valet.

Supongo que en casa de Rembrandt uno piensa encontrarse con un autorretrato suyo, más bien. ¿Quién va a imaginarse a Platón haciendo movimientos eróticos sobre su señora? Platón es puro *topos ouranos*, alegoría de la caverna, ideas, amor espiritual. Nunca nos dice -como nos dice Montaigne- qué comidas, qué vinos prefiere, a qué hora se levanta, cómo se abriga, cómo hace en la letrina. Sí, ante el escándalo de los doctos de su época, el hombre que adora a Séneca y Plutarco como si estuvieran ante él, nos habla de sus viajes "a las casitas" (como decíamos en la escuela apretando las piernas y pidiendo "permiso para ausentarme").

En Suecia no se emplea ya el "usted", sólo el "tú". Y pienso que tiene que ver con la eliminación de esa barrera cultural tan común en otras partes que separa al hombre con su mujer sentada en su falda, la copa en alto, los dientes afuera listos para clavarlos en el cordero asado (como se autorretrata también Rembrandt), del hombre en los tribunales con su toga, su peluca y su código. Aquí, los niños de la escuela básica se tutean con el primer ministro y mientras comen juntos papas cocidas, albóndigas y salsa de tomate, el pequeño lo reprocha porque no ha cumplido con partes de su programa educacional.

Justo mientras escribo esta página, un compatriota me llama por teléfono y me cuenta indignado que la muy probable Primer Ministro de Suecia en el año que viene (se llama Mona Sahlin) dijo en una entrevista que le hubiera gustado tener unas tetas más grandes.

Dicen que Pericles exigía que lo esculpieran con el casco puesto porque tenía un cráneo deforme.

¿Qué diría Montaigne de nuestra prensa gráfica y, sobre todo, de nuestra televisión? Nada de muy bueno, probablemente. Pero el efecto de exhibición de este medio, que desbarata todas las astucias de los afeites, los atuendos y las poses, seguramente no le escaparía.

A propósito de Erasmo y nuestras idealizaciones, encuentro un pasaje graciosísimo (el único que destaco) en un libro del escritor García Márquez sobre los últimos días de Bolívar en Sudamérica. Va el general con uno de sus segundos, cabalgando. Este último, un coronel inglés, duda si volver o no a Inglaterra. A la pregunta de Bolívar a este respecto, el coronel responde: "No sé, mi general, estoy en manos de un destino que no es el mío." Bolívar se queda unos instantes meditando. Luego, exclama: "¡Oiga, eso tendría que decirlo yo!"

ENSAYOS, III, 3.

... No va conmigo hacer una adición monstruosa de cola de filósofo a la cabeza y el cuerpo de un libertino; ni permitir que este residuo miserable reniegue la sana, placentera y larga parte de mi vida... He visto el retoño, la flor y el fruto; y ahora veo la marchitez. Felizmente, sin embargo, porque naturalmente. Soporto mejor mis enfermedades porque vienen cuando es razonable esperarlas y también porque me recuerdan con gran placer la larga felicidad de mi vida pasada...

Esto leí que decían algunos de Salomón (pensando, equivocadamente, que él escribió *Eclesiastés*): "Cuando joven, la gran vida: mujeres, banquetas, danzas y algarabía. Cuando viejo: ¡Vanidad de vanidades, todos es vanidad!"

La Rochefocauld escribe: "Los viejos gustan de dar buenos consejos porque ya no son capaces de dar malos ejemplos".

El mismo Predicador dice que lo único que cuenta es disfrutar mientras se es joven porque los días del viejo son días de oscuridad, decadencia y desolación.

Engorroso asunto. ¿Cómo hablar con sabiduría de la vida sin haberla vivido? ¿Cómo tratar de la alegría y el placer si no se los conoce? Uno tiene que ser viejo para hablar de estas cosas con alguna autoridad. Hamlet calificando a Polonio nos parece persona ignorante y frívola (y así, impericia de dramaturgo). Más todavía es así cuando lo encontramos dando instrucciones de conducta sexual a su madre. Pero, por encima de todo, cuando desde el escenario nos endilga un discurso que hay que ser muy viejo y muy sabio para sacárselo de la cabeza.

También, podría argüirse que justo un libertino en su juventud, como

ese Predicador, tiene buenos títulos para una cola de filósofo de última hora. Hasta podría exigirse a los viejos que cultiven esa cola y la exhiban. La que le nace al libertino al término de sus años es natural y es bueno que le crezca.

"Vanidad de vanidades, todo es vanidad".

Schopenhauer dijo: "Hay que contar al menos 70 años para entender ese versículo".

ENSAYOS, III, 4.

... Para desviar el sentido de rumores públicos, Alcibiades cortó las orejas y la cola de su hermoso perro y lo soltó en la plaza. Con tal ocasión, la gente no se ocupaba de sus otras acciones. También he visto con igual propósito algunas mujeres ocultar sus afectos reales por otros fingidos..

No son más que casos de la amplísima categoría que podemos llamar "diversión". El caso de Alcibiades es frívolo, pero no deja de ser un excelente botón de muestra. El de las damas que suspiran del lado que no es, para enmascarar sus inclinaciones, representa ya cosa más amplia y más vital. Al fin de cuentas, de tácticas diversionistas de esta especie (diría un darwinista) depende la sobrevivencia de los genes.

Leo algunas historias inglesas sobre la guerra de trincheras en la Primera Guerra Mundial. Siegfried Sassoon y Robert Graves cuentan de las tareas de diversión: Se ataca con gran ruido por una parte del frente mientras el verdadero ataque se prepara con gran cautela por otra. En gran escala, ocurrió lo mismo con el desembarco de las fuerzas aliadas en Normandía: las acciones de diversión mantuvieron inciertos a los alemanes sobre el lugar de desembarco.

El efecto de la diversión en quien la padece merece larga reflexión. Lo primero es que quien padece la diversión se tiene por agente, no por paciente. Lo segundo es que en esta equivocación está seguro de estar obrando en provecho propio siendo que, a lo último, está obrando en provecho de otro. Lo tercero es que, más allá de cierta extensión, la diversión resulta muy difícil de identificar y denunciar. Así como un caballero puede parecernos el amado verdadero de una dama cuando la verdad es que ésta, manteniéndonos en la creencia, se acuesta con otro, así una potencia

industrial puede persuadirnos de su compromiso con nuestro desarrollo, mientras que lo que realmente hace es cambiarnos películas de cowboys por cobre en bruto. Pero, mientras que basta una vacilación en el pestañeo de la dama para que nos demos cuenta, no basta de ninguna manera que lo gritemos en la plaza para que siquiera uno en el lote se de cuenta de las diversiones humanistas, progresistas, ecologistas con que nos entretiene la propaganda del mundo industrial.

No hay que inventar historias para encontrarnos con alguien que nos dice en su lecho de muerte: "Pasé la vida en cama, me voy sonámbulo".

¿Despierto? ¿Quién? Todavía no sales de una cuando te meten en otra. Ahora, alegamos por la limpieza del mundo, el equilibrio ecológico, el control de la natalidad. ¿No estarán pasándonos de peones a jornaleros con librea?

Otrosí: la diversión no es más que una especie de la simulación; y la simulación, no más que una especie de la mentira.

No sé si deba incluirse en la categoría de diversión lo que tantas veces y de manera cataclísmica ocurre en la naturaleza. Vemos que una especie está haciendo algo por su sobrevivencia cuando la naturaleza de verdad la divierte para que obre ella misma su perdición: como cuando se talan los bosques para sembrar con la consecuencia de aumentar la erosión, destruir la tierra y estancar las aguas. También se dan cosas así en el mundo industrial, que sólo está interesado en aumentar la producción sin ver el desecho y ruina que puede terminar por caerle encima y sepultarlo.

ENSAYOS, III, 6.

¿Por qué no cayó tan noble conquista -la de América- bajo Alejandro, los antiguos griegos o los romanos? Entonces, tan gran revolución y mutación de tantos imperios y naciones fuera felizmente levantada, enraizada y pacificada de lo que hubiera en ella de torpe y salvaje, y se cuidaran y propagaran las semillas que allí produjo la naturaleza; y no sólo con la cultura del país y el ornamento de las ciudades, las artes de esta parte del mundo, en lo que fuera necesario, sino también las virtudes griegas y romanas, con las originales del lugar...

Por el contrario, hemos tomado ventaja de su ignorancia y falta de experiencia inclinándolos a la traición, el lujo, la avaricia, y a toda especie de inhumanidad y crueldad de acuerdo al padrón y ejemplo de nuestras maneras...

Montaigne se muestra a sus anchas hablando de las comunidades aborígenes americanas. Es de los pocos escritores europeos de su época que tocan el tema. Sobre todo, le atrae la simplicidad de la organización social, la parquedad de las leyes, la naturalidad de las costumbres. De los pasajes en que abunda su entusiasmo, salen obviamente líneas que llevan a Rousseau. Pero, el sueño de Montaigne es otro: una síntesis de civilización europea, cultura americana y sabiduría grecorromana. Lo que hay a la vista, eso sí, es la destrucción brutal de las sociedades primitivas americanas. Montaigne la describe casi en los mismos términos que agitan ahora nuestros astutos diversionistas.

Montaigne es un renacentista, un humanista. Sus modelos son transhistóricos. Ciertamente pudo (y en alguna medida lo logró) considerar al hombre en términos de naturaleza; cierto también que muchas veces considera las cosas en términos de naturalismo y materialismo. Y a mí me parece que, como ese discurso que finge en que Doña Naturaleza nos persuade de morir alegando que la muerte está en la estructura misma de las cosas y está bien que salgamos de escena para que otros entren, así también pudo fingir otro sobre la muerte de las culturas, necesaria del mismo modo para que otras culturas puedan tener lugar en el escenario de la historia.

¿Se alegrará que no se puede hablar de la "vida" de las culturas como se habla de la vida de los individuos? Acaso; pero la mayoría lo hace. Y Montaigne también.

ENSAYOS, III, 8.

Acaso haya alguien de mi complejión, que me instruyo mejor por contrariedad que por similitud, más evitando que imitando. Cato el Mayor daba lugar a esta disciplina cuando decía que "el sabio puede aprender más del insensato que éste del sabio"... El horror de la crueldad me inclina más a la clemencia que cualquier ejemplo de clemencia.

No creo que pueda aprenderse nada sin la combinación íntima y esencial de la afirmación y la negación. Que nos demos cuenta o no de ello, igual lo exige por todas partes la naturaleza. Vemos tanto el aprendizaje por imitación como por contraste. El cachorro termina por conocer los senderos yendo tras su madre, pero ésta los conoce escurriéndose del peligro. No cuesta

percibir que no hay manera de dar más importancia a una que a otra, negación y afirmación. Me hago como mi maestro porque repudia lo que yo repudio; pero también porque repudia lo que yo prefiero o porque prefiere lo que yo repudio.

Dicen que Buda experimentó su crisis espiritual saliendo un día de los palacios y jardines en que lo mantenía aislado su padre. Entonces fue la hora de la alta crisis: cuando el joven se encontró de sopetón con la pobreza, la enfermedad y la muerte.

Dicen que a Lutero le cambió la vida un rayo que cayó de los cielos. A Pablo, camino de Damasco (el hombre andaba recogiendo sus judíos cristianos tal como Eichman sus judíos europeos en nuestro tiempo) también le cayó encima un rayo. Y tenemos acuñada la frase "camino a Damasco", para las altas ocasiones en que el contraste ocupa la cátedra.

ENSAYOS, III, 8.

En mi opinión, el ejercicio más natural y fructífero de la mente es la conversación; encuentro su empleo más agradable que ninguna otra acción de la vida; si me obligaran a elegir, primero perdería la vista que el habla y el oído... El estudio de libros es actividad débil y lánguida, mientras que la conversación a la vez enseña y ejercita.

Platón escribía sus diálogos, probablemente, porque no encontraba elemento más apropiado a la racionalidad que la conversación. Dicen que Aristóteles trató de imitarlo, pero renunció porque no tenía el talento. Vaya quién a saber si no hay aquí una razón de que el Dios de Aristóteles sólo hable consigo mismo. En el Olimpo, los dioses conversan. ¿Con quien va a conversar el Dios único. De escribir, el Dios único produciría tratados, como Aristóteles. De publicar, los dioses del Olimpo contratarían a Platón.

Cabe preguntarse (¿o es una obviedad?) qué sería de la mente humana sin la escritura. Se argumenta, con mucho sentido, que sin la escritura no pasaríamos de diez en la cuenta, ni de la leyenda y los mitos en la historia, ni del dialecto en la lengua. Montaigne nos dice que si lo obligaran a elegir antes rechazaría la vista que el habla y el oído. ¿Lo dirá en serio? ¿Quién podría desconocer la inmensa contribución de la escritura a la conversación? Para empezar, ¿de qué conversaríamos sin la escritura? No de mucho. Además,

la conversación y la semántica ganan mucho en precisión por la escritura. Tenemos diccionarios y gramáticas como algo que la escritura de suyo nos impone. ¿Cómo podríamos enriquecer el vocabulario y perfeccionar la dicción si no dispusiéramos de almacenes como los libros y las biblioteca? Mejor considerar el habla como una fase inicial en la vida de la mente y después la escritura como una cierta madurez, orden y disciplina a que somete su espontaneidad inicial con vistas a expandirse. Y no olvidemos: en busca de la sabiduría, Montaigne se encerró con sus libros en esa famosa torre de su castillo

ENSAYOS, III, 8.

Stercus cuique suum bene olet. (Todos piensan que el excremento suyo huele bien) Erasmo.

No vemos nada detrás de nosotros; nos burlamos de nosotros mismos cien veces al día cuando nos reímos del vecino y detestamos en los demás los defectos más a la vista en nosotros... Si tuviéramos buenas narices, nuestra propia inmundicia olería para nosotros lo peor, puesto que es nuestra.

El niño dejado a su albedrío, se embadurna feliz toda la cara con su propio excremento. No sé decir una sílaba sobre los olores y la cultura, pero pienso que a todos nos asquea el gusto que sentimos en la boca al despertar. Tampoco sé si es cosa sobrepuesta el empleo de desodorantes, pero recuerdo siendo estudiante en París la risa que hacía de mí la patrona del hotel por mi ducha diaria. También, hasta estos años de mi edad, me ocurre que no me repugna mi propio sudor; pero entiendo que sea conmigo como dice Erasmo, porque el olor del sudor ajeno nunca dejó de afectarme las narices. A veces, eso sí, siendo ya tan viejo, me encuentro oliéndome con repugnancia.

O sea que yendo de niño a viejo uno iría de disfrutar su propio olor a no tolerarlo. Y como debo entender que hay, así como literal, mucho de metafórico en el texto, la idea es que yendo de niño a viejo uno va de zote a sabio. O que la nariz se torna contraria con los años: nos olemos perfumados al comienzo y hediondos al final.

Pero Montaigne no lo ve así. Cuando olemos lo que huele mal la nariz nuestra se divide: hediondos los otros, nosotros perfumados. Eso dice. Para

que las cosas no fueran así tendríamos que tener buenas narices. La paradoja otra vez: ¿Cómo tolerar narices que nos hacen hediondos a nosotros mismos? ¿Cómo, teniendo buenas narices, podríamos tolerar nuestras inmundicias? Porque, sin inmundicias, parece que no hay claustro donde se pueda vivir.

Acaso llevamos las narices delante y todo el cuerpo detrás por eso, porque no se asfixien con nuestros olores y nos guíen adelante sin problemas.

ENSAYOS, III, 8.

Megabiso fue a visitar al pintor Apelles. Se estuvo un largo rato sin decir palabra. Finalmente, se puso a hablar de las pinturas. "Mientras estabas en silencio", le dijo el pintor, "parecias persona extraordinaria, con tus hábitos regios y tus joyas. Pero, ahora que te oigo hablar no encuentro el último aprendiz en el taller que no te desprecie." Estos atavíos principescos, esa continencia magnífica no le permitían ser un vulgar ignorante y decir impertinencias. Silencioso, debió mantener esta externa y presunta suficiencia. A cuántos presumidos conozco que se procuran fama de prudencia y capacidad con ademanes cazurros y taciturnos.

Consejo al que se puso un traje muy grande: Respire las dos respiraciones: primero la ventral para sujetar los pantalones; en seguida, la torácica para llenar el vestón. Aguante esta respiración. Aguante largo sin respirar y así se estará callado. Pasado el apremio, corra a casa y póngase el traje suyo, no vuelva a confundirlo nunca más.

Aquí en Suecia, hace una semana, acosaban a un político en Gotemburgo para que aceptara el cargo de Primer Ministro. Respondió que no, por dos razones: que el traje que llevaba puesto le sentaba bien y que el de Primer Ministro le quedaba grande.

Esto se entiende bien, pero no tanto lo que dijo Platón cuando le preguntaron por qué no había frases suyas famosas, como las había de los demás filósofos. "La fama primero", respondió, "las frases famosas después". ¿Quiso decir que una vez que nos pongamos el traje de Primer Ministro todo lo que digamos, pensemos u obremos serán frases, pensamientos y obras de Primer Ministro?

ENSAYOS, III, 8.

Seiramnes, el persa, decía a unos que se asombraban de que algo le saliera tan mal habiéndolo proyectado tan bien, que él era sólo señor de sus designios y que del éxito se hacía cargo la fortuna... La mayoría de los logros se realizan por sí mismos.

Fata viam inventiunt (Los hados abren el camino) (Eneida)

Los resultados, con frecuencia, justifican una conducta torpe. Nuestra interposición va como cosa que se obra de memoria o en consonancia con la costumbre y el ejemplo, más que por la razón...

En mi opinión la buena y la mala fortuna son dos poderes soberanos. Es de locos pensar que la prudencia humana puede reemplazar el poder de la fortuna y vano el intento que pretende comprender ambas, causas y consecuencias, y conducir de la mano el progreso de su designio...

Muchas veces ocurre así: que leemos lo que escribieron hombres grandes en relación con una ciencia que progresa y no podemos evitar comparar su saber de sabios de esa época con el saber de los niños de la época nuestra. Sabemos intervenir el organismo, podemos controlar sus secreciones, injertar en él tejidos, sustituir sus órganos enfermos por órganos sanos; estamos en condiciones de intervenir en los genes mismos después de anticipar su desarrollo morbo. Sabemos, por ejemplo (leí la noticia hace un año o más), que un sol se aproxima al nuestro desde Andrómeda y que tardará 30 mil años en estar en distancia de choque. Sabemos controlar el movimiento de los mercados, el de la producción; casi no queda enfermedad que no sepamos curar; sabemos viajar a la luna, enviar detectores a los demás planetas, cubrir el mundo al segundo con información; tenemos máquinas que realizan por nosotros trabajos complejÍsimos, desde construir un coche hasta dirigir un aeroplano. Cierto, todavía nos podemos morir sin aviso; pero no porque nos caiga un rayo, que ya no caen, ni porque nos sorprenda una enfermedad, que todas tienen tratamiento. Cada vez tiene menos papel en nuestra vida eso que Montaigne llama fortuna. ¡Cuánto de lo que esos antiguos sabios que tanto admira Montaigne llamaban fortuna no era otra cosa que ignorancia! Por ejemplo: llevamos la guerra contra Irak: primero, nos hacemos de armas y hombres, después nos aseguramos de los demás

países, después dirigimos nuestras plegarias al cielo. El resto depende de la fortuna. ¿Cómo es eso? No sabemos lo que puede ocurrirnos. ¿Cómo no? Sabemos las armas que tiene el adversario, dónde las tiene; sabemos dónde duerme, a qué hora almuerza; conocemos sus caminos, sus sembrados, sus ciudades, fábricas, puertos y pozos petroleros; sabemos por dónde sale su petróleo, por dónde entran sus pertrechos; lo sabemos todo porque miramos desde nuestros satélites y aeronaves de información, miramos de día y de noche; no se trasladan fuerzas en Irak sin que las veamos; sabemos donde golpear y liquidar. La verdad, queda muy poco que dejar a la Fortuna, cada vez más flaca la pobre.

Pero, cambiando perspectiva, ¿qué duda cabe que es de locos "el intento de comprender ambas, causas y consecuencias, y conducir de la mano el progreso de su designio"? Ya contamos de esa estrella que viene hacia nosotros. Y como esta estrella, ¿qué cantidad de amenazas desastrosas nos aguardan a la vuelta de la esquina o están ya entre nosotros operando sin que nos percatemos todavía? Los dinosaurios desaparecieron. No es ninguna ocurrencia decir que desde que comenzó a ascender su especie ya estaba sellada su suerte y que progresando no hacían más que trabajar dedicadamente en la última consumación y mausoleo universal de su especie.

Ya se habló de narices. Leyendo los vaticinios de hombres de visión, no cuesta mucho repetir con ellos que es muy cierto, que las personas ordinariamente no ven más allá de sus narices, que, por ejemplo, muy bien podría ser (mejor dicho, muy mal) que desde los años de la Primera Guerra Mundial estamos sin tener de ello la menor idea, cavando y cavando nuestro propio Cementerio General.

ENSAYOS, III, 8.

... No hay más que ver un hombre promovido en dignidad: aunque lo conocimos tres días atrás como persona de cortos alcances, así y todo una imagen de gran suficiencia se insinúa en nuestro juicio y nos persuadimos de que aumentando en reputación y séquito, ha crecido también en mérito. Lo juzgamos, no de acuerdo a su valor, sino... computando por su lugar en una escala...

Es increíble pero cierto. Los antropólogos, psicólogos y filósofos sociales lo dan como un hecho tan incontestable como la salida del sol. A Pedro que camina con Jesús y su comitiva lo conocimos tres días atrás como un pobre

pescador de escasos alcances. Y ahora, miren... De ese mismo Jesús que va como un nuevo Elías, dice la gente: "¿Este? Pero, ¡si es un carpintero de Galilea!" Creo que es Casio el que dice a Bruto, por César, en la obra de Shakespeare: "Pero, ¡si éste se moría de miedo cuando de niños nos echábamos al río!" Viejos archisabios se acercan tiritando a saludar al monarca, un imbécil que no alcanzaría para acarrearles los libros. "Es la dignidad del rango", dice la gente, "No es él en su persona, esa persona que conocemos y que vale tan poco. Es la dignidad del rango, eso es. Cuando me inclino, me echo al suelo y beso sus pies, no son sus pies los que beso. Sus pies se han transubstanciado: son los pies de la dignidad y el rango los que beso en este pase verdaderamente sorprendente y probablemente cierto de eucaristía: la eucaristía del rango".

ENSAYOS, III, 8.

No hay cosa que me fastidie más en la estupidez que verla satisfecha de sí más de lo que la razón misma puede pretender. Es una pena que la prudencia nos prohíba satisfacernos y confiarnos y que más bien nos deje siempre temerosos y descontentos mientras que por el contrario la contumacia y la osadía llena de gozo y seguridad a sus poseedores. Son los más ignorantes quienes miran a los demás por el hombro y salen siempre alegres y triunfantes del combate. Además, su arrogancia en el discurso, su ufano talante, les ganan casi siempre la opinión de la audiencia, comúnmente débil e incapaz de juzgar bien y discernir la verdadera superioridad. Obstinación en el juicio y calor en la argumentación son las pruebas más seguras de la estupidez.

¿Hay ser más seguro, resuelto, desdeñoso, contemplativo, serio y grave que un asno?

¡Cuántas veces sentimos a Montaigne tan cerca! Nadie como él en vecindad, gracia y vivacidad. Vienen ganas de palmotearlo y tomarse un trago con él. Cuando nos cuenta de esas damas que fingen interés en un varón para ocultar el verdadero en otro, agrega: Yo las he visto. Y nos encontramos sin más en un salón, en un banquete, en un *boudoir*, atisbando a Montaigne que atisba a la bella que atisba... ¿al mismo Montaigne? ¿Por qué no? El hombre es un vividor, un mujeriego confeso. ¿En qué lances de faldas no se habrá encontrado?

Pero, por autorretratista que sea, en todo el detalle no puede entrar. Nos dice que sufre viendo sufrir, que gusta del vino, de las mujeres, del juego. A veces, lo encontramos ante un patíbulo, tragando saliva. Otras, jugando a las palabras a la sobremesa. Como un frívolo cualquiera, se diría. Pero no, del juego de palabras va a resultar algo. Por eso nos cuenta.

Pero aquí es al revés. "No hay cosa que me fastidie más que la estupidez", nos dice. Podemos imaginar los cientos de situaciones en que Montaigne se encontró con la estupidez en sus mil encarnaciones. Un asno después del otro, una cola interminable de asnos. ¿Qué hace Montaigne? ¿Se tira los pelos, se muerde la lengua, suelta un garabato?

Uno recuerda las historias de Diógenes. Son tan vivas. Uno vino a decirle al viejo can que antes de recibir su dinero lo convenciera con argumentos de que debía dárselo. Diógenes responde: "Si yo pudiera convencerte de algo, te convencería de que te ahorcaras". A otro que no lo dejaba escupir en su casa alfombrada, lo escupió en la cara, diciendo: "No encontré un lugar más sucio".

Tan lejos no llega Montaigne. Se enoja en general. Trata a una mitad de imbéciles y la otra mitad de estúpidos. Pero, como repara él mismo, decir algo de todos es como decirlo de nadie.

Estoy viendo a Montaigne dando con el pie en el suelo y gritando por alguien: "¡Ese asno!" El dicho asno se aleja, lento, seguro, contemplativo, serio y grave. ¿Sin tuviéramos su retrato! ¿Sería un obispo, sería un ministro?

ENSAYOS, III, 8.

El pueblo de Méjico, luego que termina la ceremonia de la coronación de su rey, ya no se atreve a mirarlo en la cara. Como si al coronarlo lo deificaran, le hacen jurar mantener la religión, leyes y libertades; ser valiente, justo y benigno. Jura, además, hacer que el sol siga su curso y dé la luz deseada, hacer que llueva en las estaciones debidas, que los ríos sigan su curso y que la tierra dé todo lo necesario para el pueblo.

Esa dignidad del rango, que ya encontramos, y con la cual nos topamos muchas veces entrando en la oficina del gerente del banco o en la del director del sindicato de los basureros, no deja de tener -cuando la convocamos para justificarnos de andar a las reverencias y besando el trasero de los poderosos- sus pelos de ambigüedad. Todo reside en esto: la dignidad del rango no se

puede separar, como esas esencias escolásticas, de las personas que ocupan el rango del caso. Montaigne quisiera que las dos cosas se separaran; dice de su reverencia y sumisión a los reyes:

... toda reverencia y sumisión se les debe, menos la del entendimiento; no es mi razón la que se inclina sino mis rodillas.

¿Cómo dice Sancho? "Bajo mi capa, mato al rey". ¿Es posible matar así al rey o no se trata sino de una más de esas satisfacciones alucinatorias de que hablan los psicólogos? Yo me arrodillo, pero no mi razón. Pero, ¡si la razón no tiene rodillas! Hasta del mismo rey puede llegarnos la noticia: "No importa que pienses lo que piensas, lo que importa es que te arrodilles con las rodillas que Dios te dio".

En suma, cuando coronamos al rey y después retrocedemos, gachos, sin osar ya mirarlo en la cara, entregamos las rodillas, que no quepan dudas. Podemos para nuestro capote decir -sobre todo siendo conscientes del imbécil que coronamos- "Anda, ahora, tarado de la cabeza, y encárgate de que siga saliendo el sol y corriendo las aguas". Pero lo cierto es que el tal puede encerrarnos sin más sol que salga y matarnos de sed sin más agua que corra.

ENSAYOS, III, 9.

¿Hay vanidad más manifiesta que escribir sobre ella tan vanamente? Lo que la Divinidad nos ha dicho de modo tan divino debe ser cuidadosa y continuamente meditado por los hombres de sentido. ¿Quién no ve que he tomado un camino en que incesantemente y sin cuidado voy a seguir y seguir mientras haya en el mundo tinta y papel? No puedo dar cuenta de mi vida por obra, tan poca cosa soy, sino por mis fantasías. Y sin embargo, he conocido a un señor que sólo comunica su vida por las operaciones de su vientre. Pueden ver en su casa bacinicas en fila con los excrementos de siete u ocho días. Ello llena sus estudios y sus discursos; todo otro hablar apesta en sus narices. Aquí, aunque no tan nauseantes, tengan los excrementos de una mente avejentada, a veces duros, a veces blandos, siempre indigestos.

Eclesiastés presenta su aplastante argumento sobre la vanidad en 222 versículos. Montaigne lo hace en 107 ensayos que, como dice él, pueden

aumentarse mientras haya tinta y papel. Ya lo que escribió Koheleth sobre la vanidad nos parece, por lo mismo que escribió, pura vanidad. ¿Qué decir sobre esta enciclopedia sobre la nidad de todo?

Sobre la segunda parte de este texto, ¿qué ocurriría si el autor la colocara como epígrafe a su obra? Imagínese: Alguien entra en la librería y abre el libro. No termina de leer dicho epígrafe cuando ya lo tenemos corriendo al baño.

Sirva este texto como ejemplo de la manera chocante de Montaigne, que va con su estilo y con su asunto: el autorretrato de un señor provinciano del siglo XVI. No hay más que leer a un Lutero, un Rabelais, un Bocaccio, o contemplar los cuadros de un Brueghel o un Bosch para tener una buena aproximación de la rudeza de esos tiempos en que los órganos viriles iban bien a la vista entre las bragas y el marrueco, donde el puñal cruzado por atrás bajo el cinturón estaba a punto para hacer valer las cosas a tajo limpio, donde si uno no andaba tuerto, manco, sin lengua o sin testículos podía considerarse ahijado de los cielos.

El artefacto literario con que viene armada la segunda mitad de nuestro texto es una metáfora que podría formularse así: "Pensar es defecar". Había para Montaigne otras a mano. Como la araña que enhebra su tela en los aires excretando el hilo de su cuerpo. Creo que Boticelli dibujó una "Dialéctica" tejiendo entre sus dedos una tela de araña. También, tratándose de la vanidad, pudieron emplearse las metáforas "pastorear el viento", "escribir en las aguas".

En más de una ocasión, yendo a pequeños pueblos de provincias con mis informes sobre lo que se discute, escribe y enseña en la capital y siendo después de mi sesuda conferencia invitado a un ágape, me he encontrado con uno o dos como ese señor que refiere Montaigne, que no tolera más estudio y discurso que los de su intestino, ni más tratado o ensayo que los de sus bacinicas bien rellenas, aguardando en fila en el pasillo, saturando el lugar con sus olores. Después de un par de tragos, estos señores que digo se han acercado a decirme lo que les pasa en el vientre: que a Bergson, con toda su problemática de la huevática se lo meten en el..

Entre nosotros abunda la gente así, no me digan que no. Abunda como para tenerla en cuenta, muy en cuenta, y pensar largo.

Tengo la impresión de que Montaigne, ante un público no escaso de sujetos como el señor de las bacinicas, se les adelanta antes de dejar la escena: "Esta es mi caca, señores, toda mi caca".

O también: "Caca de cacas, todo es caca".

ENSAYOS, III, 9.

Nada presiona más sobre un Estado que la innovación. El cambio no hace más que ocasionar injusticia y tiranía. Cuando una pieza afloja puede ser apropiado fijarla; hay que cuidarse de que las alteraciones y corrupciones naturales a todo no nos alejen demasiado de nuestros comienzos y principios; pero, pretender establecer algo nuevo y grande, y cambiar los fundamentos de tan vasto edificio es como borrar en lugar de limpiar. Reformar defectos particulares mediante confusiones universales es como curar la enfermedad con la muerte.

Este trozo importante de ciencia política lo destacué en mi lectura de Montaigne con la frase "el Estado y la revolución". Hasta no hace mucho, si éstas ideas se aventuraban en público eran recibidas con la pifia y el grito: "¡Reformista, reaccionario!" En algunos lugares, todavía se grita "¡Revolución o muerte!" Stalin, Hitler, Franco, Mao, Pol Pot quisieron cambiar el Estado como dice Montaigne que no se debe. Y ahí están el costo y los resultados.

ENSAYOS, III, 9.

Mil veces me ha ocurrido en mi propia casa ir a la cama con la preocupación de ser traicionado y asesinado esa misma noche, implorando la suerte de que sea sin terror y con trámite rápido; y después de mi padrenuestro, he clamado:

Tierras tan bien cultivadas, ¿serán la presa de algún bárbaro?

¿Qué remedio? Aquí nací y aquí murieron mis ancestros; aquí fijaron su afección y erigieron su nombre. Arraigamos en aquello a lo que estamos acostumbrados; y en condición tan miserable como la nuestra, la costumbre es un gran obsequio de la naturaleza que habitúa nuestros sentidos a soportar muchos males. La guerra civil tiene esto de peor que las otras: que debemos custodiar nuestra propia casa.

Estas líneas resuenan alto cuando se tienen presentes las crisis religiosas y las guerras intestinas que vivió la Francia del siglo XVI. La oposición de

reformados y católicos alcanzaba hasta adentro de las casas. La familia del mismo Montaigne estaba dividida. Tenemos que tener presente la Francia de Catalina de Medici, de Enrique de Navarra; la Francia de la Masacre de San Bartolomé. Montaigne nos cuenta de su caída en manos de condotieros, de la ocupación de su casa por éstos. Con cada estallido prende el odio carnicero del fanatismo religioso, sigue el saqueo, el pillaje. No hay más seguridad.

Pero, no tendríamos que darnos un cuadro de ese pasado de crueldad y barbarie cuando lo tenemos al lado y día a día llegan a Suecia los refugiados de la dividida Yugoslavia donde se enfrentan los serbios ortodoxos, los croatas católicos y los bosnios islamitas. Lo que Montaigne temía que le ocurriera, le ocurre allí a millones: Sus casas son bombardeadas, incendiadas, saqueadas. Las mujeres son violadas, los niños y los ancianos masacrados. Se descubren tumbas donde los cadáveres de los bosnios han sido enterrados por cientos. Y no hay ninguna diferencia entre adversarios: los que andaban ayer asesinando y robando, ahora, cuando cambia la suerte de las armas, son asesinados y expropiados. En la televisión, por más de tres años hemos estado viviendo el bloqueo y el bombardeo de las ciudades. Se dice que hay dos millones de personas que van de un lado a otro en Yugoslavia. Sólo aquí en Suecia pasan de cien mil los refugiados. Y detalle a detalle, de alma en alma, vamos sintiendo lo que dice Montaigne en el caso de tantos infelices. Uno a uno parecen repetir anonadados, mirando las ruinas:

Aquí nací y aquí nacieron mis ancestros; aquí fijaron su afición y erigieron su nombre...

Se habla de purga étnica, limpiado étnico; yo no sé cómo traducir las metáforas que se emplean para enmascarar lo que -como oigo decir a un senador americano- no es otra cosa que genocidio.

He leído, pero no recuerdo dónde, el número de millones de exiliados que existe hoy en el mundo. Unos 200 millones. No sé con qué criterios se computan ni hasta dónde iría la cuenta si partiéramos desde la Primera Guerra Mundial. Todos ellos fueron desarraigados con violencia del terruño, todos vivieron entera la experiencia que Montaigne sólo anticipa para él aquí, pero que resiente con tanta profundidad. Es una más de las muchas veces en que me siento tan cerca de este hombre; y es, esta vez, porque he vivido el despojo y el exilio.

La reflexión que el texto trae no sé si la hacen todos los que padecen el desarraigo y la expulsión. Tendrían que hacerla y tendrían que terminar por hacerla a fondo:

"Arraigamos en aquello a que estamos acostumbrados; y en condición tan miserable como la nuestra, la costumbre es un gran obsequio de la naturaleza que habitúa nuestros sentidos a soportar muchos males."

O sea que, haciendo la experiencia del desamparo nos damos cuenta de que estábamos amparados en la costumbre. Mucha cosa, entonces, la costumbre; pero, a la vez también, ¡qué poca cosa!

Por aquí se va al verdadero domicilio: el desamparo radical y la vanidad de todo.

ENSAYOS, III, 9.

A menudo, encuentro concepciones de la vida de las que, ni quienes las proponen ni quienes oyen de ellas, tienen esperanza ni inclinación de seguir. Del papel en que escribe una sentencia contra un adúltero arranca el juez un trozo para enviar un mensaje a la mujer de su colega. Aquella dama a la que acabas de abrazar ilícitamente, después, y hasta en tu presencia, las emprende a gritos contra una amiga que ha hecho otro tanto.

Un pintor nos presenta un cuadro con un par de monstruos. Uno tiene la nariz en el culo y los ojos en el ombligo; el otro tiene los pies al revés, hocico de mandril y piel de murciélago. Pero, ¡estamos tan acostumbrados con los monstruos! ¡Hay tantos! Nosotros mismos, ¿nos atreveremos a posar siquiera por un lado de perfectos? De vuelta del psicoanálisis, ya no despertamos de nuestras pesadillas con los pelos de punta. ¿Que nos entretuvimos con la mamá mientras el papá colgaba de una pata? ¡Vaya, pero si esas proezas son de todos los días! Pregúntenle a cualquier psiquiatra.

Así, pues, yendo por la exposición de este pintor que pinta horrores, ¡que van a importarnos si ya no hay más que horrores del lado que miremos! Lo que importa es cómo los pintó: los colores, las líneas, los planos, volúmenes y masa. Lo que importa es la manera de la síntesis, la dosis de la alusión, la dialéctica de la paleta y los temblores del pincel.

Es la reflexión que me hago con este texto. Montaigne pasó años de años en los tribunales y años de años también con sus queridas. No va a venirle

esta gente con concepciones de la vida. Ni esta gente ni gente ninguna. No hay quien valga la pena, como no sea tomándolo tal cual, sin presunción. Y tomado tal cual ¿no reúne las cosas más dispares y tan como de suyo que mirarlo es casi una experiencia estética? Vean si no:

Del papel en que sentencia a un adúltero, el juez arranca un trozo para enviar un mensaje a la esposa de un colega.

Parece increíble. Pero, ¿quién no obra una y mil veces como nuestro juez?

ENSAYOS, III, 9.

Se nos recomienda el cuidado de los muertos. Yo me he nutrido con ellos desde mi infancia. Supe de los asuntos de Roma mucho antes que de los de mi propia casa. Conoci el Capitolio y su diseño antes de conocer el Louvre; y el Tíber antes que el Sena. La fortuna y cualidades de Lúculo, Metelo y Escipión han andado en mi cabeza siempre, más que las de mis compatriotas. Ellos, todos, están muertos. Así también mi padre, muerto absolutamente, como ellos. Separado de mí y de la vida por dieciocho años, como ellos por dieciséis siglos; y cuya memoria, sin embargo, y amistad y comunión no dejo de acariciar y abrazar en unión viva y perfecta. Más aún, de acuerdo a mi inclinación pago más servicio a los muertos; ya no pueden ayudarse a sí mismos y así aun más requieren mi asistencia. Aquí es donde la gratitud aparece en todo su lustre.

Heidegger contaba a un amigo que a veces creía conversar con Heráclito. O no que creía, sino que realmente conversaba, no recuerdo bien. Hay que andar con cuidado al comunicar cosas así: que no lo tomen a uno por estropeado de la cabeza. Yo he escuchado al pasar, yendo por el cementerio, a más de una persona conversando con los aires mientras adorna con flores una lápida ¿Y qué? ¿No se enoja uno y hasta levanta la mano y suelta un insulto con sólo el recuerdo de una humillación padecida? Dicen que Lutero, en noches de vigilia, insultaba y arrojaba objetos al demonio. Nadie discute que con la pura imaginación podemos poblar el bosque de espectros y la casa de fantasmas.

Me ha ocurrido escuchar en una radio, en lugar tan remoto y ajeno, una canción que cantaba mi madre, siendo yo muy pequeño, hace décadas y

décadas, poco antes de morir. Y oyendo esta canción estaba con mi madre, tan próxima, tan amante y buena, y sólo me faltaba hablarle y estaba a punto de decirle en voz alta todo mi amor. Así también ocurre con ciertos autores que vivieron hace miles de años, cientos de años. Sólo que en mi caso es al revés. ¿Qué sería de mí sin ellos? Camino por las calles, me encuentro con la gente y sé a qué atenerme en gran medida gracias a ellos. Así y todo, no me doy cuenta completa de cuánto les debo, que si me diera acaso cayera de rodillas porque les debo casi todo lo que pienso. Con deuda tan enorme, difícil cosa la gratitud.

ENSAYOS, III, 10.

La mayoría de nuestros quehaceres son farsas. Mundus universus exercet histrionam (Tout le monde joue la Comédie, Petronio). Debemos desempeñarnos con propiedad, pero también desempeñar el rol de un personaje prestado. No debemos transformar en esencia real una apariencia externa o una máscara; ni de una persona extraña hacer la propia. Hay que distinguir la piel de la camisa. Con embetunar la cara basta, no se requiere hacer otro tanto con el corazón. Veo algunos que se transforman y transubstancian en tantas formas y seres como nuevos empleos adquieren y que se inflan y pavonean hasta el corazón y el hígado, y llevan consigo su nuevo estado hasta cuando se acuestan. No se les puede hacer distinguir el saludo que se les hace a ellos del que se hace a su cargo, su carruaje o su mulo... El Mayor de Bordeaux y Montaigne han sido siempre dos cosas aparte. Porque uno es un abogado o un financista no debe ignorar las bellaquerías que hay en tales vocaciones: un hombre honesto no es responsable de los vicios y absurdos de su empleo y no debe por tal razón rehusarlo; es el uso de este país y hay dinero en ello que ganar; un hombre debe vivir en el mundo y ganar lo mejor para sí de tal mundo

De esto se trató más atrás hablando de los seres importantes, de su dignidad que no es de ellos sino que viene con el cargo que ocupan. De las rodillas hablamos, que se doblan ante la dignidad del cargo sin hacer cuenta de la persona que lo ocupa. Aquí nos encontramos ante un concepto mucho más amplio, expresado mediante una viejísima metáfora: el papel que cada uno representa en la comedia del mundo. Y nuevamente nos encontramos con la vieja dificultad: separar el rol del que lo representa. Peor aún, porque

si todos somos histriones, si decimos a lo ancho y lo largo "la comedia del mundo", entonces, no hay lugar ninguno donde retirarse como los actores se retiran a sus camerinos.

Recuerdo el caso de un profesor con un problema parecido. El gobierno lo nombró ministro en un período en que hubo que disparar sobre los estudiantes. Cuando cesó en su ministerio y quiso volver a su cátedra, arguyó: "No fue el profesor el que disparó, sino el político". Los alumnos respondieron en coro: "No vamos a golpear al profesor, sino al político".

No sé cómo podría hacerse para que las bellaquerías que comete el abogado Montaigne, que van con su profesión, puedan compensarse sin tocar a Montaigne. Otra vez orillas peligrosas: un hombre honesto no es responsable de los vicios y absurdos de su empleo y no debe por tal razón rechazarlo.

No sé a dónde no se podría llegar con un principio como éste.

ENSAYOS, III, 10.

*... y en mi tiempo he visto las más sabias cabezas de este país reunirse con gran ceremonia, a expensas públicas, para tratados y acuerdos de los cuales la verdadera decisión dependía en el mismo momento de consejos de **boudoir** y del capricho de alguna mujercilla.*

Los poetas entendieron muy bien de estas cosas cuando pusieron a toda Grecia y Asia a espada y fuego por causa de una manzana. Pregunten a tal hombre por qué arriesga su vida y su honor a la suerte de su espada; pídanle que les diga el origen de la disputa; no lo podrá hacer sin enrojecer. ¡Es tan vacío y frívolo!

¿Se figuran un juicio universal, una especie de *epifaneia* de la historia donde quedarán manifiestas las razones verdaderas de grandes decisiones, como el cruce del Rubicón o el financiamiento del viaje de Colón? ¿Quién nos dice que no tuvieran que esconderse de vergüenza nuestros historiadores? El mismo Montaigne pudo llegar con sus consejos hasta Enrique de Navarra por su amistad con la amante de éste. Bueno, después de todo, no hay quién no esté de acuerdo. Hasta se dice que el mundo gira en torno de la cunita que llevan las hermosas entre las piernas.

ENSAYOS, III, 12.

Si no sabes cómo morir, no te preocupes; en su tiempo, la naturaleza te instruirá apropiadamente; ella hará el trabajo por ti perfectamente.

Enturbiamos la vida por cuidado de la muerte; y la muerte, por cuidado de la vida. La una nos atormenta; la otra nos aterrera. No es contra la muerte que nos preparamos, que es cosa momentánea; un cuarto de hora en padecer, sin molestias y sin consecuencia, no merece preceptos especiales. Para decir la verdad, nos preparamos contra la preparación de la muerte. La filosofía ordena que tengamos siempre la muerte ante nuestros ojos, que la consideremos y contemplemos antes de tiempo; y nos da entonces reglas y precauciones para que tal pensamiento y anticipación no nos dañen; tal como obran los médicos induciéndonos en la enfermedad con el propósito de tener en qué emplear sus drogas y su arte. Si no hemos aprendido a vivir, no es justo enseñarnos a morir y disconformar el fin con el resto. Si hemos sabido vivir serenos y seguros, sabremos también morir así.

Hay dos maestros que enseñan a morir: la naturaleza y la filosofía. Son los mismos dos maestros que enseñan a vivir. De los dos, yo prefiero el primero. Por su grandeza insuperable, de una parte, y por mi pereza y debilidad de espíritu, de la otra. De niño me angustió la muerte; y de niño, también, escuché esta idea de Montaigne que así como van terminando los años de nuestra vida va naciendo en nosotros la fortaleza y la serenidad para enfrentar la muerte. Esta idea me acompañó para siempre desde muchacho y no sé cuanto debo de mi tranquilidad y mi paciencia a su consuelo. Pero, también, quise aprender de la filosofía. Largo y siempre neblinoso camino. Pero encontré al final que tan cierto es que la filosofía nos enseña a morir como lo hace la naturaleza. Pero, la filosofía procura un saber atrevido. Uno se encuentra a veces clamando: "Ven ya, muerte, ven ya". La naturaleza nos mata más en despejado y sin retórica.

ENSAYOS, III, 12.

Pueden clamar cuanto quieran que tota philosophorum vita commentatio mortis est (Todas las vidas de los filósofos son comentarios sobre la muerte);

pero yo pienso que aunque la muerte sea el fin no es el propósito de la vida. Esta tiene su propio propósito y designio. Su estudio verdadero consiste en ordenarse, dirigirse y sufrirse. Entre los numerosos asuntos que comprende el capítulo general "Aprender cómo vivir" se encuentra el capítulo "Aprender cómo morir", que no pesa tanto como no le dé peso nuestro temor.

Montaigne lo escribe así:

Ils s'en vanteront tant qu'il leur plaira, tota philosophorum vita commentatio mortis est; mais il m'est advis que c'est bien le bout, non pourtant le but, de la vie; c'est sa fin, son extremité, non pourtant son object: elle doit estre elle mesme à soy sa visse, son desseing; son droict estude est se regler, se conduire, se souffrir. Au nombre de plussieurs aultres offices, que comprend le general et principal chapitre de Sçavoir vivre, est cet article de Sçavoir mourir, et de plus legiers, si nostre crainte ne luy donnoit poids.

Tiene mucho del sabor original y no mucha diferencia del francés actual. Yo estaba interesado en "se regler, se conduire, se souffrir" que como está en el texto me sugiere esto: que yo me ocupo de estudiar mi vida con vista a establecer firmes sus reglas, seguirlas puntualmente y sufrir sin vacilar los golpes que me caen encima por seguirlas.

ENSAYOS, III, 13.

... Esto ocurrió en mi tiempo: unos hombres fueron condenados a muerte por asesinato. Su sentencia, si no pronunciada, se encontraba decidida y concluida. El juez, en el momento crítico, es informado por un tribunal inferior que tienen personas en custodia que han confesado el crimen y que lo han confirmado en todos sus detalles. Así y todo, gravemente se deliberó sobre si debía suspenderse la ejecución de los ya sentenciados. Consideraron judicialmente la novedad del ejemplo y las consecuencias de revertir el juicio; la sentencia se había cursado y los jueces están privados de arrepentimiento. El resultado: los pobres inocentes fueron sacrificados por las formas de la justicia...

¿Cuántas condenas he visto más criminales que los mismos crímenes?

¡Ahí están las reglas otra vez! Pero no las que averiguo, investigo, escruto

y termino por adoptar como mías. De éstas soy el ejecutor y responsable en todo. De las que establece la sociedad no me siento así ejecutándolas u obedeciéndolas. Incluso, cuando son leyes hacen privación explícita de cosas como el arrepentimiento en los jueces que las aplican. *Dura lex, sed lex*. "Los pueblos establecen su derecho a la autodeterminación cuando se ponen ellos mismos leyes que ellos mismos cumplen", dijo alguien. Los nazistas pusieron sus leyes y las siguieron; y debe aceptarse que el techo les caía encima a pedazos sin que vacilaran en seguir las leyes que se pusieron. Eichmann tenía la orden de trasladar 10 millones de judíos a los campos de exterminio; y cuando escribió sus memorias o confesiones en una celda de Israel antes de ser ahorcado declaró que se iba del mundo con sólo un reproche, pero muy grande: que él sólo recogió 6 millones, no 10.

Las leyes tienen un contubernio connatural con la ambigüedad. Y es porque tratan de integrar lo universal y lo individual. La figura que me hago a este respecto es la de un experto guiando una mano mecánica para coger y alzar objetos de gran peso. Los jueces serían algo así, sólo que no tan expertos, sea porque el diablo se les metió en el cuerpo a ellos, al abogado defensor o al acusador, de modo que la ley así guiada se presta en muchos casos a coger al que no es y dejar que se escurra el que es.

Otrosí: "Esto ocurrió en mi tiempo", dice Montaigne y cuesta contenerse. ¡El bueno de nuestro maestro! En los tiempos míos ocurrió también y para qué vamos a hablar de los tiempos de Maricastaña.

ENSAYOS, III, 13.

... las leyes deben su crédito no a su justicia sino a que son leyes. Tal es el fundamento místico de su autoridad. No tienen otro, lo que responde bien a su propósito. A menudo son hechas por idiotas; más a menudo todavía, por hombres que fallan en equidad por odio de la igualdad. Pero también por gente vana y vacilante. No hay nada más groseramente y más ordinariamente defectuoso que las leyes. Quienquiera las obedezca porque justas, no las obedece como debiera...

Instruye mucho, casi siempre, darse representaciones, imaginar cuadros y situaciones usando en ello lo que obra o dice un pensador. Lutero fue con sus 95 tesis contra las indulgencias y las fijó en las puertas de la capilla de

Wittemberg. No sé cuántos habría en el lugar, pero parece seguro que no había uno que tuviera idea de lo que hacía el fraile. Es un cuadro que se presta a mucha meditación. El hermano Martín no dijo nada a nadie, ni al más próximo. Fue y colgó su panfleto. Quisiera imaginar que lo hizo con martillo y clavo, que ya no había mucha luz (fue en la tarde del 31 de octubre, 1517) y que entre que llovía y nevaba. Por esto de hacerme yo representaciones y hacer Lutero algo físico con lo que se había sacado de la cabeza, estoy oyendo los golpes sobre la puerta de la iglesia. El hecho no puede ser más insignificante y hasta cómico. ¡Pam, pam, pam! tres golpes que ni siquiera oyó el sacristán. Y díganme si no es casi literal que con los tres golpes caería Europa entera en pedazos.

Me viene a la imaginación que alguien llega a nuestro Congreso Nacional, a nuestros Tribunales de Justicia, martillo en mano y que sujetando contra la puerta una tabla con el texto que comento aquí, escrito con letras mayúsculas, le da con la otra de martillazos a un clavo de cuatro pulgadas. ¡Pam, pam, pam! Pero no comienzo a imaginar mi pieza de teatro cuando ya no puedo seguir imaginando las cosas libremente. Ahí está lo de bueno que tiene imaginarse las cosas. Porque si voy a darle alguna plausibilidad a mi ficción tengo que dar lugar a media docena de guardias que caen sobre mi hombre, le quitan el martillo y la tabla, lo arrean a tablazos al carro policial y de ahí al calabozo.

Con lo que muestro de una vez dos cosas: la instrucción que uno recibe de las representaciones es la primera; y, en nuestro caso, otra de enorme importancia: la de la fuerza que avala las leyes y que permite, entre muchas cosas más, que sean los idiotas y toda especie de tarados los que las escriben.

ENSAYOS, III, 13.

... He recogido niños pordioseros para mi servicio que no han demorado en dejar mi cocina y librea para volver a su estilo anterior de vida. Después los he encontrado buscando almejas en el arroyo, sin poderlos sacar ni con gracias ni con amenazas del encanto que encuentran en la indigencia. Los pordioseros tienen sus grandezas y deleites. Tal como los ricos. Y también, se dice, su dignidad y su cortesía. Esto resulta de la costumbre: puede moldearnos no sólo en la forma que le plazca (los sabios dicen que debemos aplicarnos y que luego nos hará fácil el logro) sino en el cambio y la variedad, la más noble y útil instrucción que nos da.

Se refiere más de una vez a Diógenes en sus *Ensayos*, Montaigne; siempre como a un maestro de sabiduría. Pero este muchacho de que nos habla aquí es un hijo de Diógenes de la más pura cepa. ¿Cómo no lo reconoce? "Tienen sus grandezas y deleites", nos dice de los pordioseros. Y no requieren de mucho para vivir: les basta con las almejas del arroyo. Pero, ¡sí aquí está toda la práctica del cinismo!

Llama la atención: la afirmación de la naturaleza y la reducción de las necesidades al mínimo natural -esas dos principales doctrinas de Diógenes tan aparentes en toda su conducta- están también y son muy importantes en la filosofía de Montaigne. Y sin embargo ni él ni sus comentaristas mencionan a Diógenes. Como hemos visto, tampoco aparece *Eclesiastés*, trasfondo de todos los *Ensayos*.

ENSAYOS, III, 13.

Ambos, reyes y filósofos, van a la letrina. Las damas también. La vida pública tiene sus ceremonias; la mía, oscura y privada, disfruta sus licencias naturales. Soldado y gascón son cualidades un tanto sujetas a indiscreciones. Del acto de aliviarse es deseable efectuarlo en horas determinadas de la noche y obligarse por costumbre, como yo he hecho; pero no obligarse, como yo en mis años postreros, a un lugar y asiento particular, ni hacerlo molesto alargando el tiempo. En asuntos inmundos, ¿no es excusable en cierta medida requerir más cuidado y limpieza? De todas las acciones de la naturaleza, ésta es en la que más fastidio siento cuando se me interrumpe. He visto muchos soldados con molestias por la indisciplina de sus estómagos. Yo y el mío no fallamos en nuestra puntual asignación que es al saltar de la cama, si algún otro asunto indispensable o enfermedad no lo impide.

Este es el último texto que separo después de leer en español, releer en inglés y volver a leer en francés los *Ensayos* de este hombre famoso, Montaigne. Viene casi al final del último de los ensayos, titulado "De la Experiencia". Estaban muy asombrados sus amigos que detallara cosas de sí, como el vino y la comida que saboreaba. Pero, esto... Contar la manera y los horarios de... ¡Cosa así no tenía nombre! Y es la verdad a la letra: no tenemos nombres para cosas así. ¿Y no suena como una burla este pasaje? Por años de años ha estado trabajando en su retrato Montaigne. Y no va a

convencernos de que escribía sólo para él, para sus amigos y para terminar haciendo Dios sabrá qué barbaridades con sus escritos. No, escribía para un público. Y no un público de doctos, por más embutidos de latines que vengan sus ensayos. Escribía con estilo llano, con habla de todos los días, con historias para todos los gustos. No cuesta imaginarse el entusiasmo, la simpatía y la habladería que habrá suscitado en su tiempo su lectura:

"¡Qué manera de poner las cosas más sublimes en la lengua del mercado! ¡Y esa concepción suya de la ideación como defecación! ¡Miren que decir lo mismo que piensa el cochero, el barrilero, la costurera, el carnicero! ¡Y con las mismas palabras, por no decir peores! ¡Y esos consejos sobre el cómo y el cuándo defecar! ¿No resulta increíble? ¿No habrá querido decirnos algo muy distinto? ¿Símbolo, alusión? ¿No se estará riendo de medio mundo? La vanidad es un viento, nos ha dicho, y todo es vanidad. Un viento... ¿Y qué ocurre cuando uno no se aguanta y tiene que salir volando para que no le ocurra lo que le ocurrió a Tycho Brahe? Sí, cierto, uno está leyéndolo como si fuera deslizándose por un tobogán de feria de entreteniciones. Y, de pronto..."

INTRODUCCIÓN A MONTAIGNE

JUAN RIVANO

Si no sabes cómo morir, no te preocupes; en su tiempo, la naturaleza te instruirá apropiadamente; ella hará el trabajo por ti perfectamente.

Enturbiamos la vida por cuidado de la muerte; y la muerte, por cuidado de la vida. La una nos atormenta; la otra nos aterra. No es contra la muerte que nos preparamos, que es cosa momentánea; un cuarto de hora en padecer, sin molestias y sin consecuencias, no merece preceptos especiales. Para decir la verdad, nos preparamos contra la preparación de la muerte. La filosofía ordena que tengamos siempre la muerte ante nuestros ojos, que la consideremos y contemplemos antes de tiempo; y nos da entonces reglas y precauciones para que tal pensamiento y anticipación no nos dañen; tal como obran los médicos induciéndonos en la enfermedad con el propósito de tener en qué emplear sus drogas y arte. Si no hemos aprendido a vivir, no es justo enseñarnos a morir y disconformar el fin con el resto. Si hemos sabido vivir serenos y seguros, sabremos también morir así.

Hay dos maestros que enseñan a morir: la naturaleza y la filosofía. Son los mismos dos maestros que enseñan a vivir. De los dos, yo prefiero el primero, por su grandeza insuperable, de una parte, y por mi pereza y debilidad de espíritu, de la otra. De niño me angustió la muerte; y de niño, también, escuché esta idea de Montaigne, que así como van terminando los años de nuestra vida va naciendo en nosotros la fortaleza y la serenidad para enfrentar la muerte. Esta idea me acompañó para siempre desde muchacho y no sé cuánto debo de mi tranquilidad y mi paciencia a su consuelo. Pero, también, quise aprender de la filosofía. Largo y siempre neblinoso camino. Encontré al final que tan cierto es que la filosofía nos enseña a morir, como lo hace la naturaleza. Pero, la filosofía procura un saber atrevido. Uno se encuentra a veces clamando: "Ven ya, muerte, ven ya". La naturaleza nos mata más en despejado y sin retórica.